

Alma
FERNÁNDEZ

Agárrame, si Puedes



Agárrame,
si Puedes

©Agárrame si puedes
©Alma Fernández.
2020

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[CAPÍTULO 1: LOLA](#)

[CAPÍTULO 2: KIKE](#)

[CAPÍTULO 3: LOLA](#)

[CAPÍTULO 4: KIKE](#)

[CAPÍTULO 5: LOLA](#)

[CAPÍTULO 6: KIKE](#)

[CAPÍTULO 7: LOLA](#)

[CAPÍTULO 8: KIKE](#)

[CAPÍTULO 9: LOLA](#)

[CAPÍTULO 10: KIKE](#)



CAPÍTULO 1: LOLA

Nunca te avisan de que tu vida se va a ir a la mierda en un segundo con veinticinco años, ni que perderás todo aquello que habías ganado, ni que aprenderás a seleccionar a los amigos que creías fieles, pero que ahora se avergüenzan de ti.

No estaba lista para ver que mi mundo se desmoronaba, que ya no podría conocer medio mundo, correr una maratón, vivir de mi sueño, básicamente tener ilusión por vivir.

Recapitulemos para que esto pueda entenderse, porque no es que sea melodrama ni que quiera compadecerme de mí misma, sino que todo tiene un porqué y la verdad es que el mío no es moco de pavo.

Soy campeona de atletismo, en la especialidad de carrera de obstáculos, o al menos lo era hasta que tuve el accidente, cayendo sobre uno de los obstáculos y provocándome una lesión medular irreparable.

Me diagnosticaron paraplejía y me encorsetaron a una maldita silla de ruedas. Ahora vivo en otro mundo, en otro más frío, infernal, solitario, marginado, aburrido.

Nunca he sido mucho de salir a bailar samba, pero me encantaría salir ahora mismo a mover las caderas, tras escapar del hospital en el que estoy metida mientras acaban de hacerme unas pruebas y me instruyen para que a partir de ahora sea autónoma en lo que a movilidad con la silla se refiere.

Mi madre está sentada a mi lado mientras me como una especie de puré con color de moco en mal estado, un trozo de pollo a la plancha más seco y duro que la suela de un zapato, concretamente de la sandalia de Cristo, sí, esa que dicen siempre que está perdida. Yo acabo de encontrarla y está en este plato. Punto para mí.

Mi madre se sienta en la cama ahora mientras yo tomo el yogurt y charlamos. Parece ser que mi padre se ha ido a por unos cafés. Ojalá me pudiera tomar un buen café, y no esos de las máquinas que parecen meados de rata.

La cama empieza a doblarse por momentos como un sándwich y es entonces cuando descubro que mi madre está apretujando con su culamen a lo Jennifer López el mando para reclinar la cama y nos está apretujando como si esto fuera la faja de mi abuela, que en paz descanse.

Mi madre no puede levantarse para darle al otro botón del mando y deshacer el bocadillo que ha hecho con nosotras. Solo se me ocurre pulsar como puedo, contorsionando mis brazos, el botón rojo de ayuda para que venga una enfermera a sacarnos de esta.

Una vez hemos sido liberadas de esa tortura china, mi madre preocupada me pide perdón mientras acaricia mi rostro, pegándome los pelos a la cara, ahora sudorosa, como si fuera una peluca de las malas.

—Cariño, lo siento, ¿te duele algo? — me acaricia las piernas.

—No mamá, no siento ni tu caricia, ni aunque me caiga Hulk encima — me encojo de hombros. Si yo no me lo tomo en serio, ¿quién demonios lo va a hacer?

La enfermera me mira con una mezcla de compasión y decepción. Pero también hay un brillo en la mirada, de esos que ves cuando una persona está en una situación muy mejorable, como es mi caso, y se alegran de no ser ellos los que están en tu pellejo. La entiendo, yo también lo pensaría, supongo.

Cuando la gente te juzga por todo, te tiene que chorrear, como el agua entre las piernas, y así es como he cambiado yo. Me he puesto una coraza porque el mundo es cruel y yo no quiero ser el patito feo del que reírse y después compadecerse.

Mis padres se han marchado a casa a descansar por petición de una servidora. La verdad es que se los ve cansados y no quiero ser una carga. No quiero esclavizarlos a estar conmigo hasta el fin de los tiempos.

Conmigo se ha quedado un celador la mar de mono. De mi entrenador no he vuelto a saber nada. No le he visto el pelo desde que me metieron en la ambulancia rumbo al hospital tras el accidente.

El celador de mi habitación, que ahora sé que se llama Bruno, me ha traído un zumo y una revista que le he pedido, previo pago.

Es el hombre ideal. Es mono, pero no de animal, sino agradable sin llegar a pibón, es dulce y encima cachas. Podría ser mi tipo, no os voy a mentir.

Me imagino sobre su moto recorriendo el mundo entero. ¿Que cómo sé que tiene moto? No lo sé, pero quiero pensar que sí, porque en mi imaginación es una grande y negra.

Pero eso no va a pasar, no porque no tenga posibilidades con él, que si me pongo lo peto, pero no me veo ahora mismo subiendo a una moto, ni ahora ni nunca.

Me estoy cagando, así de claro, pero decirle eso a Bruno para que me lleve en brazos no es muy romántico, y puede que si me lo curre me lleve un meneo hospitalario, así que mejor no romper la magia, al menos la que mi cabeza ha creado.

Me levanto como puedo, sentándome en el colchón y acerco lo más que puedo la silla de ruedas

para sentarme en esta. Bajo con el mando lo más que puedo la cama, a la altura de la silla y me arrastro como un gusano hasta quedar en el borde de la cama.

Me cojo a la silla y tiro de mi cuerpo para con suerte caer en la silla, y sí lo hago, pero abierta de patas junto cuando entra Bruno. Mierda. Suerte que llevo bragas, pero también una compresa más grande que Gibraltar.

Me coloco lo más rápido posible las mierdas para que ese tierra trágame pierda algo de tierra y le sonrío para disimular. Me mira compasivo y me toma en brazos. He perdido mucho peso con esa comida, si se puede llamar así, que me dan, así que peso poco más que una pluma de pavo real.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—Necesitaba ir al baño, pero no te preocupes, necesito practicar.

—Todavía estás convaleciente por la operación. Más adelante te daré toda la libertad posible para que hagas y deshagas a tu antojo, pero aún no.

—No me gusta depender de la gente, ya lo sabes. Soy muy independiente.

—Lo sé, pero durante unos días vas a estar pendiendo de mi cuello, ¿vale?

—Está bien— le digo agarrándolo del cuello más fuerte con mis brazos mientras me sujeta, para no caerme.

—Serás mi mona *colgona* — y eso suena fatal, no, lo siguiente.

Me deja en la taza del váter y sale para darme intimidad, como puedo, me bajo las braguitas y me cambio la compresa mientras suelto por este culito respingón todo menos rosas.

Cuando voy a limpiarme, no hay papel, qué novedad y encima en el peor momento. Estiro la mano como si fuera el Inspector Gadget hasta mi neceser, donde tengo la colonia y hecho todo lo posible antes de llamar a Bruno. Necesito que me traiga un rollo.

Escondo la compresa sucia dentro del canuto pelado para que no la vea y tiro de la cadena, aun no habiendo acabado, pero para que no vea flotando las minas antipersona y me tapo todo lo posible para que no vea nada, aunque segundos antes ha visto más de lo que debía.

—Bruno, ¿puedes venir?

—Claro — escucho detrás de la puerta y golpea. — ¿Puedo abrir?

Sí, entra.

—Dios santo, esta mezcla de olores es un poco nauseabunda. ¿Ha muerto un animal aquí o qué?

—Lo siento. Necesito pedirte algo.

—Claro, lo que necesites.

—Necesito un rollo.

—Bueno, tengo algunas amiguitas, pero puedo hacer hueco para una más.

—Me refiero al de papel higiénico.

—Lo sé, ahora te lo traigo. Dame ese canuto, que lo tiro.

—No, que no es necesario.

Me quita el canuto de las manos y la compresa cae de dentro, quedando completamente abierta en el suelo. Joder.

La recoge sin decir nada y se marcha para tráeme poco después un par de rollos de papel para que tenga de más. Se lo agradezco antes de marcharme. Poco después llega mi madre con una caja de tampones, bendita madre, es la mejor.

Adoro a mi madre, siempre me trae lo que necesito. Lo de llevar las compresas xxxxl del hospital a lo forro de libros como que no mola. Al igual que tampoco mola llevar aquí ya dos meses encerrada entre estas cuatro paredes.

Y por fin ha llegado el día de salir de esta jaula y poder ver la luz del sol sin barrotes de por medio y batas con las que enseñas el trasero.

Me despido de Bruno con un abrazo y disimuladamente le meto en el bolsillo de la bata un papel con mi número, porque si cuele, cuele. Me encamino al ascensor empujada por mi padre mientras mi madre me toma de la mano, modo melodramática.

Lo primero que hacemos es ir a comprar cosas a tiendas especializadas para hacer más cómoda mi vida a partir de ahora; cojín hinchable por eso de las almorranas y de más, guantes para no palpar las mierdas de perro con la piel cuando giro las ruedas de la silla, cojín para respaldo acolchado, para que el dolor de espalda no me mate, etc.

Ahora, más lista que Fernando Alonso en una de sus carreras, sobre todo con el equipamiento anti—dolor, me encamino a casa, que por suerte es un piso con ascensor, de no ser así, me veo en brazos de alguien o arrastrándome escalón a escalón como un gusanillo.

Me coloco frente al ordenador y escribo mi diario en Facebook, como todos los días. Me gusta que mis seguidores sepan que estoy bien y cuál es mi rutina desde el accidente. El problema es que solo escribo las cosas buenas e intento contarlo desde un punto de vista cómico.

No quiero compasión y por eso lo hago así, pero por dentro tengo mis bajones, mis pensamientos de deseos futuros frustrados, de cosas que no podré hacer de ahora en adelante. La verdad es que hacerse a la idea cuesta.

No es como cuando naces de una manera, nunca has paladeado otra cosa, con lo cual no tienes que hacerte a la idea, porque no tienes nada que comparar.

En cambio, sufrir cambios cuando ya has vivido lo anterior es complicado. Es como cuando pruebas un pastel delicioso y después te dicen que no vas a poder comerlo.

Me han dado una paga, como si realmente ya me consideraran perdida, pero soy joven, activa y quiero sentirme útil, todavía me queda mucha vida por delante, aquí no acaba todo.

Me apunté hace un par de días a una oferta de trabajo en un puesto de la Once. Mejor eso que estar aburrida en casa todo el día. La paga la seguiré manteniendo, según me han comentado, y me llevaré un sueldo extra con el trabajo.

Puede que me llamen mañana o no me llamen, quién sabe, pero al menos estoy de oferta, como digo yo, que me compre el mejor postor.

Echo de menos entrenar, correr, saltar obstáculos. En ese sentido no está siendo nada fácil. Llevo trabajando en ello desde los diez años, más de quince años, y ahora todo eso se ha ido por el conducto del váter. La vida acaba de tirar de la cadena.

Mi madre viene sonriendo del salón y me despierta. Me había echado la siesta. La verdad es que con todas las pastillas que tomo, lo raro es estar despierta. Me paso la mitad del día en lo que yo llamo un coma a lo Lola.

—Mi niña, despierta. ¡Han llamado!

—¿Por qué estás tan contenta? ¿Nos ha tocado la lotería?

—A ti sí. Han llamado de la Once. Te han cogido y para empezar pasado mañana. La persona que estaba en el puesto de la esquina de nuestra calle se ha ido de vacaciones y tenía acumuladas varias, así que va para largo nena.

—Eso es genial.

—Ya te llegará un puesto fijo, ten paciencia cariño.

—La tendré. Al menos estoy cotizando y me siento útil. Eso es lo que importa — mi madre besa mi frente antes de marcharse de mi habitación.

Estoy bastante nerviosa. Nunca he trabajado vendiendo cupones, rasca y gana y demás cosas, pero sí que he comprado en diferentes ocasiones, sobre todo para rascar las tarjetas, aunque no me ha tocado ni un colín.

Tras cenar, nos vamos a la cama. No hablamos mucho ni tampoco hacemos mucho en casa, solo dejar que pasen las horas. Sin duda necesito trabajar, si mi vida va a ser así siempre voy a acabar pegándome un tiro.

Hoy me he pasado el día haciendo pasteles con mi madre. La verdad es que se ha dado un buen tute modificando las cosas de casa, poniendo las que suelo usar en las zonas más bajas para que pueda usarlas.

Me duele que tengan que cambiar sus vidas por mí y convertirme en una carga, por eso voy a esforzarme por conseguir ser lo más autónoma posible y dar los menos problemas y el menos trabajo posible.

Hemos hecho pasteles de todos los colores y sabores. Es lo que tiene el aburrimiento y mi madre quiere pasar el mayor tiempo posible a mi lado.

La entiendo, si mi hija hubiese tenido un accidente con posibilidad de muerte, querría permanecer a su lado todo el tiempo posible.

Al final acabaré como una bola de sebo, tanta bollería y sin poder hacer ejercicio... Pero pasar tiempo con mi madre y hacerla feliz no tiene precio, aunque para ello deba coger algún que otro kilo.

No tardo mucho en meterme en la cama para descansar, sobre todo porque tampoco tengo mucho más que hacer. Al menos hoy he conseguido hacer algo nuevo, he hecho abdominales colocándome cosas pesadas en las piernas.

Usé mi máquina de escribir y mi portátil para que crearan peso en estas y que no se levantaran cuando hiciera fuerza para crear el movimiento. Que hay que quemar grasas y ahora la dieta del cucurucho no la veo, la silla es poco sexy y no provoca mucho sex—appeal en mi persona.

Ya es la hora, la hora de empezar mi nueva vida. Esta tarde empiezo en el nuevo trabajo. Según le comentaron a mi madre por teléfono, habrá una persona, la que se va a marchar de vacaciones y voy a sustituir, para enseñarme cómo funciona todo y hacerme un poco con el puesto que voy a desempeñar durante unos meses.

Mi madre quiere acompañarme, pero tengo que aprender a hacer las cosas sola, así que me siento en la silla de ruedas y me pongo los guantes antes de salir hacia el ascensor rumbo a mi destino.

Salgo a la calle y voy rumbo al puesto del final de la calle. La verdad es que tengo que fortalecer los brazos si quiero avanzar más rápido. La verdad es que una tortuga a mi lado me gana en una carrera.

Cuando cobre mi primer sueldo y paga, me compraré una silla de esas con motor que van solas. La verdad es que hoy en día en la cuenta tengo suficiente dinero para permitírmela y sino, puedo vender mis trofeos de oro en una casa de esas que salen en la tele en las que te compran las cosas y te pagan mucho menos de lo que vale, para ganarlo ellos.

—Buenos días, soy Lola— saludo al chico que está dentro.

—Hola, soy Sancho. ¿Qué desea? ¿Un rasca? ¿Un cupón? Hoy traigo suerte preciosa.

—Vengo por el trabajo, creo que yo soy la que tiene que sustituirte durante tus vacaciones.

—Ah, perdona, pensé que eras una clienta. Espera, que salgo a saludarte.

Sancho sale a saludar y parece más bien Sancho Panza. Parece que está embarazado de nueve meses. La verdad es que es muy majo. Me da un abrazo y casi me saca el hígado por la boca.

Me fijo que le falta una pierna, que se la han tenido que amputar por algún motivo. El pobre casi se cayó sobre mí para darme un abrazo, pero es que claro, yo no podía levantar me y, por tanto, le era un poco complicado.

Me explica cómo debo trabajar y los trucos que tiene él para vender más y llevarlo todo lo mejor posible. Me explica el programa que tienen para pedir lo que se vende y así tener en todo momento unidades.

Tras dos horas de clases, llega el momento crucial, es como la charla típica de padre que quiere una hija responsable, pero en este caso de compañero de trabajo que no quiere que la cague porque este es su puesto. Si yo la cago, le salpicará la mierda.

Y entonces me enseña la caja. Es una caja normal, de esas que se abren con llave, ni siquiera te calcula el cambio, aunque por suerte todos son precios redondos, sin decimales. Menos mal, nunca se me dieron bien las matemáticas.

—Esto es como tu dios, niña. Deberás cuidarlo por encima de tu vida. Si pierdes aunque sea un euro y me descuadras la caja del mes.

—Tranquilo, no tocaré nada, perderé o descuadraré, no te preocupes — voy a coger la caja, pero me la cierra, pillándome los dedos. — Auch.

—Recuerda ese dolor cada vez que te tiente el meter la mano y no sea para meter dinero de los clientes.

Coloco los ojos en blanco y tomo la caja antes de entrar dentro del cubículo que a partir de ahora será mi lugar de trabajo.

Sancho Panza se mancha con sus muletas y yo suspiro y miro todos los artículos que tengo para memorizar las posiciones y el precio de cada uno.

Está el rasca y gana que siempre compraba, una vez a la semana y siempre en viernes. Hoy es

viernes y el euro millón me susurra al oído que le dé una rascadura, que nadie se va a enterar, pero no, me niego a cagarla ya el primer día y que me echen.

No me imagino quedarme encerrada en casa las veinticuatro horas al día. Así que resisto la tentación, no vaya a ser que el amigo de Don Quijote me esté observando escondido en alguna esquina, espiándome, y se lo cuente a mi jefe.

Los clientes van llegando y pidiendo lo que desean. Yo les cobro y entrego lo que desean. Ninguno de los que compra boletos instantáneos, que son los que se rascan para saber el resultado en el momento, gana, así que estoy tranquila.

Todavía no sé bien como debo registrar un ganador y sacar el premio sin descuadrar la caja.

Vuelvo a mirar mi rasca y gana. Sí, con el posesivo mí, porque he decidido ponerle mi nombre. Lo guardo para no venderlo de manera disimulada, pero no lo rasco, aguanto la tentación.

Y entonces ocurre, mi uña traviesa toma el control de todo el cuerpo y da el primer arañazo, como si fuera una pequeña gatita traviesa que atacara a su premio.

Y ahora ya qué voy a hacer, no puedo venderlo con un rasguño, así que tendré que quedármelo y no se puede quedar sin vender, ¿verdad?

Meto dos euros en la caja, que es lo que vale, y rasco el cupón, como lo he hecho otras veces. No espero nada, pero es que diez millones de euros son muy tentadores. ¿Quién no los querría?

¡DIEZ MILLONES DE EUROS!

Si pudiera, saltaría de alegría, pero no me es posible, hace unos meses sí, lástima. Debería llamar a mis padres y contarle, pero ¿cómo puedo cobrar un premio en una administración para la que

trabajo? No me lo van a pagar ni hartos de vino.

No sé qué voy a hacer. Solo sé que los tengo que cobrar. Podría hacer tantas cosas... Pagar el piso de mis padres, comprar la silla de ruedas más *fashion* del mundo, dar la vuelta al mundo, aunque sea sentada, ayudar a todos aquellos que están en situación complicada, disfrutar de la vida al fin y al cabo y hacer que otros también lo hagan.

Y entonces se me ocurre Ni siquiera había pensado en esa posibilidad, pero parece que mi mente, para echarme una mano, ha decidido ir a lo suyo y encender la bombilla con luces de neón.

La idea es llamar a un amigo para que lo cobre el dinero del premio y a cambio se lleve un pequeño pellizco, que no le viene mal a nadie.

La verdad es que, aunque no se ha portado muy bien conmigo, porque no ha venido a verme al hospital, solo ha charlado conmigo y con mi familia por teléfono durante mi confinamiento en ese hospital, la primera persona que me viene a la cabeza es mi entrenador; Próculo (no, no es broma).

Cuando me hacía entrenar demasiado o me desmerecía, lo mandaba a tomar por culo, jugando con su nombre.

Una vez decidido lo que voy a hacer, sigo atendiendo a los clientes. Me he metido con disimulo el cupón en el sostén para no perderlo y que no me lo roben. La verdad es que no me perdonaría perderlo.

¿Quién quiere perder 1.663.860.000 de pesetas? No es que sea una gran calculadora humana, ya lo avisé, pero Google me sirve de cerebro cuando el mío se va de vacaciones.

Cuando se acaba la jornada laboral y meto la caja de lo recaudado en la caja fuerte, cierro el stand y voy hacia casa a paso de caracol, cómo no.

La verdad es que cada vez tengo más claro que voy a pedir la silla con motor por Amazon, cueste lo que cueste. Es más, pienso pedirla en cuanto me meta en la cama, que como tengo el Prime me llegará mañana.

Entro en el portal y subo por el ascensor antes de entrar a casa. El puesto de trabajo está a final de la calle y he tardado casi diez minutos para llegar a casa.

Inaceptable, además me están empezando a salir callos en las manos después de estos primeros días ahora ya usando sola la silla sin que nadie me empuje.

—Hola mi niña, ¿cómo ha ido el primer día? — me dice mi madre cuando entro por la puerta mientras sirve la cena en la mesa del comedor.

—La verdad es que bien, es más fácil de lo que parece y me he sentido muy a gusto. La persona a la que voy a sustituir me lo ha explicado todo antes de marcharse y he hecho una caja de doscientos cuarenta euros, así que no me puedo quejar para llevar solo un día.

—Esa es mi niña. Ella sola está levantando el país.

—Lástima que sea lo único que puedo levantar papá – le guiño el ojo y él, que me conoce, se lo toma a broma.

Hemos decidido que nos vamos a tomar así las cosas. No queremos melodramas y estar tristes y deprimidos el resto de nuestras vidas, así que el humor es lo mejor que tenemos ahora mismo para pasar lo que nos ha venido encima, o en mi caso, lo que me ha venido encima a mí.

No les he dicho nada del cupón, prefiero mantenerlo en secreto hasta que pueda cobrarlo, sobre todo para no darles falsas esperanzas, no vaya a ser que no pueda hacerlo y que todo este sueño se

rompa en mil pedazos.

Una vez cenamos, me voy directa a la cama. Mañana es sábado y trabajo por la mañana. En principio mi turno siempre es de tarde, pero los sábados solo se abre por la mañana, de esa manera tengo la tarde libre.

Si puedo cobrar el cheque mañana mismo, me compraré algo de ropa, parezco una vieja de los años sesenta.

Me meto dentro de la cama y lo primero que hago es pedir, como ya decidí antes, la nueva silla de ruedas motorizada y marco para llamar a mi exentrenador personal. Dan tres tonos hasta que contesta a la llamada.

—Hola Próculo, soy Lola.

—Hola preciosa, ¿cómo te encuentras?

—Bien, gracias.

—No quiero molestar, por eso no llamo mucho, pero quiero que sepas que me preocupo por ti.

—Tranquilo. Te llamo porque necesito tu ayuda.

—¿De qué se trata?

—Necesito cobrar un cupón de rasca y gana de la Once, pero he empezado a trabajar para ellos y

obviamente al ser empleada no puedo cobrarlo.

—Entiendo, y ¿qué puedo hacer yo por ti?

—¿Podrías cobrarlo tú por mí y me entregas el dinero?

—¿Por qué no se lo pides a tus padres?

—Quiero que sea una sorpresa para ellos.

—Entiendo. Y ¿de cuánto dinero estamos hablando?

—De diez millones de euros.

—¡¿Cómo?!

—Si lo haces por mí te daré mil euros.

—Creo que después de las pérdidas que he tenido por tu accidente y que me juego el culo cobrándolo, me merezco un veinte por ciento del dinero total. Piensa que, si descubren que estoy sacando el dinero por ti, y por tanto encubriéndote, puedo ir a la cárcel.

—Que te den por culo.

—Disculpa, se ha cortado. Dime.

—Siento mucho que me haya quedado paralizada de cintura para abajo y que eso afecte a tu economía. La verdad es que no era mi intención joderme la vida – le digo sarcástica. — Puedo entender que es un riesgo, pero no te pagaré más de un diez por ciento y créeme que es un trato más que generoso.

—Hecho. Yo ahora estoy con unas cosas que no puedo dejar, pero mandaré a mi hijo. ¿Dónde está el puesto?

—Al final de mi calle. Y por cierto Próculo, si intentas jugármela no tendrás mundo para correr. Pagaré a unos sicarios para que te partan las piernas, así iremos a pasear juntos en silla de ruedas. *¿Capisci?*

—Entiendo. Adiós Lola, cuídate.

—Igualmente, adiós.

Cuelgo y me meto en la cama tras poner el despertador y cierro los ojos. Mañana si dios quiere, será un gran día. ¡VOY A SER MILLONARIA!



CAPÍTULO 2: KIKE

No creo en el amor, no creo en esas historias donde una niña mona y pija se te acerca con ojos vidriosos y te vuelves loca por ella en cinco minutos, o al menos eso es lo que parece que ocurre en las películas, series y novelas.

Yo busco la felicidad en mí mismo, no en los demás. Lo primero es quererme a uno mismo para ser feliz y si algún día, cuando ya hayas vivido todas las experiencias de la vida, quieres que alguien te acompañe en el camino, porque ambos os dirigís por el mismo, genial, pero no para que uno sea posesión del otro, sino porque sean compañeros de vida.

Estoy cansado de que las mujeres busquen en mí algo que no puedo ofrecerles, que me engatusen para atarme a sus vidas para siempre, que me ofrezcan sus almas en bandeja por un polvo a la semana.

Miro a mi alrededor, el resto de los compañeros de gimnasio no prestan atención nada más que a sus músculos, sus únicos amigos, amantes, tesoros.

Aprieto más la musculatura mientras levanto pesas, quiero que se fijen en mí, que me envidien, y no porque tenga un cuerpo escultural., sino porque me lo trabajo y sé cómo tengo que hacerlo todo, a diferencia de los que toman y se pinchan vete a saber qué.

Me voy a la ducha, estoy empapado y he conseguido lo que quería. Conseguir romper fibra y que todos me miren admirándome en silencio. Me quito la ropa y cojo la pastilla antes de meterme bajo la alcachofa.

Empiezo a enjabonarme y lo hago rápido y por todo el cuerpo, sin apenas miramientos, quiero volver a casa, en dos horas he quedado en el club con los chicos. Con suerte me llevaré a casa un manjar con el que pasar la noche.

La pastilla se resbala entonces de mis manos y ya me imagino la escena típica carcelaria, que es la que se asocia a este acto. Y dicho y hecho, uno de los tíos del baño se me acerca.

—No sabía que eras un provocador. ¿Te va que jueguen con tu retaguardia? ¿O acaso prefieres arrodillarte y probar lo que tengo para ofrecer?

—Yo tengo una hostia preparada y se te está poniendo una cara de aeropuerto espectacular para que aterrice.

—Vale tío, entiendo. Te van los chochetes, lo respeto.

Bufo y salgo de la ducha para secarme, vestirme y pirarme de este sitio. Solo vengo aquí a entrenar, sacar el estrés del cuerpo y salir de casa, no para escuchar gilipolleces.

Me marcho a casa, paso de aguantar más tonterías hoy. Cenaré cualquier cosa que haya preparado Agatha para cenar.

Cojo mi moto y en un abrir y cerrar de ojos llego a casa, que se encuentra en silencio, sin luz alguna y solitaria. Solo Jonny se encuentra en la garita, protegiendo la fortaleza.

Cuando me ve llegar con la moto a la verja principal, me saluda con la cabeza con una sonrisa y me abre las barreras. Paso rápido y aparco en la puerta antes de bajarme y colgar el casco en el manillar antes de subir las escaleras y entrar por la puerta.

Agatha me da la bienvenida y me indica que si lo deseo pase al comedor porque van a servir la cena en unos instantes. Yo asiento y voy a cambiarme a la habitación antes de bajar al salón a cenar con la familia.

Me pongo una camisa blanca con estampados en negro, unos tejanos y unas bambas negras de Gucci. La verdad es que solo con la ropa que llevo, ya se van casi tres mil euros. Es lo que tiene ser una familia poderosa y adinerada. Mi padre se lo ha montado bien y algún día yo heredaré todo esto.

En el centro de la mesa, una vez me siento, hay un cerco con una manzana en la boca y a saber lo que le han metido por el culo. A mí me da igual mientras no sea lo que me querían meter a mí en la ducha del gimnasio.

Parece una comida de reyes, como las típicas de las películas. La diferencia es que este es el mundo real, mi mundo real, donde el lujo está a la vuelta de la esquina y la tarjeta que me ha dado mi padre no tiene fondo.

Ceno como un dios y tras despedirme de mi padre, que está hablando por teléfono, como siempre, mientras mi madre habla con las empleadas para tenerlo todo controlado, cómo no...

Cojo la chaqueta de cuero y me marcho de nuevo, en este caso hacia el pub donde he quedado con unos colegas para disfrutar de nuestra juventud y, con suerte, llevarnos a casa a un bombón con el que darnos una alegría para el cuerpo.

Me subo en la moto y poco después aparco frente al pub, que es un club de élite, donde va lo mejor de lo mejor de la ciudad. Saludo al seguridad de la entrada y me voy directo a la zona Vip.

Me siento en uno de los sofás de la zona. Parece que soy el primero en llegar. No tarda mucho en llegar uno de los camareros del lugar a darme una copa de cava mientras espero. Es lo bueno de ser quien soy, que si me tratan como un rey, les doy una propina digna de reyes.

Las chicas ya van entrando y se acomodan por la pista moviendo sus curvas a la espera de que alguien las invite a una copa. Ninguna llama mi atención, así que espero paciente la llegada de mis amigos o de alguna fémica que merezca la pena.

Y entonces llegan mis amigos y además muy bien acompañados. Tanto Mario como Carlos llegan con cuatro chicas que parecen sacadas de un catálogo de Victoria Secret. Sinceramente, no me van las rubias y tres de ellas lo soy. Donde haya una buena melena morena, que se quite el resto.

Me acerco a la única monera que llega y le soy un par de besos antes de presentarme. A las otras apenas les presto atención, no me interesan lo más mínimo.

—Encantado, soy Kike.

—Yo Laura.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve, ¿y tú? — quizá un poco joven para mí, aunque más fresca y activa, no cabe duda.

—Tengo veintisiete años, Laura.

—Me gustan los hombres mayores y experimentados — y no sé cómo tomarme eso de mayores. ¿Acaso me ve como un octogenario? ¿Un viejo verde? ¿Su padre? ¿Su abuelo?

—Me alegra oír eso, porque a mí me gustan las morenas, así que hemos dado en el blanco.

—Sí, porque no me gustan los negros — y en ese momento lo veo. No tiene cerebro, tiene Porex pan o esa espuma con la que se recubre el cristal para que no se resquebraje, por eso está soltera

y por eso está con los cafres de mis amigos.

—Ajá... ¿Quieres algo de beber?

—Una coca cola – alzo la ceja, incrédulo. ¿Una coca cola? ¿En serio?

—Está bien — llamo al camarero y le pido las bebidas antes de volver a sentarme en el sofá con doña Coca cola.

—¿Quieres una? — saca de su bolso una pequeña bolsa con pastillas de todos los colores. Reconozco alguna de las drogas. Me imagino que las toma y por eso tiene frito el cerebro.

—No gracias. ¿Consumes habitualmente? — le pregunto.

—Me las como como gominolas. Me gusta ver volar unicornios a mi alrededor – así estás...

Miro a mis colegas, que se lo están montando en los sofás con las rubias. Carlos está con dos rubias de cuerpos de infarto y Mario con otra de ellas, metiéndole la lengua hasta la campanilla.

Y entonces ocurre. Laura se me tira encima, sentándose a horcajadas en mis piernas y besándome desesperada. La verdad es que no me apetece, la charla con ella me ha quitado las ganas de tener nada más con ella, pero tampoco quiero que se sienta mal.

La beso y ella responde alocada, sus manos parecen tentáculos de pulpo acariciando mi cuerpo por todos lados. La verdad es que me está dando un poco de vergüenza ajena y eso en la zona vip nadie nos ve, pero aun así.

Cuando su mano se mete por mi ropa interior, la aparto. Creo que se está tomando demasiadas libertades sin apenas conocernos y la verdad es que no me pone como para poder tener nada con ella esta noche y creo que esto es darle falsas esperanzas. No quiero que me toque.

—Mira Laura, no te voy a engañar. No eres la chica que busco y no quiero darte falsas esperanzas. No te voy a llegar a mi casa ni prepararte el desayuno por la mañana, con lo cual es mejor que dejemos de hacer esto, porque no va a llevar a ningún lugar.

—*Calientaalmejas* – me dice Laura antes de estampar su mano en mi mejilla y marcharse, muy digna ella.

—Mario, no me traigas más crías, no soporto la inmadurez — Mario sonrío negando antes de seguir a lo suyo.

Bajo a la pista a disfrutar de un poco de baile con desconocidos y entonces la veo, es preciosa. Tiene las facciones muy marcadas, aunque no estoy muy seguro de qué país es. Desde luego de aquí no.

Me acerco y ella me sonrío. La verdad es que estaría más guapa sin abrir la boca. Tiene los dientes demasiado movidos y cuando contrae los labios aparece una dentadura a lo caballo difícil de no ver.

—Hola, soy Kike. No te he visto por aquí.

—Eso es porque acabo de llegar. He venido a pasar unos días con unas amigas. Por cierto, soy Deborah.

—Encantado. ¿Te apetece una copa? – le pregunto.

—Mejor un baile. Por cierto, para que no venga ahora el interrogatorio, te lo ahorro. Tengo veintitrés años, estudio y vivo con mis padres – me guiña el ojo y yo sonrío.

—Perfecto, gracias por el resumen y la ficha técnica — río antes de comentarle mis datos para quitarnos el momento incómodo de encima.

—Sabes una cosa, no me apetece bailar, llevo dos horas haciéndolo. ¿Qué te parece si vamos a los baños y me enseñas cómo te mueves?

—Vamos — le digo con una sonrisa ladina. Ambos sabemos lo que queremos, así que es tontería marear la perdiz.

Nos encaminamos al baño cogidos de la mano. Parece que tiene prisa, porque tiene un paso rápido y aparta a la gente como si fueran muñecos para que lleguemos a nuestro destino.

Una vez entramos al baño, nos metemos en uno de los retretes a puerta cerrada. La verdad es que huele mal y no están muy limpios, pero no la voy a llevar a casa. Nunca llevo a nadie sin conocerlo lo suficiente. Mis padres tienen demasiadas cosas de valor allí como para llevar a alguien que se las pueda llevar. La tentación es muy mala.

Empiezo a besarla con deseo. La verdad es que es el tipo de chica que me gusta y me pone muy juguetón. Le quito la camiseta y dos melones como dios manda me dan la bienvenida. Joder con los kínder sorpresa, está muy bien dotada.

Retiro el sostén y mi lengua se deleita con sus pechos mientras ella gime presa del deseo y yo

sonríó con su pezón entre mis labios. Mis manos, mientras tanto, amasan su culo y se dedican a deshacerse de la falda que lleva.

Me deshago de su falda, que desaparecen de su cintura y se deposita en sus pies. Masajeo sus pechos con una mano mientras la beso, succionando su lengua y mordiendo su labio.

Ella mueve las piernas para quitar la falda de sus pies y me quita la camisa, acariciando mi torso antes de arrodillarse para deshacerse de mi pantalón y ropa interior y degustar mi sexo, que desaparece por completo dentro de su boca mientras un gruñido sale de entre mis labios.

Sabe lo que hace, de eso no hay duda, y estoy a punto de soltar todo lo que llevo dentro, por eso le pido que pare y la levanto del suelo para sacarle las braguitas y entonces lo veo. ¡Joder!

—¿Y eso? — señalo su entrepierna, que esconde un rabo más grande que el mío.

—Vaya, se me olvidó decirte que estoy en proceso de convertirme en mujer completamente. Todavía debo cortarme el gusano. No te importa, ¿verdad?

—Hombre, pues sí. No me gustan los hombres, lo siento, y sobre todo no me gusta que me mientan o no me digan las cosas.

—Ya te lo dije nene, soy Deborah, Deborah Hombres. La Drag Queen. Pensé que me habías reconocido.

—Pues no — le digo mientras vuelvo a ponerme la ropa. La verdad es que esto no va a ser una noche para recordar.

Me visto lo más rápido que puedo y salgo del baño. Creo que lo mejor será que vuelva a casa. Desde luego hoy no es mi día. Le mando a los chicos un mensaje diciéndoles que me marcho a casa. No quiero llamarlos por si están en plena faena. Paso de cortarles el rollo.

Cojo la moto y en un abrir y cerrar de ojos llego a casa, tras pasar las barreras protocolarias. Mi padre está un poco obsesionado con la seguridad, pero cuando tienes un gran patrimonio y cosas de valor en casa, prefieres tener ojos de más que de menos.

Me doy una ducha larga. La verdad es que me siento sucio. Me han engañado, no me gustan los tíos y saber que me he sentido atraído por uno y le he dejado que me chupe... Quiero borrarlo de mi memoria lo antes posible.

Me meto en la cama y me paso mirando el techo un buen rato hasta que finalmente el cansancio gana al insomnio y me dejo llevar por Morfeo, para que me tome entre sus brazos y me haga olvidar lo ocurrido hoy.

Mi padre me despierta a la mañana siguiente. Necesita que haga algo por él. A veces lo ayudo en el negocio, de ese modo me facilita la tarjeta de crédito infinito toda la semana.

Parece que una antigua clienta lo ha llamado. Necesita que le eche un cable en algo relacionado con cobrar algo en su nombre y llevarnos nosotros el diez por ciento del total.

Es un trabajo sencillo según mi padre, con lo cual no creo que nos lleve más de un par de horas. Hora y media para ir y volver y media hora como mucho para hacer los trámites que la clienta necesita.

Cuando mi padre me da la dirección, me visto y bajo a desayunar antes de encaminarme hacia el lugar. La verdad es que madrugar no es lo mío y me cabrea hacerlo.

Estoy algo cabreado, sobre todo porque ayer volví a casa tarde y hoy he tenido que madrugar para hacerle el favor a mi padre. El resumen es que he dormido apenas cuatro horas y eso para mí no es

nada.

Llevo un café y un par de tostadas con mermelada en el estómago. Estoy listo para hacer el trabajo express. La verdad es que puedo aprovechar la vuelta para ir a hacerle una revisión a la moto.

Últimamente los frenos no van muy finos, y no quiero tener que comerme a otro coche o el asfalto por ello, suelo tener hambre, pero no tanta. El asfalto no es algo por lo que suele tener antojos.

Me subo en la moto y pongo rumbo a la dirección que me ha dado mi padre. Paro frente a lo que parece un puesto de eso de la Once donde te venden los cupones a veinte euros, pero tienes más posibilidades de que el papa de Roma te bese los pies sobre un dromedario, que conseguir ganar.

Me acerco a lo que parece la garita de mi seguridad en casa, dentro hay una morena preciosa.

Joder, espero que esta no sea un tío, porque es realmente un ángel y creo que sus ojos verdosos, que me miran risueños, me han enganchado y no me suelta. Pero esa no es la cuestión, sino ¿quiero yo que me suelten? No.

Me acerco lo suficiente como para que pueda oírme por encima de la mampara de cristal que nos separa. Ella me sonrío y sé que le gusto. Uno sabe esas cosas. Sobre todo, porque se toca mucho el pelo y no puede dejar de sonreír.

—Hola, soy Kike.

—Hola Kike, soy Lola, encantada. ¿Qué deseas? Tenemos todos los sueños que te puedas imaginar y muchos ceros que ganar — parece una frase de anuncio televisivo para vender. Pobre, supongo que se la habrá tenido que aprender para decírsela a cada cliente.

—No, no soy cliente. Me ha mandado mi padre. Ayer lo llamaste porque necesitabas ayuda — y le guiño el ojo para que entienda a qué me refiero.

—Oh, sí. ¿Tu padre es Próculo?

—Exacto – asiento. Odio el nombre de mi padre, es el más feo que he oído nunca.

—Vale, espera un momento, que salgo y te explico — la veo quitar el pestillo de la puerta y voy para esta. Sé que no puede abandonar su puesto de trabajo, así que me coloco cerca de la puerta por si debe atender a algún cliente o algún listillo quiere robar la caja.

Cuando sale de la garita, veo que Lola está atrapada en una silla de ruedas y el mundo se me viene abajo.

La verdad es que no me esperaba que una chica tan bonita estuviera en esta situación. Intento disimular la sorpresa, pero creo que se ha dado cuenta. Mierda. No quiero hacerla sentir mal.

—Tranquilo, no hace falta que disimules, me pasa muy a menudo, la gente se sorprende y luego siente una sensación de tristeza y compasión, pero si puede ser evita que te dé pena, por favor — me guiña el ojo y yo sonrío. No sabía que la gente en su situación se lo tomara tan bien.

—No me da pena, solo me ha sorprendido. Me pareces una persona muy valiente dejando que esta situación no te hunda o afecte de una manera completamente negativa, haciendo que te hundas en una depresión. Seguramente, de estar yo en tu lugar, no estaría tan bien – no sé bien qué decir.

—Digamos que la procesión va por dentro – me contesta.

—Vale, dime qué necesitas que haga y lo haré — le sonrío.

—Pues, para resumir, necesito cobrar un cupón de esos de rasca y gana. El problema es que lo he comprado mientras trabajaba aquí y aunque está premiado, no puedo cobrarlo porque soy empleada y no quiero que piensen que estoy timando a la empresa, robando. Digamos que me lo he comprado a mí misma.

—¿Y por qué no le has pedido a tus padres que cobren el boleto?

—Quiero que sea una sorpresa para ellos y si no puedo cobrarlo por diferentes motivos no quiero que se lleven el chasco. La verdad es que una de las primeras cosas que quiero hacer cuando lo cobre, es ayudar económicamente a mis padres y pagarles el piso para que estén tranquilos.

—Entiendo. ¿Cuánto es el premio y la parte que corresponde a mi familia?

—El premio son diez millones de euros y tu familia recibe un millón como pago por el favor.

—¡Joder!

—Shhhh, calla. No quiero que llamemos la atención.

—Perdona, es que es mucho dinero. Vale, dame el boleto y vuelvo en unos minutos, en cuanto encuentre por Google Maps dónde está el siguiente puesto para poder cobrarlo.

—¿Y cómo sé que cuando lo cobres, no te irás corriendo con toda la pasta?

—Deberás confiar en mí.

—Lo siento, pero la confianza no vale diez millones de euros. Deberás esperar a que acabe mi turno y entonces te acompañaré.

—Como quieras, pero espero que este tiempo que estoy perdiendo, me lo pagues.

—Puedo darte diez euros, te vas a un bar y te tomas algo mientras esperas a que termine de trabajar. Ya me queda poco. ¿Te parece? – asiento y me da un billete de diez euros, pero niego y se lo devuelvo. Eso para mí es calderilla.

Me encamino a un bar mientras ella vuelve a entrar en su cubículo para seguir trabajando. No sé cuánto tendré que esperar, porque no me ha especificado la hora, pero me sentaré en una terraza cercana para poder vigilarlo todo.



CAPÍTULO 3: LOLA

Señoras y señores, el pibón del barrio ha llegado a mi puesto. Le pienso vender hasta mis bragas si es necesario. Le sonrío como una tonta y creo notar humedades (no entre mis piernas, eh) en mi barbilla. Debe ser que necesito un delantal.

Parece que de cliente nada. Según voy hablando con él descubro que es el hijo de mi exentrenador. Qué calladito se lo tenía el porculero. Se dejó un hijo perfecto en el tintero por si se me ocurría correr en su busca. Ahora, como ya no puedo correr ha pensado, ¡qué más da que lo conozca!

Y ocurre lo de siempre. Cuando salgo y ve la sorpresa, su rostro cambia. Se ha descubierto el pastel. Odio los ojos de cordero degollado que me pone la gente cuando me ve en silla de ruedas.

A ver, que es un cacharro de dos ruedas, no una pitón constrictora, no es necesario la cara de susto. Que esto me ayuda, no me mata.

Hablando de pitón constrictora, no sé si Kike, que parece que es así como se llama, tiene una buena pitón, pero yo tengo algo constrictor, mis intestinos. Quiero, tengo y necesito ir al baño o sangre no es lo único que hoy a echar.

Lo mando a que se vaya a tomar algo mientras acabo mi turno. Apenas queda una hora para que pueda irme y cobrar junto con Kike ese cheque de oro. Mi madre aparece entonces como si de una clienta más se tratara.

—Cariño, ya te ha llegado la silla esa que parece una moto, te la he traído por si te resulta más cómoda. Recuerdo que me has dicho que el tema brazos no lo llevas muy bien.

Salgo hasta la posición donde se encuentra mi madre y le entrego los guantes para que los lleve a casa. La verdad es que huelen que alimentan. Aunque los clientes no se han enterado ni dado cuenta.

Esta mañana mientras venía al trabajo he pisado con una de las ruedas una mierda y obvio la he tocado, porque no me he dado cuenta y como tengo que girar las ruedas... Malditos dueños anti recogida de mierda.

Me gustaría verlos en mi tesitura. Por su falta de educación y civismo, me como yo las mierdas de sus perros que no les ha dado la gana recoger. Baratas me parecen las multas que ponen. Yo penaba con la cárcel, ya verías tú; las calles impolutas, se podría comer en el suelo.

Mi madre me ayuda a cambiarme de silla, para que estrene mi nuevo capricho y se lleve a casa la vieja tartana de hierro.

Hay gente que tiene antojos caros, mi único capricho no es tanto eso, sino una necesidad, aunque en mi caso, la necesidad te presenta una serie de ventajas dependiendo de cuantos ceros tengas en tu cuenta.

Ahora que tengo a mi Ferrari particular, nadie va a poder pararme. Estoy deseando darme una vuelta con él y ver cuan rápido puede llegar a ser. Con lo que cuesta, ya puede correr por lo menos 200 kilómetros por hora.

—Mamá, llegaré un poco más tarde, voy a ir a pasear un poco. No te preocupes, llegaré para la cena — Kike llega entonces, me imagino que está cansado de estar en el bar y quiere preguntarme si he acabado ya mi turno al verme en la calle.

—Oh, así que vas con este zagal tan guapo — mi madre mira a Kike. — Cuídamela o si no te la corto, eh.

—¡Mamá!

—Es lo que diría tu padre, pero al no estar así, tengo que hacer de hombre de la casa. Y hablando de casa, me voy a ella. Me llevo la silla vieja hija. Pasadlo bien.

Mi madre se marcha y yo miro a Kike pidiéndole disculpas en silencio. Sonríe negando y yo cojo el bolso y lo recojo todo del lugar de trabajo antes de salir de nuevo, lista para convertirme en millonaria.

—Ya estoy lista Kike, cuando quieras nos vamos. Hay una administración grande dos calles adelante, podemos hacerlo allí si te parece.

—Perfecto. Dónde está el billete dorado de Willie Wonka.

Me saco el billete premiado del sujetador disimuladamente y veo a Kike mirarme raro. La verdad es que ahora mismo puedo estar dando algo de vergüenza, pero es que era el sitio más seguro que se me ocurría, no nos vamos a engañar.

Se lo entrego y se sube en la moto para ir a nuestro destino. Me miro a mí misma y después miro a la moto. Obviamente no puedo subirme en su moto para ir al establecimiento, pero ahora tengo mi Ferrari. ¿Irá tan rápido como la moto de Kike?

Arranco en dirección a la administración, pero, aunque es mucho más rápido que mis manos girando las ruedas, no es lo suficiente, y mientras que Kike ya está en la otra punta de la calle, yo todavía voy por la mitad de esta, y eso que ha pillado un semáforo. Por suerte yo no tengo de eso.

Cuando llego al lugar, Kike está saliendo del establecimiento y negando con la cabeza. ¿No ha salido bien? Joder, parecía tan sencillo. Entrar, cobrar y salir o, al menos, dar un número de cuenta para que me hicieran una transferencia. La verdad es que estoy decepcionada.

—No me han dejado cobrar los diez millones de euros, ni siquiera por cheque o transferencia bancaria. Una vieja se ha dedicado a difundir que me has vendido un cheque trucado para repartirnos los beneficios.

—¿Quién ha sido la cabrona? — me asomo en el interior.

—Hola Lola.

—Señora Amparo. No me esperaba esto de usted. ¿Por qué va contando esas mentiras?

—Quiero un pellizco o no me callaré como una fresca.

—Fresca la va a dejar mi amigo como no deje de soltar sandeces.

—Tú lo has querido niña. Pienso llamar a todos los loteros de la ciudad para que no cobréis un duro. Si yo no puedo, vosotros tampoco.

Kike se me acerca y me susurra al oído. Parece que se ha ocurrido algún plan y no quiere que la vieja del visillo con tendencia al puteo se entere.

—Si está llamando a los establecimientos debemos darnos prisa. Debemos buscar un sitio alejado.

—Vamos a las afueras Kike, con suerte no recordará que también estamos allí o no le habrá dado tiempo de llamar y podremos cobrar.

—Está bien. Date prisa, la verdad es que tu situación a la hora de desplazarte no es que sea muy favorable.

—Oye, no te metas conmigo, ahora tengo un Ferrari. Lo mío me ha costado.

Le doy turbo, máxima potencia a la silla y, aunque estoy quemando el motor al máximo y consigo ir algo más rápido que Kike caminando a paso ligero, no es suficiente si queremos llegar pronto a nuestro destino.

Y entonces mi compañero de chanchullo tiene una idea descabellada. A mí me parece un suicidio, sobre todo porque la peor parte recae sobre mi persona, pero a veces una debe hacer lo que sea, sobre todo si hay tantos millones en juego.

Acepto y él me mira como un padre orgulloso. La verdad es que no quiero que me vea como su hija, sinceramente, sino como una chica mona con un cuerpo de infarto escondido por estos harapos y esta silla.

No estamos muy lejos de la periferia, quizá haya unos tres o cuatro kilómetros hasta llegar al pueblo más cercano, con lo cual no creo que haya problema. Con suerte, no necesitaremos llevar a cabo el plan suicida de Kike.

Empezamos el trayecto, pero mi velocidad no es suficiente. Llevamos un kilómetro así y veo a Kike desesperarse, suspirar, mientras camina prácticamente arrastrando la moto a 10km por hora para que no me sienta mal.

—Está bien, guaperas, engánchame a ti y que sea lo que dios quiera.

—A qué te refieres con engancharte – me dice guiñándome el ojo a sabiendas de que esa frase tiene doble lectura.

—Por fin, no sabía si cortarme las venas o cortártelas a ti.

Ya puedo ver el inicio del pueblo cuando paramos para que Kike ate su moto a mi silla de ruedas. Dice que va a remolcarme como si fuera un coche. Como dice que lo llamo Ferrari, pues a remolcar se ha dicho.

La moto arranca a una velocidad moderada y me aprieto más el cinturón de la silla. No me preocupa partirme las piernas con este experimento, porque no las siento, pero sí el resto del cuerpo. Puedo salir volando como un muñeco michelín.

Acelera un poco más y siento algo de paja, o quizá es hierba seca, a saber. Me aferro mejor con las manos en la silla y cierro bien la boca. Ya se sabe el dicho: en boca cerrada no entran moscas, o pajas en mi caso.

—Kike, ve más despacio, que me estoy comiendo unas pajas... — y lo digo sin pensar antes de darme cuenta de cómo suena eso.

—¿Qué dices? ¿Que quieres hacerme una paja? Espérate al menos a que lleguemos y podamos parar, preciosa.

Niego sonriendo. Este chaval entiende lo que le interesa. Intento pasar del tema y sigo sosteniéndome como puedo. Quiero mirar el móvil para ver si queda mucho para llevar, pero no

me quiero arriesgar a que salga volando, así que no es una buena idea.

Aguanto mis ganas de hacerlo y es entonces cuando una de las ruedas de la moto de Kike y una rama golpea mi cara. Creo que me ha roto la nariz.

Me está sangrando mucho. Intento echarla hacia atrás para cortar la hemorragia, pero la velocidad me la tira constantemente hacia delante.

Parece que estoy en un concierto de rap, porque mi cabeza no para de ir adelante y hacia atrás, como los muñecos esos que se ponen en el coche, que mueven la cabeza como si dijeran que sí con cada movimiento.

Me la toco por un momento, la nariz eh, y no parece estar rota, supongo que solo me sangra por el golpe. Puta rama... No le digo nada a Kike, no quiero que pierda la atención de la carretera, no vaya a ser que salgamos volando y que ninguno de los dos cobre nunca esos millones.

Cuando aparca frente a la administración, que parece que él sí la ubicaba desde el GPS. Cuando se quita el casco y me mira, ve que estoy sangrando y se asusta. Intento calmarlo para que no se preocupe y le explico lo que ha ocurrido con la rama.

Me limpio como puedo la sangre gracias a los pañuelos que tengo en el bolso, que humedezco con mi saliva, básicamente porque no tengo otra cosa. Me extiende más la sangre por la cara, o al menos eso es lo que me dice Kike.

Coge él otro pañuelo y me limpia de la mejor manera que puedo. Parezco una cocainómana que se ha pasado y ahora sufre las consecuencias de un derrame pos chungo. Qué le vamos a hacer, la vida es dura.

Cuando acaba de limpiarme y se lo agradezco, me pide que me ponga su casco para que no me reconozcan ni me vean de esa guisa, a ver si se van a pensar que él es un maltratador y se ha

dedicado a usarme como saco de boxeo.

Es un poco paranoico, para qué nos vamos a engañar, y esas películas que se monta, ni Spielberg.

Aun así, le hago caso, sobre todo porque me conviene que no me reconozcan en el pueblo y llevar un casco que cubra mi cara es el mejor método para que eso no ocurra.

Poco después, sale con cara de hacerse comido un zurullo de castor; agria y apretujada. Se acerca a mí y niega con la cabeza.

—Todos aquí lo saben. Vamos a tener que ir al pueblo más cercano para poder cobrarlo. Llamaré a mi padre para decirle lo ocurrido y que tardaremos más de lo normal. Deberías avisar a tu madre de que llegarás tarde a casa. Así no se preocupará.

Asiento y mando un mensaje a mi madre mientras él llama a su padre, Próculo, para contarle lo sucedido y cómo vamos a proceder ahora para poder cobrar el dinero. Al final nos va a salir caro el viajecito por el dinerito.

—Quizá sea mejor que vayamos en tren, la verdad es que no puedo seguir tu ritmo y no quiero seguir viajando a riesgo de que una rama pueda decapitarme. Puedo vivir sin piernas, pero no sin cabeza.

—Tienes razón Lola, quizá sea mejor que cojamos un tren hasta el próximo pueblo. Con suerte, allí todo habrá acabado y podremos volver a nuestras vidas, aunque un poco más lujosas y llenas de billetes de colores.

—Vale, hagámoslo. También deberías avisar a tu padre de dónde estamos y a dónde vamos, sobre todo porque si la cosa se complica y tenemos que ir de ciudad en ciudad, es mejor que alguien

sepa dónde estamos, por si tenemos que irnos hasta del país para cobrar.

—Le mandaré un mensaje mejor. Ve llamando a un taxi que nos lleve a la estación. Yo dejaré aquí la moto hasta que volvamos — asiento y llamo a uno mientras Kike aparca la moto en un sitio seguro y manda un mensaje a su padre.

El taxi llega y ambos nos subimos rumbo a la estación de tren. Tenemos diez minutos de trayecto en taxi y una media hora en tren para llegar al nuevo pueblo. La verdad es que, por suerte, estamos bastante céntricos y tenemos bastantes pueblos alrededor y a poca distancia.

Kike ha decidido a dedo para que empecemos por una de ellas a ver si hay suerte. Tenemos miedo de que el lotero de la Amparo haya enviado a todos los del país un aviso con nuestras descripciones para que no podamos cobrar el premio. De ser así esto va a ser un jodido infierno.

Compramos un par de billetes de tren de ida al pueblo elegido por Kike, como siempre por cortesía del banco Lola, que parece que él no hace ni el esfuerzo de sacar la cartera, aunque sea para ser un caballero.

Nos subimos en el tren que se encuentra en la tercera vía, que es la que nos han dicho que corresponde a nuestro tren y nos sentamos casi a la cabeza del tren. Kike, por suerte, me ayuda a subir con la silla y nos sentamos en un lugar exclusivo para las personas como yo y sus acompañantes.

Y de pronto todo se desmorona. Un par de tíos rapados con cara de mala leche se acercan a nosotros. Al principio pienso que van a robarnos, pero después descubro que tienen otros planes en la cabeza.

—Así que tú eres la niña rica. La verdad es que no nos esperábamos que fueras así – dice con acento ruso.

—¿Qué es lo que no te esperabas? Una chica guapa que corriera hacia tus brazos. Pues siento decepcionarte. Ni puedo correr ni soy la modelo que esperabas, aunque no estoy mal — le suelto y quiero seguir, pero cuando veo que tiene una pipa, me callo la boca, sobre todo porque Kike me mira como diciéndome que me calle.

—Además de tullida, deslenguada. Me parece a mí que no sabes con quién estás hablando.

—Pues con un calvo que parece tener un polvorón en la boca que regurgita mientras habla. ¿Me equivoco?

—Encima graciosa. Va a ser divertido desplumarte.

—¿Y por qué te crees que vas a poder desplumarme? — le pregunto.

He visto muchos capítulos de series de mafias y he visto El Padrino, a mí nadie me va a amedrentar.

Que estoy muerta de miedo, claro que sí, casi me cago encima, literalmente, cuando los he visto, o más bien cuando he visto la pistola de uno de ellos, pero si huelen el miedo se aprovecharán de la situación y va a ser que no. A mí nadie me va a robar mi boleto.

Veo que sacan disimuladamente las piscolas, que cubren con las chaquetas para que los demás usuarios del tren no vean que están intentando. ¿Qué pensaría la gente si los viera allí campo y playa con las pistolas a lo gánsteres?

El tren para y entra una pareja de policías en el vagón, además del revisor. Esto sí que es que te toque la lotería.

Miro a los cacos y estos niegan con la cabeza, pero ¿qué? ¿Me van a dar una paliza y romperme las piernas? Lo siento calvos, pero hay que ser más original, conmigo eso no funciona.

—Señor revisor, estos dos se han colado en el tren y encima nos amenazan. Quieren mi billete. ¿Me puede ayudar?

El revisor y los policías se acercan a los rusos y yo les guiño el ojo mientras muevo la silla para trasladarme al otro vagón.

Les tiro un beso mientras los policías los acompañan fuera del tren cuando este para en la siguiente estación y Kike y yo nos vamos a uno de los vagones más alejados. No queremos más sorpresas.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Se llama el arte de esquivar, mi pequeño Padawan.

—Te has arriesgado mucho, nos podían haber matado.

—Quien no arriesga, no gana. Por cierto, llama a tu padre a ver quién coño es esa gente. Es una persona influyente, así que puede que vayan a por él por algo. No quiero que vengan a por una mindundi como yo. Además, ¿cómo se han enterado de que he ganado diez millones de euros?

—Sí, todo es muy raro. Lo llamaré ahora mismo. En la próxima parada, deberíamos cambiar de tren, si saben que estamos en este, volverán a subir.

—Perfecto.

Veo cómo Kike se aleja para llamar a su padre. ¿Por qué siempre se aleja? ¿Qué querrá esconder? Yo avanzo poco a poco con mi silla y veo que un niño pequeño, de unos cuatro años, se me acerca curioso.

—Hola pequeño, ¿cómo te llamas?

—Soy Lucas, como el pato – sonrío por la comparación.

—Yo soy Lola, como la conejita.

—¿Por qué vas ahí sentada?

—Es que llevo corriendo mucho tiempo y estoy cansada. Me he sentado aquí para que esto me lleve solo, así ya no tengo que caminar.

—Oh, yo también quiero uno, caminar es un rollo.

—No digas eso. Ojalá nunca tengas uno. Correr a todos lados y caminar es un placer, pequeño.

—Eso lo dices porque la quieres para ti sola. Mi mamá dice que hay que compartir.

—Lo siento mucho, de verdad. A veces los niños son un tanto impertinentes — me dice la que parece ser su madre, que se acerca abochornada.

—No te preocupes, no me molesta. ¿Te apetece subir en mi coche y dar una vuelta?

—¡Síííí! – mira a su madre y esta asiente.

Lo siento como mis piernas como puedo, ya verdad es que está algo regordete y de la fuerza casi me tiro un pedo.

Bueno, la verdad es que no lo sé bien, porque no me siento el trasero, pero siempre me llega una chispa al cerebro que me avisa cuando algo va a salir por algún lado. Supongo que el cuerpo es sabio.

Lo sujeto con una mano, una vez se sienta bien en mis piernas, y con la otra me dedico a mover el mando para que la silla responda y vaya al lado que se estoy señalando.

—¡Qué chuli, eres Rayo McQueen!

—Sí, algo parecido, lindo.

—Gracias por darle el paseo – beso su coronilla y lo ayudo a bajarse de mi regazo antes de que su madre venga a por él.

—Da gusto cómo te tomas la vida, ojalá todo el mundo se lo tomara así – me dice la madre.

—Hay que ver las cosas buenas de la vida. Si nos autocompadecemos de nosotros mismos siempre seremos unos desdichados. Puede que ahora no pueda hacer muchas cosas que antes hacía y me hacían feliz, pero puedo buscar otras que no necesiten las piernas y que también me hagan feliz o deprimirme todo lo que me queda de vida. Yo decido, y ha decidido vivir, no malvivir.

—Tú sí que vales – y la miro y se parece un poco a Paz Padilla. A ver si este va a ser el programa en cámara oculta y no me he enterado.

—Todos valemos el valor que nos demos y que nos den los demás — le tiro un beso y tras despedirme sigo a Kike, que parece que ya ha acabado de hablar por teléfono con su padre.

—Lola, tengo que contarte algo y no te va a gustar – alzo la ceja mirándolo. A saber qué quiere decirme.

—Desembucha.

—Los tíos que nos siguen son, digamos, amigos de mi padre. Parece ser que mi padre tiene algunas deudas pendientes con ellos. No sé cómo, pero han averiguado que tienes diez millones de euros y se quieren cobrar las deudas.

—Pero yo no tengo nada que ver con tu padre. No debería pagar las deudas de otra persona que ni pincha ni corta en mi vida.

—Lo sé, pero eso a la mafia les da igual. Ellos ven que alguien tiene una buena suma de dinero entre manos y que, además, tiene relación con uno de los clientes que les debe dinero y atan cabos. Además, saben que soy el hijo de Próculo, por tanto, piensan que el dinero es suyo o que parte de él acabará en sus manos. No son tontos.

—¿Es posible que le hayan pinchado el teléfono?

—Es muy posible. Ya me ha dicho mi padre que está revisando toda la casa en busca de micros o cámaras. Me ha comentado que no vuelva a llamarle por si acaso y que no vayamos al pueblo que

le hemos comentado anteriormente. Así la mafia no sabrá dónde vamos.

—Es buena idea. Espero que tu padre se dedique a arreglar esta situación, porque no quiero pasarme el resto de mi vida huyendo de mi propio hogar.

—Lo arreglará Lola, no te preocupes. Mi padre ha dicho algo más.

—¿Qué ocurre ahora?

—Mi padre va a mandarnos algo de ayuda.

—Espero que sea un escuadrón suicida, porque si no lo tenemos crudo.

—No, va a enviarnos a mi hermano.

—¿Solo una persona?

—Créeme, vale por cien hombres.

—¿Es un Hulk humano?

—No, pero es astuto, rápido y habilidoso.

—¿Es tan guapo como tú? —suelto sin pensar.

—No, yo soy más guapo, pero quién sabe. Igual tenemos que competir por tu amor. Pero créeme cuando te digo que cuando algo me gusta soy capaz de luchar contra el mismo demonio para conseguirlo.

—¿Te gusto?

—Mis labios están sellados, pequeña, como tus piernas.

—Serás capullo...

—Capullo, pero guapo, según parece – coloco los ojos en blanco.

—Si pudiera, te daba una patada en toda la entrepierna. Tienes suerte de que tenga piernas perezosas, pero recuerda que mis puños están a la altura exacta. No te la juegues, o tus bolas serán mi saco de boxeo.

—Siempre tan romántica, Lola.

—Lo sé, es uno de mis encantos. Ahora vayamos a la otra punta del vagón. Si los malotes nos esperan en la siguiente parada tenemos que tunearnos un poco para que no se nos reconozca.

—Cuando pones esa cara de pícara, me pones malo.

—No me hables de malos, que ya tengo a dos pegados a mi silla.

Vamos en dirección al primer vagón, aprovechando que el tren se ha detenido. Me resulta

complicado moverme cuando está en marcha por motivos obvios.

Escucho cómo en el vagón que hemos traspasado hace un momento, se escucha a alguien registrando la zona y mirando a los usuarios para ver si son la persona que buscan.

Mierda, seguro que son más amiguitos del padre de Kike que vienen a por nosotros. Y entonces se me ocurre una idea, es un poco descabellada, pero no tanto como engancharme a una moto como si fuera un remolque con patas. Al menos es más seguro.

—Han vuelto a subir al tren Kike, corre.

—Ya lo veo. Deberíamos bajar en la siguiente parada.

—Queda bastante para que vuelva a parar.

—Mierda.

—Se me ha ocurrido una idea. No es brillante, pero puede salvarnos el culo.

—¿De qué se trata?

—Vamos a disfrazarnos para disimular. Se me ha ocurrido algo. ¿Ves aquellos ancianos del fondo?

—Sí, ¿qué les pasa?

—Necesitaremos sus ropas, o al menos algunas de ellas. Debemos hacernos pasar por viejecitos. Así no se fijarán en nosotros.

—Está bien.

Nos acercamos a la pareja de ancianos y saco la cartera del bolso. Saco un billete de veinte euros y me dirijo a ellos con respeto y con una sonrisa en los labios. Hablar con desconocidos o que ellos hablen contigo no es fácil y no quiero asustarlos o no nos ayudarán.

—Hola, no quisiera molestarlos. Soy Lola, encantada.

—Somos pensionistas, niña, nos das penita, en serio, pero tenemos lo justo para vivir, no tenemos para limosnas.

—No quiero dinero, al contrario. Estoy aquí para ofrecérselo yo a ustedes.

—A mi marido y a mí nos gusta disfrazarnos en lugares públicos, una rara afición. Tranquilos, no somos unos locos perturbados, solo somos una pareja divertida.

—Tu marido es un buen partido niña – dice la abuela.

—María, calla y deja de echarle flores al muchacho – le contesta el abuelo, algo molesto.

—Solo digo la verdad Avelino, no me seas rancio.

—Pues anda que la chiquilla no está de buen ver ni na, yo me la zumbaba en la silla y to – miro a

Kike, que se aguanta la risa, al igual que yo.

—Bueno, a lo que iba — los interrumpo para que la cosa no se ponga peor. – Necesitamos que nos prestéis el pañuelo y la mantita de la señora, el sombrero, la chaqueta del señor. Os daremos 20 euros y os los devolveremos en seguida. Lo prometo.

—Cincuenta y os dejo mi dentadura — me dice el señor.

—Hecho — suerte que es de hombre y le va a tocar a Kike. Puag.

María me entrega el pañuelo, que me coloco en la cabeza para cubrir mi pelo y manta sobre mi regazo para colocar mis manos debajo y así disimularlas.

Tengo las manos muy lisas y suaves y una mujer mayor no tiene estas manos, por eso he decidido colocarlas bajo la manta, como si tuviera frío.

Kike, por su parte, se ha puesto el sombrero boina de Avelino, su gabardina y coge con sus dedos a modo pinza sus dientes postizos. Cada vez que me miro la mano me dan ganas de vomitar, no puedo evitarlo.

La verdad es que si se hace el dormido con los dientes en la mano y la cabeza gacha, puede que esto funcione.

Si a unas malas parece que no funciona, que se meta los dientes en la boca para disimular, aunque espero que no tengamos que llegar a verlo, ya no volvería a mirarlo de la misma manera, por no mencionar que no besaría a esa boca ni aunque me pagaran. Puag.

Otro problema es lo que haremos con la silla. Debo disimular y una silla llama mucho la atención. Decidimos colocarla en el lugar asignado para las bicis y que se quede allí anclada y Kike me lleva en brazos hasta uno de los asientos.

Él se sienta frente a mí y hace que duerme, mirando hacia el suelo, con la cabeza caída, para evitar ser reconocido. Yo me coloco la manta mejor puesta, me cubro con el pañuelo el pelo y gran parte de la cara, a modo de bufanda, agacho la cabeza como Kike y me hago la dormida.

Cierro los ojos justo a tiempo, porque veo a Kike darme una patada para avisarme de que ya están aquí, como si acaso pudiera sentirla. Menos mal que tengo ojos, que sino...

Emito ronquidos intermitentes y Kike me sigue el juego. Realmente quien nos vea, pensará que estamos dormidos y sino, tendremos un problema, porque nos pillarán de nuevo. Nos pudimos librar una vez, ¿habrá una segunda?

Se acercan a nuestra posición y me muerdo el labio sintiendo los pasos más y más cerca. Se están fijando en cada uno de los usuarios del tren y solo rezo para que nuestro disfraz sea suficiente.

Parece que están a nuestro lado. Puedo sentir sus respiraciones. Nos están escaneando con la mirada. Me siento desnuda. Si tenemos que salir corriendo porque nos pillan, no sé cómo demonios voy a salir de aquí, a menos que me cuelgue como un mono a la espalda de Kike y este salga corriendo.

Kike alza un poco la mirada y se encuentra con la mía. Lo miro y miro a la dentadura. Quizá si se la mete en la boca sea la prueba suficiente para que los matones se marchen, pero él niega disimuladamente con la cabeza y vuelve a hacerse el dormido cuando uno de los matones se asoma de nuevo a nuestra posición para examinarnos.

—Mierda, se nos han escapado, camaradas. Deben haber bajado del tren sin que los hayamos visto. Avisad al jefe. Que esté atento a la nueva llamada del crío a su padre, con suerte nos dará la nueva ubicación. De todos modos, barramos una vez más el tren por si las moscas — dice uno de los matones con acento ruso y tengo que aguantarme la risa porque es manera de hablar en español, ni el Chiquilicuatre con un mazapán en la boca.

—Deberíamos movernos, ya hemos tenido suerte una vez, no la tentemos una segunda — le digo a Kike una vez los rusos han cambiado de vagón.

—Vayamos a los lavabos. Allí no nos verán. Podemos quedarnos encerrados dentro hasta que lleguemos al destino.

—Me parece buena idea, vamos allá.

—Tendrás que llevarme, si ahora nos llevamos la silla pueden sospechar. Es mejor que de momento se quede dónde está.

—Tienes razón, ¿quieres que te lleve al caballito?

—Vale, aunque espero que no seas un caballo en todos los sentidos, aunque tampoco un caballito de mar.

—Jajaja, estás loca y me encanta.

Nos vamos directos al baño y cerramos la puerta, iluminando el cartel de ocupado. Kike me sienta en la pica para lavarme las manos mientras limpia la taza del váter para que pueda sentarme más cómoda sí que se me pegue el ébola como mínimo.

Después, ya sentada allí, le doy las prendas de los ancianos para que Kike salga un momento para entregarles sus cosas, tal y como les hemos prometido. Nosotros siempre pagamos nuestras deudas, somos como los Lanister.

Kike no tarda mucho en volver. No tiramos sin hablarnos, él de pie y yo sentada, como cinco minutos. Los más largos de mi vida. El tren frena de repente de manera brusca y no me da tiempo a sujetarme a nada.

Kike me coge al vuelo y yo me agarro a su cuello como si me fuera la vida en ello, como una chimpancé en celo.

Por un momento nos miramos a los ojos y nuestra conexión es tan profunda que no se podría cortar ni con un cuchillo japonés y eso que dicen que son los más afilados del mundo.

—Así que soy guapo.

—Y creído.

—Pero te gusto. Parece que te gustan los creídos.

—También te gusto yo. Parece que te gustan las locas tullidas.

—Es posible, no te lo voy a negar.

Su rostro se acerca al mío y puedo sentir su cálido aliento acariciando mi rostro. Me acerca más a su boca dispuesto a besarme.

Estoy algo nerviosa, casi como una quinceañera, no lo voy a negar, y entonces ocurre lo que menos me esperaba, llaman a la puerta de muy malas maneras.

—Dejad de follar joder, alguno queremos el baño para cagar — me muerdo el labio mirando a Kike, que se avergüenza por momentos.

Me toma en brazos y me lleva de nuevo a la zona de la silla de ruedas. Parece que el peligro ha pasado. Ya llevamos bastante tiempo encerrados y los rusos se habrán bajado ya del tren.

Me siento en la silla y bajamos de este, puesto que hemos llegado a nuestra parada, la última. Bajamos y miro a Kike algo pícaro.

Se me ha ocurrido una tontería, pero desde que tengo esta silla he querido hacer esto y la verdad es que es el único que tengo a mano, sino se lo pediría a mis padres.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio, guapetón?

—A donde tú quieras.

—Pues sube a mi carro que te llevo donde no haya malotes que nos persigan — palmeo mis piernas para que se siente.

—No quiero hacerte daño — y cuando lo dice pone los ojos en blanco.

—Tranquilo, lo único que podrías dañar sería mi autoestima si no lo haces. Ahora sube a mi bólido o me iré sin ti.

Kike se sienta en mi regazo y enciendo motores antes de empezar la carrera hacia la salida. Se sujeta como puede y yo manejo el mando a mi antojo, haciendo giros y poniéndolo nervioso. De pronto tengo que pegar un frenazo importante para no atropellar a un chico y Kike casi sale volando, aun así la sonrisa no se borra de nuestros rostros.

—Me encanta que os lo paséis tan bien cuando sois objetivos de la mafia y os van pisando los talones — nos dice el chaval. ¿Cómo coño sabe eso?

—Hola hermanito — lo saluda Kike.



CAPÍTULO 4: KIKE

—Hola, hermano —responde Iván, mi hermano pequeño.

—Si nos van a matar, ¿por qué no disfrutan de los momentos que nos quedan? — le respondo.

—¿Van a matarnos? — pregunta Lola asustada.

—Era broma chica, no te preocupes, yo cuidaré de vosotros, no os tocarán un pelo.

—No vayas de listo, nos ha ido muy bien sin ti, tío — le suelto. La verdad es que me molesta que vaya de gallito y de superhéroe para intentar llamar la atención de Lola.

—Lo dudo bastante a juzgar por cómo vais y que aún no habéis cobrado el cupón, pero no os preocupéis, ya ha llegado vuestro salvador — veo que Lola alza la ceja y lo mira como si ya no lo aguantara. Bienvenida al club.

—Lola, este es mi hermano, Iván.

Ella lo saluda con la mano, pero él se adelanta y le da dos besos. Lo ha notado, lo sé, sabe que me gusta y él siempre quiere lo que tengo o lo que me gusta y eso es algo que me cabrea enormemente.

Deberíamos irnos, no quiero que los rusos nos encuentren a la salida de la estación y todo lo que

hemos hecho hasta ahora Lola y yo no haya servido para nada. Miro a mi hermano y después desvío la mirada hacia Lola.

—Deberíamos irnos ya, a menos que queráis que acabemos con las piernas rotas.

—Conmigo lo tienen complicado, Kike —veo que ríe. — Bueno, ya sabes que si a ti te rompen los dientes, siempre podrás pedirle a Avelino los suyos – ambos nos reímos y seguimos a Iván hacia su coche.

Cuando llegamos a su coche, aparcado en el estacionamiento de la estación, me quedo algo petrificado, me imagino que como Lola.

Mis peores pesadillas se han confirmado. Ha traído el Ferrari. ¿Cómo coño vamos a meter a Lola y su silla allí? El maletero es demasiado pequeño.

—Ya sé lo que estás pensando Kike, pero yo no sabía que ella se encontraba en esa situación ni que no tenías la moto.

—Y dónde pensabas que la había metido para subir en el tren, ¿en el bolsillo del pantalón? Joder Iván, que solo hay dos asientos.

—Bueno, la silla tiene fácil solución, puedo atarla al coche con un arnés, el problema es ella. Los asientos son demasiado estrechos para que vayan dos y solo hay dos — dice Iván.

—No pasa nada, puedo coger un taxi y seguiros — sugiere Lola.

—Es muy peligroso. Si la mafia nos persigue, un taxi es un blanco fácil y no pasa de los 120 por

riesgo a perder la licencia, pero este pequeño puede llegar a los 300 kilómetros por hora en un abrir y cerrar de ojos. Mi pequeñín es más rápido que Flash.

—Está bien, iré en el maletero — y estaba temiendo que Lola dijera eso. El maletero es demasiado pequeño, no cabe.

—Es muy pequeño y estarás incómoda, puede que no quepas — le digo. La verdad es que no la quiero ver espachurrada en el coche de Iván.

—No pasa nada, ahora me puedo contorsionar sin sufrir daño alguno, al menos sentirlo. Así que no te preocupes. Hasta me estoy planteando ir a castings para ser la nueva contorsionista del Circo del Sol.

—Creo que el sol le está sentando muy mal a tus neuronas. Anda vamos, no perdamos más tiempo y probemos a ver.

La cojo en brazos y la siento en el borde del maletero cuando mi hermano abre el coche. Ambos analizamos el estrecho espacio y dejo un momento a solas a Lola para ayudar a colocar el arnés en el techo del coche, con la silla encima.

Hemos bajado las ventanillas para pasar la cuerda por allí y la verdad es que con lo que lo hemos apretado no se va a mover ni un pelo. Vuelvo con Lola y veo que le está mandando un mensaje a alguien.

—Es para mi madre, le he dicho que voy a pasar la noche fuera. No sé si hoy nos dará tiempo a cobrar el cheque. Sino ya hasta el lunes nada, aunque si llegamos a eso me inventaré cualquier excusa.

—Está bien, ahora vamos a ver cómo te metemos en el maletero de la manera más cómoda posible — le sugiero.

Primero colocamos la parte de arriba, yo me encargo de eso. Coloco mi chaqueta de cuero para que le sirva de cojín mientras mi hermano se encarga de la parte de abajo. Le dobla las piernas hacia arriba colocándoselas a ambos lados de la cara.

—Joder Iván, ¿qué coño haces? ¿Eres idiota o es que te quieres hacer el gracioso? — me está cabreando y mucho. Está riéndose de Lola o es gilipollas, no hay otra.

—No pasa nada Kike, no me ha hecho daño. Es algo incómodo para mi cara, pero si es la única manera, puedo ir así todo el camino. De verdad que no me importa.

—Tienes un culito precioso, Lola — susurra Iván.

—Y tú una lengua viperina. Si sigues así cogeré unas tijeras y se va a convertir en bífida — mi maldito hermano solo se ríe y le tira un beso el descarado.

—No te preocupes Lola, yo buscaré colocarlas en otro lado. Iván, deberías subir ya al coche, por favor. Aquí ya has hecho suficiente.

Lola se coloca de lado, dice que en esa posición está más cómoda. Doblo una de sus piernas y la coloco bien, para que no se sienta incómoda. La miro a los ojos y es como entrar en otro mundo.

Hasta verla en un maletero es un puto espectáculo. Me da igual la silla, las piernas o el dinero, quiero conocer a esta chica y me importa una mierda lo que piense la gente.

Es la chica que he buscado en cada club. ¿Enamorarme? No creo en las relaciones largas o el amor eterno, pero creo en el presente y ella y yo podríamos sr pura magia.

—Hasta dentro de un momento, preciosa – voy a cerrar el maletero, pero no cierra.

—Kike, cuidado... – es demasiado tarde, me quedé tan ensimismado con Lola, que no recordé que no le había metido la otra pierna. Joder. Abro corriendo el maletero, bueno, vuelvo a levantarlo.

—Lo siento muchísimo Lola, de verdad, no me di cuenta de que solo te había metido una pierna dentro, de verdad que lo siento.

—No te preocupes, no me ha dolido, esa es la parte positiva. Así que no te preocupes, eso sí, te dejo equivocarte de cintura hacia abajo, pero no de cintura hacia arriba.

—Prometido. ¿Lista? — asiente y le coloco la pierna sobre la otra y ahora sí cierro el maletero antes de subirme en el asiento de copiloto para poner rumbo a vete a saber dónde.

La idea es encontrar la administración de este pueblo o sino correr al siguiente, ya no por el millón de la familia que calmará a los malditos rusos, sino para que Lola obtenga su dinero. Le vendrá muy bien.

No tardamos mucho en llegar a lo que parece una casa lujosa, pero donde hace tiempo que no vive nadie. Parece abandonada. Salimos del coche cuando mi hermano aparca en la entrada de la casa y abro el maletero.

—Lola, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Me he mareado y zarandeado un poco, pero sigo de una pieza. Ahora puedo decir que he subido al maletero del Furious Baco de tu hermano y he vivido para contarlo — sonrío y la cojo en brazos para llevarla a donde quiera que mi hermano quiera llevarnos.

Él abre la puerta de la casa con una llave que se saca del culo, porque no lo había visto antes con ella. Entramos y parece un palacio. La verdad es que tiene una decoración magnífica. Lástima que por dentro parezca un antro para desintoxicarse.

—La compré en una subasta. Solo la uso como picadero, por eso no me preocupo de llamar al jardinero más de una vez al año.

—La verdad es que es una buena casa, si la cuidaras más daría mucho juego. Puede que te la compre para mis padres. Creo que aquí pueden ser felices con tanta vegetación. Aman todo lo verde — suelta Lola entre mis brazos. Está realmente asombrada. La casa parece gustarle mucho.

—Quizá hagamos negocios preciosa, me lo apuntaré — le responde Iván.

La dejo un momento en el sofá mientras descargamos la silla de ruedas para que ella pueda moverse de una manera más autónoma. No quiero que sienta que es una carga y que necesita que constantemente estemos ahí para trasladarla.

He dejamos la silla al lado del sofá y ella no tarda en montarse en su bólido, como dice ella. La verdad es que es preciosa y cuando se sienta en la silla parece un ángel, salvaje y dócil a la vez.

Se dedica a hacer un tour por la casa y yo me meto en el despacho de mi hermano con este. Necesitamos hablar y aclarar algunas cosas. Puede que mi padre lo haya mandado para ayudarnos,

aunque no le necesitemos, pero se está pasando de la raya con Lola y eso tiene que acabar.

—Qué pasa hermanito, ¿por qué tanto secretito a puerta cerrada?

—No te hagas el tonto. Saber por qué estamos aquí.

—No voy a marcharme, papá me quiere aquí para limpiar vuestra mierda y hacer que las cosas vayan bien. No se fía de ti. Y no voy a alejarme del precioso ángel que recorre mi casa ahora mismo. Me gusta y cuando algo me gusta lo consigo, cueste lo que cueste, aunque para ello deba arrebatárselo a alguien — y me mira sonriendo.

—Sobre todo, si es a mí, ¿verdad? Eres despreciable.

—Eso dicen, pero solo contigo y eso me encanta. Voy a hacer que se vuelva loca por mí hermanito, me voy a convertir en el mejor de los dos y, cuando le toque decidir, no será contigo con quien se quede. Disfruta el poco tiempo que te queda a su lado, pronto expirará.

—Eso ya lo veremos.

Salgo del despacho, no lo aguanto ni un segundo más. Voy en busca de Lola, que está tomando el sol un rato en la inmensa terraza de la casa. Se la ve preciosa llena de luz, lástima que tenga que acarrear esa cruz tan joven, confinarse a esa maldita silla.

—Hola preciosa, ¿qué haces?

—Estoy aquí, tomando el sol mientras busco cuántas administraciones hay en este pueblo y a cuánto están desde nuestra posición para ir.

—¿Quieres que cojamos el coche de Iván y nos vayamos de excursión a esos sitios que has marcado en el mapa?

—Me parece un plan genial. Y podríamos comprar algo de ropa, la verdad es que empiezo a oler a momia y no me gusta.

—Claro, podemos ir a comprar algo de ropa de la que recorremos el pueblo para cobrar el boleto.

—Pues vamos allá. ¿A qué esperamos? Lo mejor será que llamemos a un taxi, porque la verdad, no veo yo otra vez a mi silla en el techo de un Ferrari.

—Vale, vámonos.

Llamamos a un taxi y cuando llega nos subimos a él. La verdad es que tener un taxi hoy en día adaptado a personas como Lola es un lujo al alcance de pocos. Ella aprovecha para hablar por teléfono con su madre y contarle cualquier milonga. Pobrecilla.

No tardamos mucho en llegar a cada uno de los establecimientos de lotería, pero no hay forma de cobrar, todos nos niegan el pago por el chivatazo de la maldita vieja cotilla.

Acabamos exhaustos después de correr de un lado para otro, no literalmente, claro está, de una administración a otra. Al final, frustrados, nos encaminamos a una gran tienda de ropa en busca de renovar nuestro aspecto algo desaliñado.

Lola coge unas cuantas prendas y se encamina hacia el probador, yo hago lo mismo y me meto en el probador de al lado, por si acaso necesita mi ayuda. Me coloco unos tejanos negros que he cogido de una de las perchas. La verdad es que me siento de lujo.

La camisa negra completa el look, que pega perfectamente con mi chupa de cuero. Parece que Lola está teniendo algunos problemas en el probador, a juzgar por los golpes que da de un lado a otro. Es más, se está moviendo mi probador de los golpes que da.

—Lola, ¿puedo pasar?

—Sí, por favor – casi me suplica.

Me asomo para ver que no hay ninguna parte del cuerpo desnuda y cuando veo que no es así, entro en su probador. Veo que se le ha encajado una camiseta de cuello alto y no parece subirle ni bajarle de la cabeza.

—No te muevas, te ayudaré a salir de ahí o entrar.

—Kike, no puedo respirar, me ahogo.

—Tranquila, ahora mismo te libero.

Empujo hacia abajo, pero no hay manera. Intento subirlo, pero la tela está tremendamente ajustada. No hay manera, la verdad es que no sé cómo ha entrado ahí, pero haré que salte, no dejaré que Lola se ahogue.

Bajo la tela con más fuerza y esta se rasga un poco, cosa que me hace renovar esperanzas, pero

cuando la sigo bajando, la cremallera se queda atascada en el pelo. Si sigo tirando hacia abajo, la voy a dejar calva, así que dejo de tirar.

Decido tirar hacia el lado contrario, más que nada porque calva o desnucada igual no esta tan guapa o me mata por hacerlo.

Quiero conservar mi vida un poco más. Así que tiro hacia arriba mientras juego con los dedos tratando de deshacer el nudo que se ha hecho de pelo en la cremallera.

—Como me dejes calva, te la corto a lo Lorena Bobbit.

—¿La que le cortó el pene a su marido?

—La misma.

—Vale, le pondré más empeño.

Consigo, con un tirón brusco, sacarle la ropa de la cabeza. La verdad es que me ha dado miedo dar este tirón antes porque no quería hacerle daño a Lola, pero ahora que ya no corre peligro su pelo, lo hago con ganas y consigo sacarle la tela por la cabeza.

Ahora, ya liberada, la miro de arriba abajo. Llega un sujetador rosa de encaje con unas tiras muy finas. Solo imaginarme que puede llevar el tanga a juego bajo esos pantalones me pone a mil.

No intenta ocultarse, sabe que es inútil, puesto que ya la he visto, así que se comporta de manera natural y me pide que la ayude a levantarse para quitarse los pantalones tejanos. Quiere probarse un vestido de blanco con estampados copiosos pero sutiles de colores marrón, gris y negro.

Sin duda es un vestido precioso, pero no vale nada si está en una percha. Todavía no se lo ha puesto, pero ya me la imagino y solo quiero hacerle una reverencia para que me deje tomar su mano e ir al cine como dos adolescentes, para luego sacarla a cenar y disfrutar de tan hermosa vista y compañía.

Joder, ¿qué coño me pasa? Me estoy volviendo un cursi, un moñas. Yo nunca he sido así y me niego a enamorarme, caer en esa trampa que se ha inventado la sociedad para que nadie esté solo.

Yo no necesito a nadie, solo estoy completo, pero es que siento que me complementa, que es la guinda de mi pastel y, aunque trato de frenarlo, cuando la miro lo siento, por todo el cuerpo, esa ilusión entremezclada con un cosquilleo que llega hasta el alma.

Cuando se saca los pantalones y los deja caer por completo al suelo mis peores temores se hacen realidad y su tanga aparece tal y como lo había soñado. Joder, me estoy poniendo como una jodida roca, espero que no se dé cuenta.

—Oye, tú los ojos a mi frente, que se te van al pan, igual que las manos.

—No te preocupes, te respeto.

—¿Cuándo me has respetado exactamente? ¿Cuándo me mirabas las tetas o el culo?

—Está bien, me has pillado, lo siento.

—Pues yo no. Está bien sentirse deseada de vez en cuando, no te voy a engañar — se coloca el vestido y la siento en la silla para ayudarla a subirse la cremallera.

Esta simplemente maravillosa. Ese vestido está hecho para ella, no me cabe duda. Pienso regalárselo y le pediré tener esa primera cita en el cine, como me la he imaginado. Cenar bajo la luz de las velas.

No sé por qué ahora tengo esta necesidad incesante de estar con ella y no simplemente como un encargo de mi padre. Debo centrarme, debo hacer el trabajo que se me ha encomendado.

—¿Te gusta cómo me queda?

—Estás preciosa Lola, de verdad. Pienso regalarte ese vestido y pegártelo al cuerpo para que no puedas quitártelo nunca.

—La verdad es que ese plan tiene flecos. Está el hecho de las erupciones cutáneas que puedo tener, el pestazo que echaría, la suciedad, los cambios de moda...

—Tienes razón, no es una buena idea. De todos modos, pienso comprártelo.

—Gracias, supongo.

—No me das des, tengo yo que dártelas a ti.

—¿Por qué? ¿Porque gracias a mí eres un millón de euros más rico? O al menos lo serás.

—Me da igual el dinero Lola, yo no soy como mi padre. La verdad es que me gustaría proponerte algo. ¿Te gustaría ir al cine contigo? Después podríamos ir a cenar y...

—Eh, para el carro guaperas. ¿Me estás pidiendo una cita?

—Puede ser. En caso de ser así, ¿aceptarías?

—Puede ser. Me encanta el cine, unas buenas palomitas dulces y una buena cena en un restaurante de comida china. Si cumples con mis expectativas en todos los sentidos, es posible que acabemos lo que empezamos en el baño del tren —sonríó ladino.

Solo imagino poder besar sus labios y creo que sería un jodido espectáculo. Me los imagino húmedos, aterciopelados, hambrientos y... uff.

Le subo la cremallera muy despacio, rozando su piel desnuda, que se eriza con cada toque, hasta llegar al final, donde acaricio su cuello y sus hombros, alzando a la vez sus tiras. Está temblando, también lo hago yo y escucho que jadea en silencio.

—Kike, es mejor que no sigamos, quizá no podamos parar si vamos más allá.

—Quizá yo no quiera pasar. Aunque, la verdad, no quiero que todo se reduzca a un probador. Quiero que las cosas sean especiales y no vulgares.

—Exacto. Así mismo pienso yo.

—¿Te parece si pagamos y nos vamos al cine y a cenar?

—Me parece perfecto, aunque, ¿no es peligroso que queramos pasarlo bien cuando hay unos calvos rusos locos dispuestos a rebanarnos el cuello?

—¿Y por eso van a amargarnos la fiesta? Prefiero morir disfrutando de mi vida a quedarme encerrado y amargado por el miedo.

—Tienes razón Kike. Paguemos esto y vamos a ver alguna comedia que nos haga reírnos de todo esto.

—Las damas primero – le señalo la salida del vestidor antes de que recoja sus cosas para salir y yo haga lo mismo con las mías.



CAPÍTULO 5: LOLA

Kike, ese pibón moreno y bronceado con pintas de macarra acaba de pedirme una cita a mí, la tullida del barrio. Esto parece una cámara oculta. La verdad es que me alegro de que haya salido de él

Este día ha sido de locos. La tensión se ha podido cortar con un cuchillo, nos hemos disfrazado, nos han perseguido para arrebatarme mi tesoro (ya parezco Gollum) y he conocido al que puede ser el amor de mi vida, aunque la verdad, tener a Próculo de suegro, es mi pesadilla hecha realidad.

Quizá lo mejor sea que cada uno siga su camino, pero sinceramente, soy adicta a la comida china y me encanta una buena sesión de cine mientras me zampo palomitas dulces. Es realmente adictivo. Así que, tampoco es que sea un gran sacrificio ir a esa cita, y si acaba en revolcón, que me quiten lo bailado.

Tras las compras, que muy caballeroso paga Kike, nos cogemos otro taxi hasta las salas de cine del pueblo, que no es que sean gran cosa, tampoco es que esperara grandes salas en un pueblo de mala muerte, pero al menos hay palomitas dulces. Punto para ellos.

Entramos a ver una comedia española de éxito. La verdad es que el protagonista se parece mucho a mí, o al menos lo que le ocurre, la diferencia es que él puede disfrutar del dinero que le ha tocado y yo me he pasado el día huyendo para poder cobrarlo.

La vida es dura, sino que nos lo digan a nosotros dos. Al menos, hemos sido capaces de mandarlo todo a la mierda por unas horas y disfrutar un poco de la vida, porque nos lo merecemos, ¿no?

Cuando salimos del cine, decidimos ir a cenar. No buscamos un restaurante caro, de esos de élite, tampoco es que haya muchos en este pueblo, con un restaurante familiar nos conformamos. Mientras sea comida china yo como hasta en un banco.

Los ponemos hasta el culo, pero literalmente. Pedimos como quince platos entre los dos y no dejamos ni la muestra. Creo que no había comido tanto en mi vida. Lo que pasa es que hacía mucho tiempo que no le hincaba el diente a la comida china y tenía antojo.

Los antojos son muy malos, porque cuando encuentras lo que quieres y lo tienes en tus manos en cantidades ingentes, no hay freno que te pare.

Supongo que hoy habré engordado un par de kilos. Luego me pego un par de bailoteos de zumba y los bajo. Es ironía, para quien no lo haya pillado, obvio.

No tardamos mucho en volver a casa, aunque vamos más pedo que Alfredo. Nos cogemos un taxi para volver a casa.

—Lo malo es que voy bastante contenta y yo si que conduzco, aunque sea la silla de ruedas, como me paren para soplar verás...

—No te preocupes, yo te cubro, te lo prometo. Distraigo a los pitufos mientras tu salen pitando con tu bólido.

—No tengo pito en esto, pero puede que lo incorpore.

—Bueno, no me refería a eso, pero... bueno, da igual. Creo que vas un poco perjudicadilla.

—Ya te digo, estoy a punto de llorar alcohol.

—Voy a llegarte a tu cama antes de que te me vayas escalera abajo con la silla. Sería digno de vídeos, pero no soy tan despiadado.

—Eres peor que el demonio – río. – Un lobito con piel de cordero.

—Claro que sí, y este lobito de hincaría bien el diente, pero no pienso aprovecharme de ti en estas condiciones. Quiero que recuerdes este momento, no que se te olvide mientras estás resacosa.

Me coge en brazos y me sube hasta lo que parece la habitación que han asignado para mí. La verdad es que está bastante bien, parece una habitación de princesa, con tocador y todo. Pero todo eso me da igual, la verdad es que no soy muy presumida, soy más de maquillarme para que no se note mucho.

No sé por qué estoy explicando esto ahora, supongo que será porque el alcohol habla por mí y dice cosas estúpidas. La verdad es que lo único que me importa ahora mismo es esa cama de matrimonio en la que podría caber medio equipo de fútbol.

Kike me mete dentro y me cubre con las sábanas antes de besarme la frente, a lo vieja del visillo, y marcharse de la habitación tras darme las buenas noches.

No os mentiré, me estoy meando y Kike no me ha subido la silla. Creo que tendré que arrastrarme a lo gusano hasta el baño de la habitación. No le he pedido que me llevara, porque no tenemos tanta confianza, además se perdería la magia. No quiero que me vea meando.

Me dejo caer con cuidado al suelo y me arrastro hasta el baño, me endezco quedándome sentada y enciendo la luz antes de seguir arrastrándome hacia el váter.

Abro la tapa y entonces la suelto, toda la puta que no he echado en mi vida, hasta la primera papilla.

Parece que no solo tenía que evacuar por abajo. Me bajo el tanga. Una vez me quedo completamente vacía, me cojo a la taza con todas las fuerzas y subo a la taza para hacer mis necesidades.

Al acabar, tiro de la cadena, muy importante, y me arrastro de nuevo a la cama. Me subo en la misma casi como un gato, con las uñas.

Estoy sudando como un cerdo, o en este caso como una cerda, pero es que parece otra cosa, por eso no quería decirlo. Me quito el vestido y me quedo ropa interior. No quiero arrugar el vestido nuevo.

Cierro los ojos y me relajo en busca de dormirme en seguida. La verdad es que lo necesito y estoy cansada.

De pronto, la puerta de la que ahora es mi habitación se abre y alguien entra. No logro visualizar quién es, porque no se ve un pijo, pero me hago una idea de quién puede haber venido a verme.

—¿Has cambiado de opinión Kike? Me alegro, porque yo también tengo muchas ganas de acabar lo que empezamos en el baño del tren.

Veó cómo la sombra se acerca sin decir nada y se abalanza sobre mí. Sus labios atrapan los míos y joder cómo besa, es una auténtica locura.

Su lengua parece una deliciosa batidora en mi boca, la repasa entera. La verdad es que he

escupido todo lo que he podido tras vomitar y me he enjuagado en el bidé, espero que no encuentre ningún tropezón.

Sus manos viajan a mi vientre y surcan por él las curvas de mis caderas antes de posarse en mis pechos, los cuales amasa con brío mientras jadea en mi boca. Una de sus manos desaparece para después aparecer frente a mí boca y siento que me mete algo en ella. ¿Es un Hall de menta?

Me imagino que mi boca no sabrá a rosas después de lo ocurrido y que un rato lo ha aguantado, pero no creo que pueda ser eterno, por eso ha optado por darme algo que refresque mi boca y mejore mi aliento. ¿Sin Halls no hay besos? ¿No era Smint?

Rodeo su cuello con mis manos y lo acerco más a mí, apremiando un nuevo beso que me excita más de lo que me gustaría confesar.

Y entonces ocurre. Cuando respiro demasiado fuerte, presa de la emoción, el caramelo se me encaja en la tráquea y me ahogo, literalmente.

Golpeo su brazo para que se dé cuenta, pero está demasiado centrado en deshacerse de mi brasier de encaje rosa. Empiezo a mover la parte de arriba del cuerpo como si fuera una culebra para llamar tu atención y le suelto un guantazo.

—Joder, ¿acaso te va el sado o qué?

—Ayuda — consigo susurrar mientras me ahogo.

Kike abre la luz para ver qué me pasa y cuando lo veo con claridad me quedo petrificada: no es Kike, sino su hermano Iván con quien he estado. Mierda. Le señalo la garganta mientras intento meterme los dedos con la otra mano. No funciona.

Iván me coloca a mi espalda y me zarandea, apretándome el estómago, como si fuera un muñeco ventrílocuo.

Me entran unas arcadas que echan para atrás y acabo vomitando el caramelo, que sale disparado como un perdigón y rompe el cristal del espejo. Ups.

—Lo siento — digo mientras toso.

—No te preocupes, es solo un espejo, lo importante eres tú.

—Gracias —no sé qué decir.

La verdad es que estoy cabreada con él. Se ha hecho pasar por su hermano. Bueno, la verdad es que no. Mi mente ha decidido procesar que estaba con el hermano que me hace mojar la concha, así de fácil. Él no me dijo que fuera Kike y yo no veía un pijo. Fin de la historia.

—Te dejo para que descanses, Lola.

—Vale. Y, por cierto, esto jamás ha pasado. Ni una palabra a tu hermano. ¿Queda clarito? — le digo con la voz ronca. Me duele mucho la garganta y me cuesta hablar.

Iván sale por la puerta y, segundos después aparece Kike frente a mi puerta asustado y jadeando. Entra y se sienta en el borde de la cama.

—¿Estás bien? He oído ruido y pensé que te habías caído o te pasaba algo. ¿Se te ha roto el espejo? ¿Qué ha pasado? ¿Mi hermano te ha hecho algo?

—No pasa nada. Me comí un caramelo, me atraganté y cuando lo escupí, salió disparado contra el espejo. Eso es todo, lo pagaré.

—No te preocupes por eso ahora, lo importante es que tú estés bien.

—¿Dónde estabas?

—He salido a pasear un poco por el jardín horrendo y descuidado que tiene mi hermano en esta casa. Bueno, ahora que sé que estás bien, te dejaré que descanses, debes estar agotada.

—Siento pedirte esto. Sé que es tarde y estás cansado, pero ¿podrías subirme la silla? Más que nada por si necesito ir al baño o vete a saber.

—Claro, perdona, antes se me pasó.

—No te preocupes, Kike.

—Buenas noches sirenita.

—Buenas noches, Sebastian.

Aunque me cuesta conciliar el sueño después de lo ocurrido, consigo relajarme lo suficiente como para poder caer en la inconsciencia hasta que los primeros rayos de sol atraviesan mis párpados en busca de dejarme ciega perdida. Lo que me faltaba, ni andar ni ver, ¿quién da más?

Abro los ojos y me giro en la cama para coger el móvil y mirar la hora. Todavía es pronto y tengo un dolor de cabeza de tres pares de narices.

Intento cerrar de nuevo los ojos, pero es inútil. Como no me pegue con una sartén en la cabeza, veo difícil sumirme en la inconsciencia de nuevo.

Me subo en la silla. Desde la cama debo confesar que es mucho más fácil, porque no debo contorsionarme, simplemente dejarme caer bien. Me encamino al baño y me doy una ducha.

La verdad es que todo está bastante fácil en esta casa para poder manejarme. He cogido una toalla del armario de la pica, espero que no me regañen.

Me he dado un buen baño. Al principio me he congelado viva, no nos vamos a engañar, y después me he quemado las tetas, pero por fin, cuando he encontrado el punto intermedio para tener una buena temperatura, lo he disfrutado.

Lo bueno de no sentir la parte baña, es que si me arde la almeja no lo siento. Punto para mí.

Una vez lista, vuelvo a la habitación y me pongo de nuevo el vestido nuevo de ayer, porque Kike ha dejado las bolsas de la compra abajo.

Allí tengo más conjuntos y ropa interior, pero solo me puede bajar a la planta baja por las escaleras y no creo que sea buena idea para mí.

Iván entra entonces en la habitación y me pregunta cómo me encuentra tras lo sucedido anoche.

Le explico que todo está bien y que necesito que me suba las bolsas con la ropa y me baje al salón

si es tan amable, porque si bajo yo con la silla me temo que llegaré rápido a la planta baja, sí, pero rodando.

Me deja en el sofá aprovechando que tiene que bajar en busca de mis bolsas con la ropa y me baja, al ir a la planta baja nuevamente, la silla de ruedas.

Odio profundamente tener que depender de la gente, es algo que no llevo bien, y mira que intento molestar lo menos posible.

Kike entra entonces en el comedor para avisar que ya está listo el desayuno. Ni siquiera me mira, solo anuncia eso de la manera más fría e impasible que existe y vuelve dentro de la cocina.

¿Qué coño le pasa ahora? ¿Es bipolar? Estábamos genial ayer y hoy parece que se ha comido un par de limones para desayunar.

Me siento en la silla, que Iván me ha dejado al lado del sofá y me acerco a la mesa mientras este la prepara para que podamos desayunar los tres. La verdad es que se ajusta perfectamente a mi altura con la silla y eso es maravilloso.

De todos modos, esta silla, con el pastón que cuesta, tiene una especie de gato para alzarla un poco más, aunque esta vez no va a hacer falta.

Kike no emite sonido alguno mientras desayunamos un poti poti de frutas a lo macedonia, tostadas, zumo, café, huevos fritos, bacon, panceta y otros cientos de productos no aptos para gente con demasiada grasa ya.

Yo me tiro por lo sano, no quiero ponerme ceporróna, que después eso va para los muslos y mi intención este año es presentarme a Miss silla sexy 2020.

Iván y yo sí charlamos durante el desayuno, sobre todo de que hoy será el último día que pasaremos en esta casa.

Es domingo y está todo cerrado, pero mañana tendremos que retomar la marcha, que hay que seguir buscando algún sitio donde cobrar el boleto en las administraciones de los pueblos colindantes. Es una carrera a contrarreloj, no cabe duda.

Kike nos mira mientras hablamos con cara de perro rabioso, y cuando intento incluirlo en nuestras conversaciones se hace el loco y se mete comida en la boca para hacernos entender de que no puede hablar.

¡Será crío! Él se lo pierde. Debería ir a ver a un psiquiatra, esos cambios no pueden ser nada bueno.

—Chicos, tengo algo para vosotros — dice Iván antes de colocar un arma sobre mi servilleta y otra sobre la de Kike. — Debéis estar preparadas por si las cosas se complican. Los rusos van en serio y no quiero tener que salvaros el culo más de lo habitual — coloco los ojos en blanco. Será creído...

—Está bien, me la meteré en un lugar seguro para no perderla — me la meto bajo el trasero e Iván empieza a reír como un loco, Kike ni se inmuta. Creo que esta noche lo han secuestrado y han dejado aquí a un robot con su cara.

Ayudo a recoger la mesa y le pido a Iván que me suba un momento a la habitación para que pueda cambiarme de ropa, ahora que ya tengo allí las bolsas. Me pide que lo espere un momento, que anoche cenó pescado y huele mal en la basura.

—Vaya, parece que ya me has buscado suplente, Lola — me suelta Kike. Es la primera vez que

oigo su voz hoy.

—Uooooo, pero si tienes voz. ¡Qué fuerte! — me hago la sorprendida. — Al menos él se ha dignado a ofrecerme ayuda hoy, cosa que tú no has hecho, pero no te preocupes, yo no necesito ayuda de nadie, me he acostumbrado a hacérmelo yo sola.

—Disfruta el poco tiempo que puedas con Iván antes de que te metas la hostia – y se encierra enfurruñado en el baño. Que le den...

Iván, que había salido a sacar la basura, entra y me ayuda a subir a la habitación para poder cambiarme. Suerte que siempre he sido menuda y no peso mucho, de lo contrario esto iba a ser una buena sesión de gimnasio, de arriba debajo de las escaleras como un saco de patatas.

Me quedo en la habitación para no molestar más. Me dedico a mirar redes sociales, ver la televisión, jugar a juegos de móvil, mirar por la ventana y acariciar mi boleto, que me devolvió Kike al no poder cobrarlo.

Dentro de poco tendré en mi poder diez millones de euros, descontando, claro está lo que hay que pagar a Próculo y su familia.

Estoy deseando poder darle esa alegría a mis padres y ese desahogo al saber que se evaporan sus deudas y su hipoteca.

Alguien golpea la puerta y cuando le doy paso veo que es Iván. Lleva una bolsa con algo dentro que, como no tengo rayos láser en los ojos, obvio, no sé qué es.

—Te he traído una cosita. En realidad, era para un supuesto ligue que iba a venir de aquí a dos semanas, pero nos hemos peleado y ya no vendrá. Espero que sea tu talla.

Me entrega la bolsa y veo que dentro hay un bikini y un vestido pareo a juego. Lleva la etiqueta y cuando la miro para saber qué talla es, el precio llama mucho mi atención. Joder, es un bikini Dolce & Gabbana de casi quinientos dólares. Joder.

Es negro con pedrería a lo Swarovski. El vestido pareo es negro de rejilla, precioso. Todo se corona con unas pequeñas sandalias de dedo de color plata. Sencillamente hermoso y perfecto.

—Uau Iván, esto es una pasada.

—eTú te mereces esto y más. Si no te gusta te lo descuento del boleto y listo – río negando.

—Ok, tomo nota.

—Póntelo, nos vamos a la playa. No quiero estar aquí encerrado un domingo. Quiero salir a tomar aire fresco. Voy a ponerme el bañador. Cuando estés lista llámame, vendré a por ti. Recuerda que tienes la silla en el comedor — asiento y saco la ropa de la bolsa para dejarla sobre la cama y quitarle las etiquetas.

Me visto cuando Iván se marcha y poco después estoy lista para salir y comerme el mundo, o en este caso la playa. Él viene en cuanto lo llamo y al llegar lo veo con un bañador hawaiano con estampado de palmeras, muy juvenil, fresco y colorido.

—Estás muy guapo.

—No te creas, no se marca mi paquete, que es mi fuerte, con lo cual, no estoy del todo satisfecho, pero es lo que tengo, qué se le va a hacer. Le he dejado otro parecido a la sepia de mi hermano, por si quiere acompañarnos.

—No creo que lo haga, está demasiado enfadado esta mañana y no sé bien por qué. Sinceramente, parece que le haya venido la regla.

—Él se lo pierde si no. He alquilado un yate pequeño para que vayamos a navegar, pero antes deberíamos ir a comer algo, que ya es mediodía — asiento sonriente.

Iván me baja hasta la silla de ruedas, donde me sienta y me recoloco bien, poniéndome el cinturón. Voy hacia la puerta mientras Iván coge todas las cosas. He llamado a un taxi sin decirle nada a nadie, paso de ir otra vez de paquete en el coche.

El taxi llega y abro la puerta para que espere un momento mientras llamo a Iván, pero el que aparece frente a mí con un bañador puesto parecido al de Iván, es Kike. ¿Qué hace él así? ¿Va a venir a la playa con esa cara de pasa que me lleva?

—¿Qué haces así vestido, Kike?

—Me voy a la playa con vosotros. No pienso dejarte sola con mi hermano. Iré para asegurarme de que todo está bien y para protegeros por si esos rusos os encuentran en la playa.

—Como quieras, pero espero que si vienes cambies de actitud, porque la verdad, para pasarte el día aguando la fiesta a otros ya tenemos a los narcos.

—Ni siquiera me has preguntado qué me pasa, aunque supongo que te importa una mierda, ya me has buscado sustituto, ¿verdad?

—Mira Kike, yo no sé qué te está pasando conmigo, pero por si no te has dado cuenta, estoy en una puta silla de ruedas y no puedo brincar al piso de arriba o bajar si no es con ayuda, no puedo

subirme a un puto coche sin ayuda, apenas me puedo bajar las bragas. ¿Crees que esta situación es fácil para mí? Y por si no fuera poco tu padre nos ha metido en esta mierda. Sabes una cosa, me arrepiento enormemente de haberle pedido ayuda a él.

—¿Eso significa que te arrepientes de haberme de haberme conocido, de que nuestros caminos se cruzaran?

—Tal y como te estás comportando ahora, estoy empezando a arrepentirme, sí. Me gustas Kike, mucho, pero no voy a consentir que me marees ni juegues con mi corazón, porque no aguanto tu actitud de me enfado y no respiro, me agota y me duele el corazón tus desprecios o que me gires la cara cuando te hablo.

—Pero a mi hermano no le giraste la cara anoche cuando lo hicisteis en tu cama.

—¡Que qué!

—Lo que has oído.

—Si que es cierto que besé a tu hermano, que me tocó, pero era de noche, no había luz y lo dejé porque pensé que eras tú, ¿contento? Pensé que después de todo, venías a mi habitación a acabar lo que empezamos en el baño de ese tren, lo que nos morimos por hacer desde que nos conocimos. Creía que... — no me deja terminar.

Su cuerpo se abalanza sobre el mío y nos besamos con ansia, deseo apenas contenido, pura magia. Su brazo rodea mi cintura y me eleva, para tener más accesibilidad a mi boca, mientras con su otra mano atrae más mi cuello, para que no me escape.

—¿Interrumpo? — se escucha al otro lado del pasillo. — Pensé que te había gustado lo de anoche,

pero parece que te va más el intercambio. Qué quieres, ¿un trío con los dos hermanos?

—No es eso Iván, déjame explicarte.

—No, si está muy claro lo que pasa. Te has enamorado de los dos y no sabes por quién decantarte, pero no te preocupes, voy a conquistarte, cueste lo que cueste.

—Iván, lo que pasó es que me confundí. No te lo he querido decir para que no te sientas mal, pero anoche pensé que eras tu hermano.

—Lo sé, ¿te crees que soy tonto? Pero no me importa, y sabes por qué, porque sé que te gustó, y no porque pensabas que era Kike, sino porque temblabas por las cosas que te hacía. Y sé que al final él la cagará y yo voy a estar ahí, para recuperar sus migajas y hacerte feliz, como te mereces.

—Se acabó Iván, deja de marearla. Está cansada. Vayamos a la playa, los tres tenemos que desconectar de todo esto.

—No te preocupes hermanito, no pienso atosigarla como haces tú, yo dejaré que las cosas sigan su cauce.

—Se acabó. Vámonos, ¡ya!

Los tres subimos al taxi adaptado y pronto nos encontramos frente al mar. Por suerte, el pueblo está cerca de la playa.

La verdad es que está precioso el día y la playa muy limpia. Nos bajamos del taxi tras pagar la carrera y corro con mi bólido hacia la pasarela que lleva a la playa.

Oigo a Iván reír mirándome. La verdad es que no voy a la playa desde hace dos años y la verdad es que me encanta.

Llego al final de la pasarela y pulso el turbo para que la silla atraviese la arena, pero no hay manera, es demasiada y estoy quemando demasiado el turbo, voy a romper la silla. Me paro y miro a mi alrededor.

Odio esto, es lo que más odio en el mundo. Necesitar ayuda para todo. ¡No lo soporto! Y entonces, con esta frustración que me reconcome por dentro, siento la silla moverse y cuando alzo la mirada, veo el rostro de Kike, que me mira con ese brillo en los ojos mientras empuja la silla.

—Gracias — le digo.

—No hay por qué darlas, es un placer.

Iván coge la parte delantera de mi silla y ambos me llevan casi a la orilla, donde extienden las toallas y me tumban en ella. La verdad es que el día es maravilloso y el paisaje no podría ser mejor.

Iván desaparece para llamar al del yate, aunque no me he enterado bien, y Kike se ha marchado para para comprar unos bocadillos y unos cócteles en el pequeño bar que hay en el paseo de la playa.

Aprovecho para quitarme el vestido pareo que me ha regalado Iván y las sandalias, no quiero que me quede marca. Me pongo crema solar para no acabar como el langostino Rodolfo y me siento para disfrutar de las vistas al mar.

No tarda mucho en llegar Iván y me avisa que el yate estará listo en diez minutos. Lo aviso de que Kike ha ido a por un bocadillo y una bebida.

Asiente con la cabeza, pero se lo ve un poco molesto por la conversación que hemos tenido antes de salir de su casa.

—Iván, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes por mí.

—Si es por lo que dije antes en la casa, no quiero que te sientas mal, de verdad. Solo que no quiero que confundamos las cosas. Eres muy majo conmigo y un pibón, no vamos a negarlo, pero con tu hermano hemos pasado cosas que no te imaginarías y bueno, me gusta.

—Lo sé, veo cómo lo miras. Lo vi desde el primer momento. Pero también te gusto yo, también lo veo en tus ojos, no intentes negarlo.

—Si tengo que escoger, lo elegiré a él, y lo sabes.

—Lo sé, como también sé que te acabará decepcionando y ahí estaré yo para apoyarte en momentos difíciles. Que me gustaría que fuera yo, claro que sí, pero no voy a arrastrarme y suplicarte. Cuando llegue el momento y te des cuenta, solo quiero que sepas que yo voy a estar ahí, ¿vale? — asiento.

Kike llega entonces con las bebidas y con el bocadillo. La verdad es que estoy bastante famélica y el sonido del mar me da hambre y ganas de mear, qué le vamos a hacer.

Nos comemos los bocadillos y bebemos esos cócteles deliciosos que ha traído Kike justo antes de subir al yate, por eso de que si comes en un barco puedes marearte y vomitar.

Nos subimos en el yate; primero Kike me sube a mí en brazos y me deja en la proa e Iván sube la silla dentro antes de que ambos suban a la vez. Parece que están sincronizados y no sé si empezar a tener miedo o alegrarme por ello.

Iniciamos la marcha. No sabía que Iván tenía el carnet de capitán o como se diga, pero parece que lo tiene, porque lleva los mandos, a menos que no lo tenga, de ser así, como nos pille la policía de mar, como los palitos, estamos jodidos.

Han traído una nevera llena de bebidas, alcohol, patatas, vasos de plástico y muchas cosas más.

Yo, de momento, voy a dejar a un lado la comida, sobre todo porque me acabo de meter entre pecho y espalda un bocadillo más grande que mi muslo, y no me entra ni un alfiler, pero la bebida es otra cosa.

Aunque aún me dura un poco la resaca, dicen que no hay mejor manera que deshacerse de la resaca bebiendo más. Es como cuando haciendo deporte te entran agujetas, las agujetas, con más agujetas se quitan.

Nos dedicamos a disfrutar de la brisa del mar, de los pececillos que se vislumbran por el agua translúcida bajo nuestros pies. Eso es lo que más me gusta de este yate, que el suelo es de cristal. Jamás me había subido en algo así ni lo había visto. Es simplemente maravilloso.

Empezamos a navegar con más rapidez y le me siento en el borde del yate, agarrándome bien a la barra para no caerme, la horizontal eh. La brisa acaricia mi rostro y a lo lejos, en la orilla de la playa, puedo ver puntos, como si fueran hormigas, que se dedican a tostarse bajo el sol.

De pronto, Iván da un giro inesperado con el yate y mis brazos no pueden aguantar mi propio peso, haciendo que caiga al agua inevitablemente.

Me dedico a hacer braza y la verdad es funciona, aunque el movimiento rana, que es como yo lo llamo, es el que mejor me va para mantenerme en el sitio sin ahogarme.

—Lola, ¿estás bien? —me pregunta Kike preocupado.

—Sí, no te preocupes. La verdad es que me ha venido bien y todo, me apetecía un bañito.

—Quizá yo también me tire — me dice.

—Aprovecha, está un poco fría, pero con el movimiento te calientas.

—Pues allá voy — se quita la camiseta y ala, ya me he calentado, aunque el agua esté a menos ochocientos grados. Yo y media playa si lo vieran. Hasta el polo norte se están derritiendo a verlo.

Veo como Iván le echa el freno al yate, para que no se aleje de nuestra posición. Él también se medio desnuda para darse un chapuzón y creo que voy a evaporar el mar entero.

Ahora entiendo lo del cambio climático, es culpa de estos dos. Si hasta se está derritiendo la nieve de la punta del Everest.

Estoy tan tranquila y de repente algo me roza varias veces la mano derecha. La verdad es que me cago viva, no os voy a engañar, aunque no literalmente. ¿Y si es un tiburón?

—Chicos, un tiburón. Ayudadme, me ha atrapado un tiburón. ¡Ayuda!

—Voy — oigo al unísono y ambos chicos saltan al mar a ayudarme.

Kike me coge de la cintura para alzarme y ver si estoy bien e Iván revisa mis manos hasta encontrar el motivo de mis gritos, una red de esas de las latas de refresco, que se me ha colado en el brazo como si fuera una pulsera, apretándome y pensaba que me había atrapado un tiburón entre sus fauces.

Si es que eso de ver el canal de National Geographic no es sano, si ya lo decía mi padre hace unos años, que es un lavado de cerebro para que tengamos miedo y así no nos los comamos.

Se siente. Adoro las hamburguesas de cerdo, vaca, pollo y hasta pescado si hace falta. Soy más carnívora que un león que lleva más de dos meses sin comer.

Iván me quita la mierda esa del brazo con cuidado. No sé cómo narices ha entrado, porque es bastante pequeña, pero supongo que el agua resbala y la habrá resbalado a mi muñeca como si se tratara de un guante o de una pulsera.

No hay cojones a sacarla, porque cuanto más tira para sacármela, más me duele. Decidimos subir de nuevo al yate, a ver si podemos sacarme esto rasgándolo con algo afilado y es entonces cuando Kike llama nuestra atención.

—Chicos, yo también siento algo en la pierna.

—¿Otro plástico?

—No lo sé.

Iván me ayuda a subir mientras que Kike sube por su cuenta. Se le ha enredado un pulpo grisáceo en la pierna y no lo suelta ni para atrás. Se ha enamorado. Endevé.

—Mira, se cree que eres su papi – le digo.

—Pues la verdad es que yo no estoy preparado para cuidarlo, así que, que se busque a otro.

—Quizá si lo acaricias, se relaja y afloja los tentáculos – le sugiero y así hace, pero el pulpo parece sentirse amenazado cuando lo tocan y aprieta con más fuerza.

—Mierda, parece que ha funcionado, pero con el efecto contrario. Ahora me abraza con más fuerza, Lola.

—Déjame a mí — acaricio al pulpo y, aunque al principio echa su tinta sobre la piel de Kike, después va soltándolo poco a poco y cuando ya lo ha liberado, lo tiro al mar.

—Ves, solo había que darle algo de cariño — le dice Iván a su hermano mientras saca una pequeña navaja y trata de cortar el aro que se ha adueñado de mi muñeca.

Me rasga algo de piel, que deja entrever un hilo de sangre, pero consigue quitármelo, que es lo que todos buscamos. La verdad es que ha sido una experiencia, sin duda, para olvidar.

Ahora, más tranquilos, avanzamos por el mar y es entonces cuando vemos una lanza motora. Son ellos, los dos calvos rusos que hablan con el polvorón en la boca. Miro a Kike y a Iván con cara de asombro y de pavor.

Iván toma las riendas y acelera lo más que puede con el yate. Sabemos que no podemos estar huyendo eternamente por mar. Esto gasta mucho más combustible porque es más grande y jugar al gato y el ratón durante horas no es factible para nosotros.

—Deberíamos despistarlos, ir a tierra y escondernos en algún hotel. Mañana seguiremos huyendo.

—Es una buena idea. Allá vamos.

Cada vez están más cerca. Él acelera, parece que va a sobre calentar el motor del yate, pero no es suficiente, nos pisan los talones. La orilla está cada vez más cerca y eso nos llena de esperanza.

¿Volveremos a escaparnos esta vez o e habrá acabado nuestra suerte?



CAPÍTULO 6: KIKE

No quiero preocupar a nadie, sobre todo porque no es momento para hacerse la víctima con esos capullos pegados a nuestro culo, pero estoy mareado, tengo bastante fiebre y me siento muy cansado. Creo que el pulpo ese tenía el ébola o algo y me ha contagiado.

Me siento como puedo tras hacer esfuerzos sobre humanos para sentar a Lola en la silla de ruedas. Debo reunir fuerzas de donde sea, porque cuando lleguemos a tierra firme, deberé coger a Lola y a su silla para que escapemos, porque ya sabemos que en la arena, la silla se atasca.

La verdad es que esta mañana estaba tan molesto con ella. Mi hermano de los cojones me restregó en toda la cara que había pasado la noche con Lola y que había sido lo mejor que le había pasado en la vida.

Le nunca se le había puesto tan dura escuchando los gemidos de una mujer y no sé qué mierdas más. Y sí, me molestó, me cabreó como nunca antes lo había estado y me puse celoso, algo que no me había pasado jamás.

Me empecé a plantear el hecho de perder a la persona que me gustaba y consideré hacerlo todo para recuperarla. Jamás me imaginé a mí mismo celoso por una mujer y dispuesto a recuperarla de las garras de quien quisiera quitármela, pero con Lola es diferente, siempre ha sido diferente, desde el primer momento en que la vi.

Ahora nos encontramos en un momento complicado, bueno, desde que nos conocimos, pero ahora es diferente, tengo miedo de que le pase algo o perderla.

No me lo perdonaría jamás. Así que, aunque en estos momentos me cueste enormemente hacer cualquier cosa, sacaré fuerzas de donde no las tengo para conseguir su seguridad.

Llegamos a la playa, no sé cómo coño lo hemos conseguido, pero al final voy a tener que agradecerle a mi hermano que nos haya sacado de esta.

Ambos cogemos la silla de ruedas de Lola, con ella sentada en esta, y, cogiéndola a casa lado, salimos corriendo mientras vemos como los rusos están llegando a la orilla para desembarcar.

Vamos al paseo principal de la playa, necesitamos algún taxi donde podamos llevar a Lola sin que se sienta incómoda. Ninguno para, ni siquiera pasa, la verdad es que la calle está desierta.

Entonces Iván nos deja un momento y cuando lo localizo está forzando una pequeña furgoneta, me imagino que de alguna persona que se encuentra en la playa disfrutando del día.

Poco después llega con la furgoneta. Parece un caco de barrio pobre que se dedica a robar y revender coches para ganarse un sueldo extra.

Me sabe muy mal por el dueño, pero solo será para despistar a los rusos. Después lo dejaremos en algún callejón y llamaremos a la policía para que venga a buscarlo y lo devuelva a sus legítimos dueños.

Iván está sentado en el asiento de piloto, así que decido quedarme en la parte trasera de la furgoneta con Lola.

No hay nada para poder sujetar la silla para que no se mueva por todo el maletero de la furgoneta, así que la ayudaré a que se afiance en alguna zona de esta y que no vuelque.

Estoy subiendo a Lola cuando veo a los mafiosos a lo lejos, que corren con pistolas en la mano y nos disparan a destajo.

Corro para meter del todo a Lola con la silla en el maletero y saltar yo dentro, pero una de las balas nos da, en concreto a Lola, en una de sus ruedas, que se deshincha por momentos. Mierda. Lo que le faltaba a la pobre.

Cierro las puertas de la parte trasera como puedo mientras siento como las balas golpean la chapa y la agujerean. Además, no ayuda que mi hermano dé bandazos con el coche, cosa que provoca que Lola vaya de un lado para otro como pollo sin cabeza, parece que está en el toro ese de las ferias.

Intento sostener la silla para que Lola no acabe espachurrada en alguna de las dos paredes del vehículo y es entonces cuando se da cuenta de lo que ha ocurrido. Hasta ahora no se había fijado.

—Oh, no, mierda.

—Lo sé pequeña, me di cuenta, pero eso tiene arreglo, no te preocupes, compraremos otra. ¿Cómo va tu mano?

—Ha estado mejor, pero no te preocupes, me chupé la sangre como un vampiro mientras me sacabais de la playa y por fin ha dejado de sangrar.

—Me alegro mucho.

—¿Y tu pierna después del abrazo de tu querido pulpillo?

—Podría estar mejor, creo que era tóxico, porque me está dando flojera, mareos y algo de fiebre. La verdad es que he estado mejor, pero no te preocupes por mí, saldré de esta.

—Deberíamos ir al hospital a que te lo miren.

—Sabes que no podemos. Ya has visto cómo está el panorama. No sé cómo nos han descubierto, pero ir al hospital no es viable. La que se puede liar si estos brutos entran... Ni la matanza de Texas.

—Está bien, pero si te pones peor, puedo ir a alguna farmacia de guardia a ver si nos puede dar algo o algún medicamento que tengamos en casa de Iván.

—No vamos a volver allí, ya no es una opción – nos dice Iván, que habla por primera vez mientras conduce como un loco.

La verdad es que volver a casa de Iván es arriesgado, si la descubren tendremos un problema. Es mejor que la dejemos como último recurso. Ahora no es conveniente volver y que descubran nuestro escondite. Por ello creo que Lola ha sugerido el hotel.

—¿Por qué creéis que nos han descubierto? — pregunto.

—Creo que eso ha sido culpa mía. Pagué el yate con la cuenta de papá, si tienen pinchados sus movimientos nos habrán descubierto por la tarjeta de crédito. Lo siento — dice Iván.

—Bueno, no pasa nada, tú no podías saberlo. No te preocupes, saldremos de esta – nos tranquiliza

Lola.

Acaricio su mano y nos miramos a los ojos. Me muero por besarla, no pienso en otra cosa, sobre todo desde que sé que mi hermano ya ha disfrutado de ese placer. Me pongo malo solo de pensarlo, más malo de lo que ya lo estoy.

Damos más vueltas que una peonza por todo el pueblo hasta que parece que los disparos cesan y nos pierden. Eso parece una puta película de gánsteres. Iván frena en seco y tanto Lola como yo salimos disparados contra la puerta trasera de la furgoneta.

Ella es la peor parada, acaba con una pierna mirando para Cuenca y la otra para Gibraltar. Yo acabo con la cara marcada y dolor hasta en el alma y corro a colocarla bien. Ja salido como un muñeco disparado contra una pared.

Salimos corriendo y dejamos la furgoneta abandonada en un descampado. El sol ya ha desaparecido, cosa que nos permite pasar más inadvertidos y, además, que la furgoneta no cante tanto, ya que en la sombra se disimula.

Cojo en brazos a Lola e Iván se encarga de llevar la silla mientras llama a la policía desde una cabina para que el dueño de la furgoneta recupere su vehículo. Después de eso, buscamos hoteles u hostales cercanos donde podamos escondernos, al menos por esta noche.

Encontramos un hostel de mala muerte de dos estrellas que tiene más telarañas que la casa de la Familia Adams, pero tampoco nos podemos poner muy exquisitos. Ni tenemos muchos donde elegir en la zona ni podemos pasearnos buscando uno para que nos encuentren los rusos.

Solo les quedan dos habitaciones y la verdad es que no lo entiendo. ¿Cómo es posible que esto esté casi completo cuando da asquete? ¿Acaso ha venido a dormir hoy aquí toda la familia de Frankenstein?

Pagamos las dos habitaciones y nos subimos a ellas. La vieja que nos atiende nos da unas llaves que pesan un riñón cada una y nos cobra la estancia en las dos habitaciones. Se embolsa la friolera de ciento cincuenta euros por unas habitaciones diseñadas por Drácula.

No nos queda otra. Pago en efectivo para no ser rastreados y subimos a las habitaciones. La parte positiva es que no llevamos equipaje. La parte negativa es que tenemos que subir a cuestras la silla porque no hay ascensor. Genial...

Decidimos que la habitación de matrimonio sea para Iván y para mí y así dejamos a Lola la habitación individual para que esté más cómoda y tranquila. La verdad es que después de hoy lo necesita.

Vivir esta experiencia puede ser traumático, sobre todo siendo tan joven. Creí en una casa donde había más armas que personas, con lo cual estoy acostumbrado a verlas, quizá no a dispararlas o que me disparen.

Nos acabamos de instalar en la habitación. Tiene polvo, suciedad y decoración e los años en los que Cristo transitaba por la tierra, creo que cuando murió fue la última vez que limpiaron esto. En fin...

Dejo la chupa en la silla y bajo al bar a comprar un par de botellas de agua. Dejo una en la habitación y golpeo la puerta de Lola para ver cómo está y darle una de las botellas de agua por si en medio de la noche tiene sed.

—¿Puedo entrar Lola? Soy Kike.

—Claro, pasa.

Entro y la veo en el suelo arrastrándose dirección al baño. Dejo la botella de agua sobre la mesa del tocador, que al menos eso sí lo tiene la habitación.

—Por el amor del cielo Lola, ¿por qué no me has avisado para que te ayudara?

—Es que como he visto que la habitación estaba muy sucia, me ha entrado complejo de mopa – ambos nos reímos sin poder evitarlo.

—Estás loca.

—Lo sé. Necesito ir al baño, ¿podrías echarme un cable?

—Claro.

La siento en el baño con la ropa de baño y la dejo tranquila mientras espera fuera, a puerta cerrada, sentado en su colchón, hasta que acabe para poder llevarla a la cama.

Me pongo a mirar las redes sociales en el móvil y escucho un pedo gigantesco, parece que ha venido el Yeti a tirarse un pedo en el baño de Lola.

Escucho la cadena y me acerco a la puerta del baño para saber si Lola ha terminado y quiere que la acerque a su cama. La verdad es que es una putada que se le haya pinchado la rueda de la silla.

Ya le era difícil manejarse con la silla, sin ella menos. Voy a intentar inflarla y ponerle un parche, puede que la vieja tenga una bomba de aire para inflarla.

—¿Puedo entrar? Quiero decir, ¿puedo entrar?

—Sí — entro y la tomo entre mis brazos para llevarla a la cama. — Lo has oído, ¿verdad?

—Lo he oído, no te voy a mentir, pero no te preocupes, no le diré a nadie que eres una pedorrilla. Será nuestro secreto – le guiño el ojo y ella sonrío asintiendo. – Te he traído agua por si tienes sed. — ¿Te importa si me llevo la silla?

—¿Para qué?

—Quiero ver si puedo arreglarla.

—No es necesario, de verdad.

—Quiero hacerlo, de verdad. Así me distraigo un poco.

—Por qué no la arreglas aquí conmigo, así me haces compañía.

—¿Quieres que me quede aquí contigo?

—Sí, así te cuido un poco, que sé que no estás muy fino. Tú has cuidado de mí desde hace dos días sin parar, es hora de que yo cuide también de ti. ¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor, pero no para hacer una fiesta. Ya sabes...

—Bueno, seguro que nos vendrá bien la compañía de ambos. ¿Y tu hermano?

—No lo sé y la verdad es que en este momento no me importa. Estoy contigo y eso es lo que quiero.

Nos pasamos parte de la noche hablando, arreglando la silla con la bomba de aire que nos deja la dueña del hotel, hostel o lo que sea estoy, que es de las bicis de su hijo, y viendo la televisión.

Tengo mucha fiebre y creo que estoy delirando, porque veo a Lola como un cíclope de cuatro piernas. La verdad es que no tengo claro lo que veo, pero y si es verdad y no estoy tan enfermo.

—Lola, necesito hacerte una pregunta, pero no te enfades.

—Dime.

—¿Tienes un ojito y cuatro piernas?

—A ver, tengo un ojete, pero lo de las piernas no. Sigo teniendo dos bien quietecitas. Si me las corto por la mitad podría tenerlas, pero aunque no me duela va a ser que no, ver sangre me marea y no me la puedo chupar de las piernas como con la herida del brazo.

—No hace falta que cambies por mí, me gustas tal y como eres, con tus virtudes y tus defectos.

—Kike, ¿estás bien?

—Todo me da vueltas, siento como que estoy en un carrusel y el que lo lleva se ha tomado unos cuantos tripis para ponerlo a toda máquina.

—Ven, tumbate en mi cama anda. Podemos apretujarnos para que entremos bien los dos y así descansas un poco. Ha sido un día duro y necesitas descansar.

—Vale — camino hacia la cama y cuando me voy a tumbar no calculo y me caigo de espaldas en el suelo.

Me levanto del suelo como si tuviera un resorte en el culo y me tumbo en el colchón, ahora sí.

Siento que estoy tumbado en una nube y que todo a mi alrededor da vueltas, como cuando a los dieciocho me fumé unos porros especiales que me costaron doscientos pavos y veía la vida como en el ojo de una mosca, así como por un cristal roto con muchas caras.

Siento la mano de Lola acariciar mi torso antes de tomarme la temperatura de mi frente. Me dice que estoy ardiendo, como si no lo supiera ya.

Me quita la camiseta y, aunque sé que no voy a estar al cien por cien, ni siquiera al veinte, no quiero desaprovechar esta oportunidad.

Coge la botella de agua, que no hace mucho hemos dejado en su mesita de noche, y empapa mi camisa con ella antes de colocármela como un churro en la frente. Joder, esa camisa vale casi cuatrocientos euros. No se lo tendré en cuenta.

—Será mejor que te quite la ropa, a ver si así se te baja la fiebre, luego te cubriré con las sábanas. Si veo que no mejora llamaré a tu hermano para que te lleve al hospital.

—Nada de hospitales. Tú quítame todo lo que tú quieras, pero nada de dejar la habitación. Ha sido el puto pulpo.

—La verdad es que no tienes más que marcas de las ventosas de los tentáculos, pero no hay herida ni tiene un color extraño.

—Supongo que solo necesito descansar — ella asiente y yo cierro los ojos un momento.

Creo que necesito solo cerrar los ojos un momento. Relajar el cuerpo para que no me duela todo tanto y supongo que así se me pasará y me encontraré mejor. Solo eso, dejarme llevar.

—Te quiero Kike, desde el primer día en que te vi — escucho entre susurros y unos labios se posan sobre los míos.

Son lo más dulce y aterciopelado que he probado jamás. Es el fruto prohibido que solo los dioses pueden probar y ha bajado del cielo para que yo, un siempre mortal, tenga la oportunidad de degustar por una vez. Pura ambrosía, joder. Es un regalo del destino.

Pero ¿y si solo ha sido un sueño? ¿Y si solo son delirios de la fiebre? No quiero hacerme ilusiones y después llevarme el chasco, la decepción. Dejaré que el cuerpo y la mente descansen por hoy. No puedo aguantar más.



CAPÍTULO 7: LOLA

Lo he besado joder. Se me ha ido del todo de las manos. No esperaba nada de esto, sobre todo a dos días de conocerlo, pero lo he visto tan vulnerable y expuesto en la cama sudoroso y con cara de niño bueno que no he podido resistirme.

Espero que no se haya enterado. No quiero complicar las cosas y que esto nos afecte, sobre todo en el punto en el que nos encontramos, con dos calvos con muy mala leche con esas pipas cargadas de odio. Parecen dos condones cabreados, o como unos anti Satisfyers.

La verdad es que todavía sigo temblando después de lo vivido hoy. Me han disparado. Pensé que eso solo pasaba en las películas, pero ya veo que no. Y me han jodido mi silla nueva.

Estoy cabreada. Tengo una pistola en el culo, o al menos cuando me siento en la silla, y si vuelven a joderme, los mataré, aunque no tenga ni idea de cómo se dispara. Iván debería habernos dado unas clasecitas

.

Me tumbo bien al lado de Kike y coloco mi cabeza en su pecho para controlar su temperatura y su latido antes de dejar que el cuerpo me lleve al mundo de los sueños, muy lejos de esta pesadilla con balas y malas pulgas.

En medio de la noche, siento como si un mosquito me picara. Me meto un guantazo en la zona, que es lo que hace todo el mundo, aunque se empeñen en negarlo, pero no es un mosquito. Abro los ojos y me quito lo que tengo pinzado, es una especie de dardo.

Miro a mi alrededor para saber qué coño está pasando y entonces los veo. Los malditos calvos me sonrían y me saludan con la mano. Quiero gritar y llamar a los chicos, pero estoy paralizada. ¿Es por esa mierda que me han clavado?

Uno de ellos se acerca a mí y me cubre la boca con algo que huele a pedo de rata. Empiezo a marearme por momentos mientras los ojos se me van cerrando y lo último que puedo ver es el rostro de Kike, profundamente dormido, mientras me separan de él.

¿Me están secuestrando? ¿Por qué a mí? Si este es el precio del dinero, no lo quiero. Suerte que dejé el boleto anoche en un lugar seguro. Jamás se les ocurriría mirar allí, ni siquiera a Kike o a Iván.

Todo se nubla y acabo en la más profunda de las oscuridades mientras siento como me llevan en una especie de coche que me zarandea hacia todas las posiciones. ¿Qué va a pasar ahora conmigo?

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me he quedado dormida. Abro uno de los ojos deseando que lo de anoche solo sea una pesadilla, pero me encuentro la cara de uno de los calvos malignos, que tiene un cabreo de tres pares o al menos es lo que reflejan sus facciones.

—Vaya, la bella durmiente se ha despertado por fin.

—Dejadme. ¿Qué queréis de mí?

—No te hagas la mosquita muerta. Sabes lo que queremos de ti.

—¿Que os quitéis los mazapanes de la boca?

—No agotes mi paciencia niña, o te meto una bala entre ceja y ceja.

—Tranquilo, no te me alteres.

—¿Dónde están los once millones, zorra? Te escuchamos cuando hablaste con Próculo, tenemos los teléfonos pinchados, o al menos el suyo. Nos debe mucho dinero y como él no puede pagarnos, lo vas a hacer tú.

—Yo no tengo por qué pagar las deudas de nadie. ¿Por qué no lo cogéis a él en vez de a mí y que venda todo lo que tiene para pagaros?

—Es más fácil robarle a una niñita tonta que a un pez gordo de la mafia.

—A ver, pez no sé, aunque sí que es verdad que el aliento le huele a pescado podrido. Pero lo de mafia no os lo creéis ni vosotros. Ese no puede ser capo de nada, si acaso de su coche, aunque ese va con tilde.

—Te sorprenderías preciosa.

—A ver, que es un carca y lo único de pez gordo que tiene es lo de gordo. Es de lo más inútil que he conocido, creedme.

—¿Qué es carca? – me dice uno con cara de no entender.

—Que es un vejstorio – respondo.

—¿Vejestorio?

—A ver, que es un viejo y a ver si aprendéis a pronunciar mejor, me dais entre risa y pena — uno de ellos me abofetea. — Ahora sí que me dais pena, pegando a una mujer indefensa y paralítica.

—No importa una mierda si puedes o no caminar, solo queremos la pasta.

—¿O si no qué? ¿Me partiréis las piernas? Lo siento, pero eso ya me lo hice yo solita, se siente.

No sé de dónde me sale este vacile que puede llevarme al nicho más cercano, pero una vez escuché en CSI que si te hacías la dura te tomaban más en serio y te ganabas el respeto de tus secuestradores.

Al menos tengo claro que en este caso el síndrome de Estocolmo, más claro que el agua. Con estos dos cracos mal paridos, dudo que nadie se sienta atraídos por ellos en la vida. Quizá una morsa ciega...

—¿Dónde está el dinero, Lola?

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Sabemos muchas cosas de ti. Sabemos dónde vives, dónde trabajas, quiénes son tus padres y tus amigos, qué te ocurrió para que vayas en silla de ruedas, tu relación con Próculo, todo.

.

—Ni se os ocurra hacerle nada a los míos.

—Eso dependerá de ti. ¿Dónde están los once millones de euros?

—Para empezar, no he podido cobrarlos porque los establecimientos tienen dudas de si ha sido un timo al trabajar en la Once o no. Por eso le pedí a Prócuro, mi exentrenador, que lo cobrara por mí, para ver si había suerte.

—Conocemos la historia y no nos importa. Al grano. ¿Dónde está el boleto premiado?

—Primero quiero que me deis vuestra palabra de que no le haréis nada a mi familia, ni a los dos chicos que iban conmigo.

—¿Iván y Kike?

—Sí, ellos, pero no se pronuncia Ifán, sino Iván.

—Me importa una mierda, no intentes desviar la conversación.

—El boleto lo tienen los chicos.

—Lo dudamos mucho. ¿Te crees que con un boleto de once millones en las manos, los dejarías en poder de alguien que no fueras tú a riesgo de que te lo pudieran robar y perder todo el dinero?

—¿Sabes lo que significa la palabra confianza?

—Estás acabando con mi paciencia. Llama ahora mismo a los chicos y que traigan aquí el boleto o acabarás en un tarro de formol.

—Mi móvil está en el hotel.

—No, trajimos tu bolso por si llevabas el boleto dentro, pero lo hemos revisado y nada. Nos costó encontrarlo. No sabíamos que se podían guardar cosas bajo el cojín donde te sientas.

—Es lo que tiene ir en silla de ruedas. Te puedes esconder cosas en el culo, y si se te clavan, como no las sientes...

—¿Como esto? — me sacan la pistola que me dio Iván y me la pasan por la cara, los pechos, el estómago y bajan hacia mi entrepierna.

—Si lo metes ahí dentro no voy a sentir nada, así que ni lo intentes — otro golpe, ahora con la culata de la pistola.

Mi cabeza da vueltas por un momento y me doy cuenta de que mi cabeza está sangrando. Espero que los chicos me ayuden a salir de esta y espero, sobre todo, que Próculo me las pague todas, porque de seguro que me las va a pagar.

Vuelvo en sí cuando un cubo con agua helada me cae encima. Miro frente a mí a esos dos bastardos y veo que tienen mi teléfono en la mano y me lo tienden para que llame a los chicos.

No sé si Kike se encontrará mejor después de lo de anoche, pero tengo que llamarlo a él, porque no tengo el teléfono de Iván. Lo busco en la agenda cuando cojo el teléfono y cuando encuentro el teléfono le doy a llamar.

Hasta el cuarto tono no me cogen el teléfono. Ya estaba a punto de cagarme en lo pantalones por el miedo. Si no hago lo que estos calvos me piden, le van a rajar el cuello hasta al tío que tengo en

Albacete.

—¿Kike?

—No, soy Iván, ¿dónde coño estás?

—Bueno, digamos que los mafiosos rusos me han llevado a dar un paseo obligado y me matarán a mí y a todo ser viviente que se haya cruzado en mi visa si no les doy los once millones o el boleto, por supuesto, todo esto es por cortesía de tu padre, que dios lo tenga en su gloria, porque en cuanto lo pille no tendrá mundo para correr.

—Dime dónde estás y voy para allá, Lola — uno de los rusos me arrebató el teléfono de entre los dedos y se pone para hablar él ahora.

—Hola saco de huesos, si quieres volver a ver a tu amiguita con vida, tráenos el boleto premiado, de lo contrario, le vamos a hacer una bonita corbata colombiana – dice uno de los cambios.

—Pero ¿no erais rusos? Me estáis liando – les digo para distraerlos y cabrearlos.

—Somos rusos, pero hacemos corbatas colombianas. ¿Vale? No es tan raro.

—¿Y los colombianos hacen corbatas rusas? ¿O es que vosotros no tenéis de eso? — vuelvo a preguntar.

—Chico, nuestra paciencia tiene un límite y esta cría está acabando con ella. Solo queremos el dinero y deshacernos de esta deslenguada, que está acabando con la poca cordura que nos queda.

—Dónde y cuándo – pregunta Iván.

—Nos encontraremos esta noche, a medianoche en el desguace del pueblo. Ven solo y con el boleto o la mataremos, no sin antes cortarle la lengua, aunque como siga así, puede que al llegar te la encuentres ya sin lengua.

—No le toquéis ni un pelo, cabrones.

—Eso depende de ella y te di. Te vemos en unas horas, no la cagues o ella lo pagará. Quedas avisado — el ruso cuelga la llamada sin que me dé tiempo a despedirme de Iván.

—De verdad chicos, que poca educación. Yo quería despedirme de él.

—Ya se despedirá de ti en tu tumba como sigas tocándonos la nariz, como decís vosotros.

—A ver, para que nos entendamos. Tocarse la nariz es esto — llevo un dedo a mi nariz. — Lo que creo que tú quieres decir es tocaros las narices, que es como fastidiar. ¿No es cierto?

—Sí.

—Veis, si al final hasta nos vamos a llevar bien y todo. Os encariñareis, ya lo veréis. Seré vuestra profesora de lengua preferida.

—Vladimir, no puedo con esto. De verdad que me supera. Voy a salir un rato a fumar.

—Fumar mata, hazme caso. Sé bueno y sustitúyelo por un buen chicle — lo oigo pegar un grito de frustración mientras sale de la sala y sonrío disimuladamente. Uno menos. Ya solo me queda desquiciar al otro para escapar.

No negaremos que escapar en mi situación, más allá de los matones, es chungo de narices, pero también lo es ganar la lotería y aquí estamos.

Si es que la fe mueve montañas y en mi caso, si rezo mucho puede hasta que me haga mover las piernas en un intento desesperado por salir de aquí. Por soñar, que no quede.

—Así que tu amigo se llama Vladimir.

—Sí, ¿algún problema?

—Qué va, es un nombre bonito, aunque seguro que no tanto como el tuyo. ¿Cómo te llamas?

—Yo soy Nikolay.

—¿Te puedo llamar Niko?

—No.

—¿Nikomes, nidejascomer?

—No.

—¿Sois gais Vlad y tú, Niko?

—No.

—¿Seguro? Un pajarito me ha dicho que sí.

—¿Qué pajarito?

—Ninguno, pero me lo acabas de confirmar.

—Pajarito listo. A Vladimir no le gustan los hombres, pero a mí me gusta Vladimir.

—Claro, y tú ahí pico pala pico pala, pero no cae. ¿Es así?

—No, yo no regalo picos y palas. Yo regalo a Vladimir reloj caro, ropa, móvil, etc. Pero él nunca lo intenta, para él nunca es suficiente. Ya no sé qué hacer.

—Pero ¿le has dicho lo que sientes directamente a su cara? — ya uso el idioma indio, que es un poco como me habla, para que se sienta como en casa. Quién me iba a decir a mí que iba a hacer de psicóloga de uno de mis secuestradores para ganarme su confianza. La psicóloga Lola, abierta 24h, no de piernas, eh.

—Sí, voy a hacerlo ahora mismo.

—Di que sí, Niko, ya verás como Vlad te confiesa su amor prohibido.

—No Niko, Nikolay.

—Lo que sea. Ve a por él tigre — me mira con el ceño fruncido, no ha entendido lo de tigre, pero paso de explicárselo, lo que me interesa es que se vaya de la habitación. Que lo busque en Wikipedia.

Cojo el teléfono móvil, que lo han dejado en una de las sillas frente a la mía, alargando tanto la mano y el brazo que parezco el inspector Gadget, y le mando la ubicación actual al móvil de Kike con un mensaje adjunto.

<<Los he distraído, no sé por cuánto tiempo, quizá para quince minutos, ayudadme. Lola>>.

Me escondo el teléfono bajo el trasero para que, si entran en la habitación, no sepan lo que he hecho y observo la habitación. Está prácticamente vacía excepto un par de sillas, unas cajas de madera, un colchón mugriento y algo de aceite en el suelo.

Alzo la vista y entonces lo veo. La ventana. Esa será mi salvación. Puedo arrastrarme modo gusano hasta ella y si no está a mucha altura, dejarme caer fuera, con suerte esconderme entre la maleza si estamos en medio de alguna zona rural o, si es más céntrica, coger un taxi.

Cojo el móvil de mi culo y lo meto en el bolso, que se encuentra cerca de mi posición, a mano derecha. Lo meto dentro y me coloco el bolso como si fuera un cinturón, cerrando antes la cremallera, que, si no, reptando, se me van a caer todas las cosas que llevo dentro.

Me tiro al suelo y voy reptando, cual serpiente hasta donde se encuentra la ventana. Me siento sobre mí misma y alzo las manos para llegar al asidero y abrirla.

Cuando lo consigo sin hacer ruido, miro de aunar toda la fuerza que tengo y me levanto todo lo que puedo para echar mi cuerpo hacia delante del ventanal.

He conseguido tener medio cuerpo fuera y medio dentro. Ahora solo necesito balancearme como un balancín de los del parque para que mis piernas se levanten a lo Lina Morgan y caiga por mi propio peso.

Valoro la caída. Joder, es un trecho importante hasta tocar el suelo. Quizá haya, no sé, ¿cuatro metros?

Decido arriesgarme, no quiero corbatas, ya sean colombianas, rusas o españolas, solo quiero salir de aquí. Total, si caigo de espaldas no puedo jodérmela más, ni se me van a insensibilizar más las piernas...

Así que me lanzo al vacío, como si fuera el trampolín de la piscina, la diferencia es que allí caes en algo más o menos mullidito y debajo de donde me encuentro hay un rosal que me llama para clavarse hasta en mi carnet de identidad. Esto sí que es una clavada y no la que nos ha hecho la mujer del hotel.

Si es que me voy a ensartar como un pincho moruno, ya lo estoy viendo. Pero qué le vamos a hacer, la vida es dura. Ya me veo a Iván o a Kike, que espero que esté mejor, con las pinzas a lo Doctor House, quitándome una a una las espigas del cuerpo.

Me meto una buena hostia, no nos vamos a engañar, y lo peor de todo es que no me puedo quejar para que no me oigan los malotes calvos gais y se vaya todo al traste. Si no, la caída y el dolor no habrán servido para nada.

Me cago en los muertos de todos los demonios y me dedico por unos segundos a inspirar y expirar, como me enseñó mi profesora de yoga antes de salir del laberinto de zarzas y arrastrarme

como el gusano que ahora me siento, hacia una zona más segura.

No es que esto sea un Escape Room, donde hay sitios para aburrir donde puedes esconderte o esconder cosas, no. Aquí solo hay hierba alta, girasoles, un cobertizo y mierda, mucha mierda, principalmente de vaca.

Valoro las opciones. Los girasoles, estoy bronceada, pero no creo que se me confunda con uno de ellos si me quedo tiesa en el campo.

Tampoco es factible el cobertizo, es el primer sitio donde van a ir a mirar, obvio. Bueno, puede que sean muy tontos, como la película dos tontos muy tontos, la verdad es que apuntan maneras.

Tampoco es una opción esconderme entre la hierba. Me acabarán encontrando y eso puede ser una sangría que les sirva de abono para el campo. Eau de sangré para la tierra. De aquí a la universidad de París de cabeza, eh.

Solo me queda una opción de mierda, literalmente hablando, que aquí no hay metáfora que valga.

Meterme de lleno en la mierda, cubrirme de ella, dejando solo la boca y la nariz para respirar, pero cubiertas, no sé, de barro, para simular el color, y rezar para que se crean que me he escapado y vayan a buscarme al pueblo mientras Kike e Iván aprovechan para venirme a buscar.

Sí, todo esto es muy bonito, o al menos sale cuadrado en mi cabeza, pero luego a la hora de la verdad dios dirá. Si me he cubierto de mierda hasta las orejas, que no sea en vano.

Joder, si es que, quién me mandaría a rascar el cupón el sábado, solo me ha traído desgracias. Y el maldito entrenador...

Voy a meterle toda esta mierda por el culo a Próculo para que sepa lo que he tenido que tragar por su culpa, aquí no literalmente, eh.

Una vez cubierta de mierda, al final incluida la nariz y los labios y habiéndome puesto una pequeña caña de bambú disimulada en la boca para respirar, (Puto asco...Qué apañada soy y qué culito tengo) intento relajarme y respirar lo menos posible para que no escuchen nada.

Yo, aunque con quilos de mierda encima, boca arriba y con una mierda de cañita recubierta de eso mismo para poder respirar, puedo escuchar con el poco conducto que me queda sin taponar de excremento en la oreja, a los rusos cagándose en su idioma hasta en los muertos que no conocen porque me he escapado.

—Pero ¿cómo ha podido pasar Vlad? ¿No era paralítica? — ya decía yo que lo de Vlad sí que lo usaban.

—Quizá nos ha mentido todo el tiempo Niko y podía sentir las y moverla — y Niko también señores. Premio para la señorita de la silla del fondo. La de la rueda pinchada con cara de oler a mierda.

—Me cago en la puta. Hay que encontrarla. Tú revisa la zona, yo iré a buscarla con la moto por el pueblo, ¿te parece?

—Da — responde Niko. Creo que es él. Ya ni sé. Solo sé que él es el que da en esta relación. Vale, fuera bromas, que ahora mismo estamos en la mierda.

Deja de oírse todo lo que no sea el zumbido de las moscas a mi alrededor, que es el canto que las vacas tienen que escuchar a diario. Bueno, mejor eso que escuchar cómo la sangre me chorrea desde la garganta, ¿no?

Pasa una vida y media, o eso me parece hasta que oigo como una segunda moto sale de la finca, ¿o es que la primera ha vuelto? No se escucha nada, por lo que me decanto por la primera opción, de lo contrario escucharía de vez en cuando los gritos de los zopencos avisándose de que no han encontrado una mierda. Vale, ya paro.

Y entonces lo escucho. Es un rugido de motor, pero del bueno, no una moto mediocre de 125cc. Puede que sea el coche de Iván, pero no quiero precipitarme, no vaya a ser que salga toda emocionada y sean más amigos de los rusos. Más vale prevenir que curar.

Escucho a gente subiendo a la finca, parece que lleven pesas en los pies del ruido que hacen al subir, y después bajar de la misma manera, como si buscaran algo que no encontrarán. Tengo la ligera sensación de que es a mí.

—¡Lola! — escucho el grito de Kike.

—¡Lola! — ahora el de Iván.

Levanto la cabeza y aparto todo lo que puedo la mierda de mi cara antes de escupir el palo y gritarles dónde estoy. No tardan de correr hasta mi posición y ambos me sonrían esperanzados, con un brillo especial en la mirada.

—Joder Lola, nos tenías tan preocupados... — me suelta Iván.

—A mí casi me da un infarto cuando se me ha pasado el efecto del pulpo e Iván me lo ha contado todo.

—Es que me aburría en ese hotel mugriento y me ha apetecido dar un paseo con un par de rusos — pongo los ojos en blanco.

—¿Estás bien? A parte de en la mierda, quiero decir — prosigue Kike.

—Hombre, me vendría bien un baño, no te lo voy a negar — sonrío. Debo de tener hasta los dientes negros, no digo más.

—Eso está hecho. Vámonos, parece que los rusos no están — dice Iván.

—Han ido a buscarme, no creo que tarden en volver si no me encuentran. Deberíamos darnos prisa. Por cierto, me disculpo por adelantado Iván, te voy a llenar el coche de mierda.

—Tranquila, lo he robado. Creo que es del hijo de la del hotel. Que se joda, por carera. No veas como se las gasta. Un BMW nada menos.

—Quizá es de ella.

—Lo dudo, hay mucho porro dentro y hasta una pipa. No la veo yo a esa en esta guisa.

—Nop.

—La verdad es que eso es lo de menos, arranca y salgamos de aquí lo antes posible. Es territorio prohibido y está plagado de minas. Como vengan los rusos nos van a hacer papilla. Mejor no enfrentarnos con ellos, acabaremos en la mierda, y no me refiero en la que he estado yo. Creedme, sé de lo que hablo.

No decimos más. Me ayudan a salir de mi escondite, pringándose ellos también y me llevan hasta el coche antes de subirse ellos mismos y poner rumbo a... ya ni lo sé.



CAPÍTULO 8: KIKE

Tengo miedo por ella, mucho miedo. Me he levantado más fresco que una lechuga y ya no estaba. Le ha pasado algo, estoy seguro de ello. Llamo a mi padre, pero no sabe nada. Vuelvo a marearme un poco e Iván me recomienda darme una ducha para espabilarme mientras él se ocupa de buscar a Lola.

La verdad es que me sienta bien. No hubiese perdido el tiempo dándome una ducha con Lola en peligro, pero de no hacerlo, quizá no sería de mucha ayuda.

Salgo de la ducha y me pongo la ropa de ayer en la playa. La verdad es que no tengo nada más y con la situación en la cual nos encontramos ahora, es el menor de mis problemas.

Iván entra entonces, cuando me estoy colocando las botas y me dice que Lola ha llamada. La esperanza vuelve a mí. Quizá eran paranoias mías y solo estaba dando un paseo. Qué gilipollas soy, como va a dar ella un paseo, y menos sin la silla, que se ha quedado en la habitación.

—Los putos rusos tienen a Lola tío. Me han dado una dirección. Quieren que llevemos el boleto premiado al desguace del pueblo a medianoche o la matarán.

—¿Cómo coño han descubierto dónde estábamos?

—Supongo que habrán recorrido todo el pueblo preguntando. Quizá la dueña de esto se ha dejado sobornar.

—Tenemos que ir a ayudarla ya, no esperar a las doce. Si le pasa algo, me muero.

—Yo también estoy preocupado por ella, más de lo que te imaginas, pero si nos adelantamos, siendo solo dos, es posible que nos derriben. Son profesionales, nosotros dos. Lo mejor será que les entreguemos el boleto de una vez y que acabe esta pesadilla.

—No estoy de acuerdo. No voy a poner en peligro más tiempo a Lola. Nuestro padre es el causante de todo esto, pero es ella la que lo está pagando y no es justo — digo frustrado.

El móvil suena de nuevo y se lo arrebato de las manos a Iván para ver si se trata de Lola. Bingo. Nos manda su ubicación actual juntamente con un mensaje. Supongo que ha conseguido burlar a los rusos y nos ha mandado la información que necesitamos.

<<Los he distraído, no sé por cuánto tiempo, quizá para quince minutos, ayudadme. Lola>>.

Sonríó para mí. Esa es mi chica. ¿Yo he dicho eso? Le enseñé el mensaje a Iván y sonríe antes de coger las dos pistolas y meterlas por la parte trasera de los pantalones, dejando fuera la parte de la culata.

Salimos del hotel en busca de un coche que tomar prestado para ir lo antes posible a la ubicación que nos ha mandado Lola. Yo también quito el seguro de la pistola que Iván me regaló y me la guardo como él.

Fuera, vemos un BMW. La verdad es que no es habitual ver uno de estos coches en el pueblo, sobre todo si es de la hotelera, aunque no la veo yo... Debe ser de su hijo o marido.

Iván lo puntea y en un abrir y cerrar de ojos, llegamos a la ubicación que nos ha mandado Lola. Subimos al edificio con la pistola en la mano, pero todas las habitaciones de esta especie de casa

de campo están vacías. La encontramos dentro de un montón de mierda, literalmente.

La metemos en el coche y nos la llevamos corriendo antes de que vengan los rusos y volvemos al hotel. Preparo la bañera para Lola tras desinfectarla y se mete dentro con el bikini, que creo que a estas alturas estará para tirar.

—¿Dónde está Iván? — me pregunta dentro de la bañera.

—Ha ido al piso a traernos a todos algo de ropa.

—Me parece una estupenda idea, esta está un poco sucia y huele mal — me dice sonriendo. Tiene mierda, hasta en los dientes, pero no se lo digo, no creo que sea un buen momento.

—¿Estás bien? Siento mucho no haberme enterado cuando te llevaron.

—Estabas enfermo y con fiebre, es normal que te quedaras roque. Por cierto, ¿cómo te encuentras ahora?

—Mucho mejor, me imagino que poco a poco voy a expulsando la toxina esa de mierda que me metió el pulpo, porque no pudo ser otra cosa — la veo asentir.

—Me alegra oír eso.

—Lola, quiero preguntarte una cosa. No sé si lo soñé, fueron delirios por la fiebre o fue real, pero tengo la sensación de que anoche me besaste.

—Creo que fueron delirios o lo soñaste, Kike, lo siento — pero en sus ojos veo que me miente. No la presionaré, si no quiere confesármelo, esperaré.

—Vale. Te dejaré sola para que puedas disfrutar de tu baño. Cuando acabes, llámame y te llevaré a la cama, donde seguramente te dejará Iván las bolsas de ropa, si es que vuelve antes de que salgas de la bañera.

—Créeme que sí, con toda la mierda que llevo encima, va para rato — río antes de salir.

Ahora que está en casa y está a salvo, estoy mucho más tranquilo, hasta mi corazón vuelve a bombear con normalidad. Cuando la tengo conmigo todo es mucho mejor.

Puede que desde que la conozco, hace solo tres días, hayan sido los más locos de mi vida, pero también los más intensos y he descubierto cosas que no sabía que sentía o que iba a vivir nunca.

Me siento en el colchón de Lola, la verdad es que no sé cómo hemos podido llegar a este punto. Hoy es lunes y debemos llegar al siguiente pueblo a ver si de una vez es posible cobrar el cupón, porque esto se está volviendo la historia interminable.

Iván vuelve poco después con bolsas de ropa y alguna que otra maleta, imagino que de ropa suya, ya que Lola y yo solo tenemos lo que nos compramos el sábado por la tarde. Golpeo la puerta del baño de Lola.

—Ya ha llegado Iván con la ropa, te la dejo sobre la cama, ¿vale?

—Vale, si quieres puedes entrar ya para llevarme a la cama — me responde.

—Eso suena muy tentador, Lola.

—No entiendas lo que te interesa, ya sabes a lo que me refiero — me dice entre risas.

Entro y veo que ha vaciado la bañera, que está limpia como una patena y ella enroscada en una toalla de ducha. La tomo en brazos y la dejo sobre el colchón de su cama antes de salir para que pueda cambiarse tranquilamente.

—Hermano, deberíamos irnos ya al siguiente pueblo. Cuanto antes acabemos con esto mejor para todo. No me gusta nada jugarme el cuello cada hora con la mafia pegada a nuestro culo.

—Sí, voy a darme una rápida ducha en lo que Lola se viste y nos marcharemos.

—Bien, iré a tomar prestado otro coche. Nos vemos en la entrada — y lo veo desaparecer por el pasillo de nuestra planta.

Por suerte nuestras habitaciones están al lado la una de la otra, aunque la verdad es que apenas he pisado la mía, ni siquiera he dormido allí. Dormir con Lola ha sido la mejor decisión que he tomado nunca, sobre todo por el regalo a medianoche.

Una vez hemos recogido todo, devuelto las llaves de las habitaciones y estamos dentro del coche, ponemos rumbo al siguiente pueblo en busca de más administraciones.

La verdad es que todos estamos cansados ya, pero sobre todo Lola, que lo ha pasado mal: tensión, nervios, secuestro, persecución, disparos, blablablá. No está acostumbrada a nada de esto en su

vida diaria.

Decidimos no despertarla, hasta que encontramos el primer lugar donde poder cobrar el boleto y nos damos cuenta de que solo ella sabe dónde está y sin el boleto no podemos cobrar nada.

Lola entreabre un ojo y me da hasta pena despertarla, pero en cuanto acabemos esto, podremos descansar de verdad y cada uno seguirá con su vida sin peligro alguno.

—Lo tienes bajo la bota derecha, debajo de la plantilla. Es el lugar más seguro que he encontrado porque a nadie se le ocurriría mirar ahí. Además, me ha venido bien no llevarlo encima, sino ahora estaría en poder de los rusos.

—Ha sido muy buena idea Lola, chica lista — contesta Iván y la verdad es que yo opino lo mismo.

—¿Os importa si me quedo aquí durmiendo un poco más?

—Claro, descansa.

—Si me robáis, los rusos os van a parecer sumisos comparado con lo que yo os voy a hacer y sus corbatas colombianas caricias de plumas, ¿estamos?

—Sí, señora – decimos a la vez aguantando la risa. Ella ya sabe cómo somos y jamás la traicionaríamos, sobre todo con lo que hemos pasado.

Entramos en la administración una vez he sacado el boleto de mi bota y una mujer de unos sesenta años con un único brazo nos atiende con una sonrisa en los labios. Cuando verifica el premio, se levanta y sale a darnos un abrazo.

—¡Felicidades, preciosos míos, sois multimillonarios! — la señora sale de detrás de tu mampara y nos abraza eufórica.

—Muchísimas gracias — decimos al unísono.

—No hay por qué darlas. Os haré un cheque al portador para que podáis cobrar el premio desde nuestra cuenta de la asociación lotera. Recordad no perderlo, ponedle un chisme de esos que sabes dónde están las cosas.

—¿Un GPS? — pregunto.

—Sí, eso. Y no olvidéis declarar el dinero a Hacienda, aunque ya sabéis que se lleva un pellizco.

—Lo sabemos, muchas gracias por el recordatorio señora.

La lotera nos imprime una especie de recibo y el cheque en un sobre y se despide con una sonrisa en los labios. Volvemos al coche para dar la buena noticia a Lola. Por fin, después de todo lo que ha ocurrido, vamos a poder cobrar el dinero.

—Lola, lo tenemos, por fin tenemos el cheque para cobrar el premio.

Lola se despierta de golpe y sé que si pudiera saltar lo haría. Se pone a aplaudir y gritar como una adolescente dentro del coche y nosotros la secundamos, aunque con menos feminidad y juventud.

Esto no ha terminado. Todavía debemos cobrar el premio sin que los rusos nos localicen y no creo que estemos tan a salvo como creemos. Puede que sea pesimista, pero tengo un mal presentimiento

y suelo acertar.

Buscamos el banco más cercano para cobrar el premio. Lo mejor es que lo cobre al completo Lola en su cuenta y que después reparta entre hacienda y mi padre lo que sea conveniente.

Decidimos ir al banco principal de la ciudad. Ninguno de los bancos del pueblo en el que nos encontramos o de los colindantes, tiene tanto dinero. La verdad es que no sé ni si el banco de España, con la crisis que tenemos encima, tenga tanto dinero en sus enormes cajas fuertes.

Nos encaminamos hacia la ciudad en el coche robado. No sabía que mi hermano era tan habilidoso a la hora de robar coches, parece que lleve haciéndolo toda la vida.

La verdad es que no sé cómo los fuerza, y sinceramente tampoco quiero saberlo, pero se merece realmente se merece una valoración de cinco estrellas por su maña.

Me he quedado dormido durante el trayecto sin apenas darme cuenta. Iván me ha despertado cuando ha aparcado frente al banco. Lola está eufórica. Ella es la que deberá entrar en el banco y hacer los trámites pertinentes.

En esta transacción, una vez conseguido el cheque, es mucho más sencillo y no corre peligro de que la echen del trabajo, que crean que comete fraude, o que nos necesite para realizar el siguiente paso.

Eso la entusiasma y pronto sacamos la silla de ruedas arreglada del maletero para sentarla y le entregamos el cheque y el recibo, que se mete en el culo para que no se lo roben. Dice que es el sitio más seguro, porque nadie le tocaría el culo a alguien con paraplejia.

La verdad es que es un buen sitio, ese y el de las gitanas, que se meten el dinero en las tetas, es de

los sitios más seguros que hay para que no te roben, porque nadie que no sea tu marido o amante te soba ahí. El conejito también sería bien lugar.

Entro con ella, yo le empujo la silla y ella va decidida a cobrar el cheque. Prefiero ir con ella por si la cosa se complicara y necesitara mi ayuda. No quiero que se sienta sola y menos en este momento.

Lola me mira, alzando la cabeza y yo me la quedo mirando, es lo más bello que he visto nunca. Ni siquiera sé por dónde voy hasta que golpeo algo con fuerza y Lola sale disparada como un torpedo, cayendo inevitablemente al suelo.

Me he chocado con una de las columnas del banco. Corro para ayudar a Lola y la tomo entre mis brazos mientras la reviso por completo para ver si está bien o se ha hecho daño. Es lo último que quiero.

—No te preocupes Kike, estoy bien, aunque creo que me he roto el culo — y ahí está ese humor que me confirma que está bien.

—Lo siento mucho, de verdad. Me he quedado mirándote y ya no he visto nada más.

—Ya me he dado cuenta, y mira que la columna era bien grande.

—Lo sé. Tendré más cuidado la próxima vez.

—Mejor, porque todo el mundo nos está mirando. Sé que soy mona, pero odio ser el centro de atención. Ya tengo suficiente con que todo el mundo me mire por la silla. Ahora me miran por mi culito redondo y sexy bien abierto por el golpe — me río disimuladamente y la ayudo a sentarse en la silla.

Cuando voy a sentarla, ambos lo vemos. El cheque con el premio ha desaparecido. A lo lejos, saliendo del lugar, vemos a los rusos. Cabrones, nos han robado la pasta. Corro para intentar pararlos, mientras que Lola se queda en el banco esperando a que los atrape.

Al salir a la calle los veo en el suelo y a mi hermano con un cigarro en la boca, como el chulo de barrio que es, y a los rusos atropellados por el coche robado. Me agacho para recuperar el cheque mientras refunfuñan presos del dolor. No entiendo una mierda. Solo hablan en ruso.

—¿Te encargas de estos dos trozos de carne podrida mientras Lola y yo cobramos el cheque?

—Por supuesto —abre su chaqueta y me enseña las pistolas. — Voy cargado, no os molestarán más.

—Vuelvo dentro con Lola, seguro que está asustada por lo ocurrido, la tranquilizaré y le devolveré el cheque.

—Vale, yo os espero aquí.

Vuelve a entrar en el banco y le enseño a Lola desde la lejanía el papel donde hay reconocidos y casi entregados sus once millones de euros. La verdad es que con todo lo que hemos pasado se merece cobrarlos y disfrutarlos y no voy a dejar que nadie lo estropee.

Veó que su cuerpo se relaja y sonrío. Sabe que puede contar conmigo en los momentos difíciles, aunque en este caso yo no he hecho nada, todo lo ha hecho mi hermano. Se lo haré saber. No me voy a llevar el mérito por algo que no he hecho.

Le entrego el cheque y nos acercamos a la mesa para que nos atiendan mediante un servicio

personalizado. Es mucho dinero, no lo vamos a hacer por la caja normal de cobros.

Ahora ella tiene la sartén por el mango, es su momento, el que llevamos persiguiendo estos tres días y por fin tiene en sus manos lo que con tanto ahínco ha perseguido para conseguir.



CAPÍTULO 9: LOLA

Vaya tela marinera. Esto es el cuento de nunca acabar. Cuando creemos que estamos seguros y que todo ha terminado, aparecen otra vez los calvos malignos para hacernos la vida imposible.

Y casi lo consiguen. Por suerte, y según me ha contado Kike, Iván les dio un golpecito con el coche sin querer (evitarlo) y acabaron por los suelos y con más heridas que Falete en el corazón, según dice en sus canciones.

Llego a la mesa de una de las empleadas del banco y le extiendo el cheque juntamente con el recibo de la administración para que realice la transferencia sin fallo alguno. Empieza a teclear en el ordenador tras darme la enhorabuena.

La verdad es que no quiero que me la den, solo quiero que el dinero se refleje en mi cuenta y que esto acabe de una vez, Le transferiré el millón a Próculo para que deje de dar por culo y les diré a los rusos que les he transferido a él el dinero, que él se coma su propio marrón.

—Sabes, preciosa, tenemos unos fondos de inversión muy interesantes.

—No me interesa, gracias.

—Las acciones de nuestro banco están a un precio muy jugoso y dan ganas de hincarle el diente – y jugoso e hincarle el diente saliendo de su boca con esa cara de amargada, como que yo. Esta tiene el chichi más seco que el estropajo del baño de mi abuela, que en paz descansa desde hace diez años.

—No me interesa, gracias — vuelvo a decir para ver si lo pillas.

—También tenemos... — y entonces la corto (no en pedazos), porque empiezo a estar harta de la lista de la compra financiera que me está haciendo.

—Mira, no quiero ofenderte, pero no voy a invertir, ni aquí ni en los hoteles del padre de Paris Hilton, ¿lo entiendes?

—Bien. Entonces necesito que me entregue el número de cuenta donde quiere que le haga el ingreso del cheque que me ha traído. No olvide declararlo a Hacienda.

—No si al final tendré que pagar y todo por ganar. Además de puta, pongo la cama — Kike me aprieta el hombro para que me contenta, como si no me conociera. A mí no me detiene ni el dique de las cataratas del Niágara.

—¿Quiere que se lo tramite todo nuestro gestor? Si quiere tener su dinero gestionado al día y evitarse sorpresas, por doscientos euros lo tendrá todo más que regularizado y no tendrá ningún problema.

—¿Al año?

—No, señorita, al mes.

—No me interesa, gracias — pronto me van a cobrar hasta por respirar. — Mire, tengo que ir a

cancelar la hipoteca de mis padres, hablar con unas cuantas oenegés y entrar a trabajar en una hora, así que le agradecería que cogiera mi número de cuenta e ingresara el dinero, gracias – me mira con cara de amargada, bueno, la que tiene todo el tiempo, la verdad es que no le cambia. ¿Será el bótox?

Cuando le doy en número de cuenta a la chica—cansina que me está atendiendo, mirándolo desde la App del móvil, básicamente porque para eso soy peor que Dory de Buscando a Nemo, siento en menos de un minuto un mensaje.

Me informa de que se hecho efectiva la transferencia y mi cuenta ha aumentado desmesuradamente de ceros. Me dan ganas de ponerme a bailar la jota, porque es el único baile que sé sin hacer el ridículo o abrirme la cabeza, pero no va a poder ser, hoy las piernas no están receptivas. Están vagas y no quieren cooperar.

Una vez he firmado los millones de papeles que me pedían, han fotocopiado mi DNI y casi me hacen una ficha policial obligándome a tomar hasta las huellas dactilares, salgo por la puerta más contenta que unas castañuelas.

Kike se ha mantenido callado todo este tiempo porque sabía que era mi momento. Ahora abre el pico por primera vez. Supongo que querrá pedirme que le haga una transferencia a su padre para volver a casa.

—Supongo que ahora que ha acabado todo, quieres que desaparezcamos de tu vida, para volver a tu rutina sin cacos a tu espalda, ¿no?

—La verdad es que con vosotros no me aburro, desde luego. No quiero que desaparezcáis de mi vida ni mucho menos.

—Me alegro, porque yo tampoco quiero.

—Lola. Creo que deberíamos hablar de... – veo que se le atraviesan las palabras o simplemente le da demasiada vergüenza decirlas. Hombres...

—¿Nosotros? Tengo que confesarte algo, Kike.

—No me asustes. Si es sobre tú y mi hermano prefiero no saberlo – este tío es tonto. ¿Acaso no le dejé claro lo de su hermano?

—No es eso. ¿Recuerdas la noche del pulpo, con la fiebre y delirios?

—Cómo olvidarla.

—La verdad es que te dije que delirabas o que era producto de la fiebre el hecho de que hubieses sentido que te besaba, pero la verdad es que te besé y no me lo saco de la cabeza desde que pasó.

—Lo sé, sé que fue real, aunque me mintieras. En el fondo lo sabía. Y si te sirve de consuelo, estoy deseando que vuelvas a hacerlo, aunque luego tengas que mentirme.

—Quizá podríamos repetirlo en una cita, ¿no te parece? – tomo el control de la situación. Más que nada, porque veo que él es más cerrado y le cuesta y yo soy más tirá pa'lante, como decía mi abuela.

—Me encantaría tener esas citas contigo y conocerte.

—Oye, para el carro, he dicho citas, no metas esos donde no las hay – ambos nos reímos sonoramente.

Entramos en el coche de Iván, bueno, el que ha robado Iván. Tiene una buena abolladura en el morro, a causa de la hostia que les ha metido a los rusos con él.

Kike me mete en la parte trasera del coche, guarda la silla en el gran maletero del coche y se sube en el asiento del copiloto con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—Lo conseguimos chicos — le digo a ambos.

—¿Tienes el dinero, Lola? — pregunta Iván.

—De no ser así me habría encadenado al banco hasta conseguirlo. Soy capaz de hacer un cóctel molotov con lo que tengo en el bolso con tal de amenazarlos hasta que me pagues.

—Esa es mi chica — y es entonces cuando Kike lo mira serio, como si el comentario lo hubiese molestado demasiado.

—¿Qué ha pasado con los rusos? — pregunto para desviar el tema.

—Llamé a la policía. Resulta ser que están fichados en todos los continentes del planeta, o yo que sé. La cuestión es que van a pasar mucho tiempo en la sombra y así dejarán de molestarnos — me informa Iván.

—Espero que su jefe no nos mande a los rusos 2.0 ahora que a estos los han pillado.

—Tocaremos madera — contesta Kike.

—Tengo que entrar a trabajar en una hora, así que tenemos que darnos prisa, chicos. Siga o no trabajando después de esto, no quiero dejar tirada a la empresa. Me contrató pese a que no tenía experiencia y les agradezco mucho que accedieran a darme trabajo tras el accidente.

—Vale preciosa, le pisaré al acelerador — me dice Iván, el piloto de este bólido robado. A falta del mío pinchado y parcheado...

—Chicos, necesito que me digáis el número de cuenta de vuestro padre para hacerle la transferencia, de ese modo cerraremos este capítulo, con todo lo que ha conllevado.

—Lola, Iván y yo hemos estado hablando en relación con eso. No queremos que le des a nuestro padre el dinero, si quiere algo que se lo gane. Nos ha puesto en peligro a los tres, y solo por meterse en negocios turbios con personas peligrosas. Si tiene deudas que las pague él, no tú. Nosotros somos los que hemos venido a ayudarte, no él, y nosotros dos no queremos nada más que querer formar parte de tu vida, no queremos tu dinero.

—¿Estáis seguros? A mí no me importa, de verdad, y así os evitáis problemas con vuestro padre y líos familiares.

—Está decidido Lola, déjanos a nosotros nuestro padre, sabemos cómo lidiar con él, créenos.

—Como queráis. En ese caso, ese millón lo donaré a alguna causa benéfica en nombre de los dos. ¿Os parece?

—Es una excelente idea. Nos parece maravillosa la iniciativa — dice Iván, que hace rato que no hablaba.

—Pues listo entonces.

Seguimos nuestro camino hacia la garita donde vendo cupones. Apenas quedan quince minutos para que inicie mi jornada laboral, estoy hambrienta y no sé si vamos a llevar a tiempo.

Nos queda un buen trecho, pero vamos casi a doscientos por la autopista. Des luego esto no es un Ferrari, pero es lo más parecido que Iván ha podido robar. Maldito ladronzuelo...

—Chicos, yo quiero hablar con vosotros — inicia una nueva conversación Iván.

—Dinos — lo incito a que nos lo explique.

—He estado pensando mucho las cosas, más de lo que os imagináis. He decidido que voy a mirar hacia otros horizontes, hacia otras Lolas. Sé que lo vuestro es especial, casi diría que mágico, y no quiero joderle la vida a mi hermano. Es una buena persona y se merece ser feliz. Te va a tocar sacar la fusta con él, Lola. Verá que lleva una coraza anti—amor, pero es solo plástico. En cuanto lo perfores, verás que seréis uno y no os van a poder separar ni con una lápida. Hazlo feliz, se lo merece. Nuestros padres no han sido muy cariñosos con nosotros y, por eso, es así, algo frío en el amor.

—Lo sé, y prometo que trabajaremos en ello para traerte de vuelta a un hermano cariñoso y sensible.

—Gracias, hermano, no sabes lo importante que es esto para mí. La verdad es que me alegro no tener competencia, al menos fraternal. Lola me gusta mucho y creo que como no la bese antes de mañana me va a dar un infarto.

Me río como un flan. La verdad es que besarle mientras deliraba había sido fácil, siempre podía hacerme la loca luego y hacer como que nada había pasado. Pero ahora es real, no hay fiebre de por medio y tengo que armarme de valor, porque si quiero que esto salga bien, los dos tenemos que dar lo mejor de nosotros. Aunque, después de escapar de unos matones, podemos superarlo todo, ¿no?

Inicio mi jornada laboral. Kike me ha comprado un bocadillo y una coca cola para que pueda comer algo, que llevamos unos días de locos y comiendo fast food, excepto el día de la paella. Endevé.

Me lo zampo disimuladamente mientras los clientes vienen en busca de sus cupones. Si tienen suerte, se llevarán el premio gordo, como yo.

Sigo trabajando con la misma intensidad y alegría. No quiero que nadie sepa todavía que tengo más dineros en la cuenta que ojos y ojetes.

La verdad es que necesito saber qué tengo que hacer para pagar la hipoteca que tienen pendiente mis padres, así que llamo al banco con el que la tienen y me pongo el móvil en el regazo, por si pasa alguien y me ve hablando por teléfono, en vez de trabajar. ¿Quién ha dicho que no se puedan hacer las dos cosas a la vez?

—Buenos días, soy Dolores Fuertes y querría saber cómo puedo abonar la totalidad de la hipoteca que tienen pendiente mis padres. Soy cliente del banco.

—Indíqueme su nombre completo.

—Se lo acabo de decir.

—Necesito el nombre y ambos apellidos — joder, odio decirlo, es vergonzoso.

—Dolores Fuertes Demiano.

—Vaya...

—Sí, por eso no quería iniciar la conversación con ambos apellidos.

—Necesito saber el nombre y apellido de uno de sus dos padres para ver si es posible que se pueda hacer la cancelación directa o necesitamos que ellos vengan para autorizarlo con una firma.

—Intente ver si es posible que no deban ir, ya que es una sorpresa. A cambio, le daré a usted o al banco una apreciada comisión.

—Vaya, ha ingresado usted una cuantía enorme de dinero hace un momento.

—Sí, me tocó un rasca y gana.

—Oh, ¡felicidades!

—Gracias — contesto.

—¿Sabe que tenemos muchos bonos del estado o inversiones que pueden interesarle?

—Sí, me lo han comentado en el otro banco, donde he presentado el cheque, la respuesta que le

daré a usted es la misma que a la otra chica, y le agradecería que no insistiera. No me interesa, gracias.

—Como quiera. Dígame el nombre de su padre y el DNI de este para que pueda verificar si puedo realizar la transición.

Le doy el nombre de mi padre y su DNI y aprovecho para darle el mío, sobre todo porque cuantos más datos le dé, más rápido lo hará todo. La verdad es que tengo clarísimo que si les puedo dar la sorpresa, al salir voy a tener que ir a firmar miles de papeles y aprovecharé para hacer donaciones para oenegés, ayudas para investigaciones, hospitales, restauración de zonas de rehabilitación, etc.

Quiero hacer tantas cosas y ayudar a los que lo necesitan. Yo ya viví la falta de personal y equipamiento cuando tuve el accidente y tuve que hacer rehabilitación, no quiero que la situación siga igual. Quiero ayudar lo más que pueda, sobre todo porque ahora tengo posibilidad para hacerlo.

—Señorita Dolores, sigue ahí.

—Sí, pero mejor Lola.

—Bien Lola, he consultado la cuenta de la hipoteca y usted aparece como autorizada por parte de sus padres, con lo cual puede abonar la cuantía de ciento tres mil euros para cancelar la hipoteca que tienen por el piso en el que ahora mismo viven o conviven.

—Genial. Pues iré a la oficina en un rato, cuando tenga mi descanso y hacemos los trámites. ¿Cómo se llama usted? Para preguntar y así cuando llegue no tengo que explicarle toda la historia a otra persona.

—Soy Fanny. Estaré hasta las siete.

—Tengo un descanso de diez minutos en media hora, así que todavía estarás en la oficina. La cuestión es, ¿nos dará tiempo en diez minutos?

—Yo creo que sí, de todos modos, tecleo rápido.

—Genial. En un rato nos vemos. Hasta pronto.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono más contenta que la flamenca de Whatsapp. Hacer feliz a mis padres y darles ese desahogo es de las mejores cosas que puedo hacer. Es más, siempre he soñado ganar algún tipo de premio, no por mí, sino para ayudarlos.

Vengo un par de rascas sin premio antes de que llegue la hora de mi descanso. Salgo con mi silla de ruedas destartalada y voy al banco lo más rápido que puedo dentro de mis posibilidades y casi llego con la lengua fuera.

Hago los trámites pertinentes y me informo de cómo hacer las donaciones a las oenegés. Fanny me da una lista de números de cuenta donde puedo donar con el nombre de cada una de ellas sobre el Iban. La verdad es que es bastante eficiente.

Una vez la cancelación de la hipoteca se ha hecho efectiva y tengo en mi poder todos los papeles, vuelvo tan rápido como puedo a mi puesto de trabajo. He salido del banco a falta de un minuto de volver a entrar, así que no puedo dormir en los laureles. Suerte que estoy al lado.

Paso la tarde más aburrida que Spiderman en una explanada. No tengo llamadas de Kike, ni mensajes, ni nada. He mandado un mensaje a mis padres para que sepan que ya estoy aquí después de un finde loco, y que estoy trabajando.

Ellos creen que me he pasado el fin de semana con Kike para conocernos y jugar a papás y a mamás. Nada más lejos de la realidad, aunque no me hubiese importado, para que nos vamos a mentir.

Es la hora de plegar, por fin. La verdad es que puede que me vaya mejor trabajando en las fundaciones a las que ayude o la que cree y no tanto entre estas cuatro paredes anodinas, que por otra parte me han traído tanta felicidad.

Vuelvo a casa. La verdad es que deberé cambiar a la silla tradicional nuevamente en lo que me pido otra de las de motos, ahora me puedo permitir comprarme otra, ya que la que se me pinchó y me arregló Kike se ha vuelto a deshinchar.

La verdad es que estaba cantado, un parche es para un rato, pero con todo el ajetreo que le hemos dado a la silla, normal que se esté quedando sin fuerzas y sin oxígeno. Exactamente lo mismo que yo.

Llamo a la chica que me contrató para cubrir el puesto en la Once. La aviso de que no me siento cómoda con el trabajo y prefiero que se lo dé a una persona que realmente lo necesite. Agradece mi sinceridad y me desea suerte. Poco después cuelgo.

Subo al ascensor y poco después llego a la puerta de mi casa, que abro con mi llave. Mis padres me dan la bienvenida con una sonrisa en los labios. Se creen que he mojado. Si supieran que en lo único en lo que me he mojado es en mierda...

—Hola, mi niña, ¿cómo ha ido el fin de semana?

—Muy bien. Gracias por preguntar papá. ¿Y mamá?

—Está haciendo la cena. Hemos comprado algo de marisco para celebrar que te han metido el percebe.

—¡Papá!

—Era broma, hija. ¿Vamos a cenar? – asiento y nos encaminamos al comedor, donde mi madre está ultimando los últimos toques para la cena.

—Hola mami.

—Hola mi niña. Cómo ha ido el fin de semana, ¿lo has pasado bien? – me pregunta levantando las cejas para que entienda a qué se refiere.

—No hemos hecho nada mamá, solo vivir una aventura – y tan aventura jejeje.

—Bueno, me alegro de que te lo haga pasar bien y disfrutar. Hoy en día es difícil encontrar eso en un hombre, y menos si es guapo – coloco los ojos en blanco.

—Tengo un problema. Se me ha pinchado una de las ruedas de la silla nueva, así que, o compro otra, o una rueda nueva.

—Mejor la rueda niña, no estamos para gastar a lo tonto. Vamos justillos este mes, hija — dice mi

padre.

—Yo creo que no. Tengo que contaros algo.

—¿Qué has hecho ya? No estarás preñada, ¿no? — me pregunta mi madre, casi escandalizada.

—¿Crees que porque he pasado un fin de semana fuera me he quedado embarazada? No hemos hecho nada, no hemos tenido sexo. No sé cómo decirlo ya.

—Me dejas más tranquila, cariño — contesta.

—Bueno, ¿queréis que os lo cuente o no?

—Por supuesto — dice mi padre.

—Bueno, no os lo quería contar porque no sabía si la cosa iba a salir bien, pero ahora que todo está más que bien ha llegado el momento de anunciarlo.

—Venga hija, que te estiras más que un chicle — dice mi padre. — Dilo ya.

—Vale. Ya sabéis que antes de trabajar en la Once, siempre compraba los boletos de rasca y gana de esta. Bien, pues el sábado estaba más aburrada que una ostra, me auto compré uno y lo rasqué. Me tocó el premio. Pero no podía cobrarlos yo, porque al trabajar para ellos, creerían que les estaba timando. Llamé a mi exentrenador, Próculo, para que me echar una mano y así daros la sorpresa. Él cobraría el cheque con el dinero a cambio de un tanto por ciento y no pensarían que era una estafa. Porque no lo era. Él no podía venir y me mandó a su hijo, que es el que conoció mamá cuando vino a traerme la silla nueva y llevarse la vieja. La cuestión es que me he pasado

todo el sábado, domingo y lunes por la mañana para cobrar el premio. Y por fin lo he conseguido.

—Madre mía, tú sí que sabes vivir aventuras cariño — me dice mi madre. — Aunque la verdad es que el chico guapetón ese me gusta para ti, aunque haya salido del adefesio de Próculo.

—Ahora viene lo mejor. He ganado... — hago redobles con los cubiertos sobre la mesa del comedor, donde estamos sentados dispuestos a cenar.

—Venga hija, no nos tengas en ascuas — me dice mi padre.

—¡He ganado once millones de euros y he cancelado vuestra hipoteca!

—¿Qué?!

—Lo que acabáis de oír. No deberéis preocuparos del dinero nunca más. Tenéis dos millones de euros en vuestra cuenta. Creo que lo demás lo donaré a oenegés, construiré hospitales, salas de investigación, donaciones para investigaciones, etc... Quiero hacer un mundo mejor del que tenemos y esta es una buena manera de hacerlo.

—Siempre has sido un ángel caído del cielo, desde que naciste, y estamos muy orgullosos de ti, pero esto raya lo posible. Eres la diosa de la generosidad — dice mi padre entre lágrimas y me abraza.

—No puedo estar más orgullosa de la hija que tengo. Desde que te di a luz has alumbrado todos nuestros días y creo que el mundo es un lugar mejor porque tú estás en él. Creo que lo malo que te ha ocurrido ha sido para que nos demos cuenta de la fortaleza que tienes y que, pese a la adversidad, siempre te sobrepones a todo con una sonrisa. Desde luego eres la figura de referencia que debería tener todo el mundo. La generosidad personificada y te quiero — dice mi

madre antes de correr a abrazarme llorando de felicidad.

—Yo también os quiero. Quiero que os encarguéis de escoger dónde queréis donar tres millones de euros. Hacedme una lista de ONGS, perreras, asociaciones de investigación, todo lo que queráis.

—Vale hija. Prometemos hacer el mejor trabajo posible.

—Por supuesto, ya podéis llamar a vuestros jefes y despediros. No quiero que os desloméis por mil cochinos euros. Con lo que tenéis en la cuenta, podéis tener una vida de lujos y no volver a trabajar nunca.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Donaré otros tres millones, me quedaré dos para mí y donaré el millón a una fundación que decidan Kike e Iván. Fue al trato al que acabamos llegando cuando finalmente cobramos el cheque.

Le cuento a mis padres los trapos sucios de Próculo y cómo sus hijos me ayudaron estos días. Omíto el tema del secuestro, no quiero preocuparlos, sobre todo porque todo salió bien y mencionarlo ahora ya no tiene sentido.

Me voy al cuarto a descansar. La verdad es que necesito dormir en mi cama. Uno no sabe que ama su cama hasta que duerme en otro sitio y la extraña, sobre todo si es un hotel de mala muerte. Como en tu cama en ningún sitio.

Miro por última vez el móvil y veo que Kike no me ha llamado. La verdad es que me lo esperaba, pero parece que, una vez cumplida su misión, ha hecho borrón y no quiere saber nada de mí.

Supongo que se lo ha pensado mejor y busca una chica alta y guapa, con bonitas piernas para bailar en la discoteca. Es lo que quieren todos, nadie quiere una tullida a la que empujar cuando se está paseando.

Me dedico a hacer las gestiones pertinentes y a los movimientos bancarios que tengo pensados. La verdad es que ya lo he encarrilado todo y la gente no para de agradecerme las cosas.

Yo no quiero que me agradezcan nada, lo hago porque quiero y puedo y creo que esto les va a venir muy bien para que todo evolucione, para que ayuden a muchas personas, para que la sociedad sea mejor, para que yo esté mejor conmigo misma.

Llevo una semana sin saber nada de Kike o de Iván. La verdad es que empiezo a preocuparme, ¿Y si los rusos 2.0 los han secuestrado como hicieron conmigo los rusos 1.0?

Llamo a Próculo y pregunto por su hijo, pero él no quiere escuchar ni dejar ningún mensaje, solo quiere su dinero. Le comento que ya hablé con sus hijos y llegamos a un trato, ya que fueron ellos los que vinieron a ayudarme y hacer las transacciones pertinentes y, además, son mayores de edad.

Toca la revisión semanal por parte del médico que me operó. No estoy nerviosa, ya sé lo que me va a decir. Que todo sigue igual y que nada va a cambiar. Sé que tengo una lesión medular completa de nivel T12 y ya me he hecho a la idea.

Entro a la consulta y no veo a mi médico, sino a uno nuevo, algo más viejo y con un par de pelos en la frente repeinados como un tirabuzón. Igual se cree que es Elvis Presley, pero no llega a hilillos de tela deshilachada.

—Buenos días, Dolores – me insta a que me acerque a la mesa.

—Buenos días doctor. ¿Es nuevo? ¿Dónde está mi antiguo doctor? — pregunto sin entender bien que ocurre.

—Ha sido despedido por múltiples incidencias médicas.

—Vaya... — no sé qué decir.

—Tenemos que hablar. En el informe que le hizo su antiguo médico en relación con su lesión medular, indicó que era completa y de nivel T12. No es así. He revisado minuciosamente su caso y no he querido decirle nada hasta no estar seguro. Soy especialista de este tipo de casos, así que lo que le voy a decir ahora es la realidad de lo que tiene sin errores.

—¿Qué ocurre, doctor? ¿Estoy peor de lo que me dijeron? — mis padres están nerviosos. Lo noto, tanto como yo.

—Bien, el doctor erró. No tienes una lesión medular completa T12, sino L4, y no es completa, sino incompleta. No me crees, no pasa nada, te lo voy a demostrar – supongo que lo ha dicho porque he puesto cara de ¿qué coño dice este vejstorio?

—Bien. ¿qué tengo que hacer? – pregunto.

—Quítate una de las bambas – me cojo la pierna para ponérmela doblada encima de la otra y me quito el calcetín y la bamba.

—Siento si me huelen mal los pies, son las bambas, eh — lo veo reírse por lo bajo.

—No te preocupes, aguantaré la tortura — me guiña el ojo y coge una aguja y me la clava en el dedo gordo del pie. — ¿Lo has sentido?

—Muy levemente y mira que has clavado, pero lo he sentido un poco — una lágrima acaricia mi mejilla.

—Si fuera una lesión medular completa no sentirías nada. Si los nervios están activos significa que puedes recuperar la movilidad con el tiempo, sobre todo porque solo es una zona, las piernas, sección L4. Enhorabuena Dolores. Siento que el otro doctor errara en su diagnóstico, pero no volverá a pasar. Este es el correcto. Te hizo las pruebas nada más llegar aquí, Tenías la lesión tan reciente que no sentían ni una sierra en la parte baja de tu piel. Por eso concluyó que era completa y de T12.

—Gracias por todo, doctor — digo llorando a moco tendido.

—Para eso estamos. Es nuestro trabajo. Eso sí, no va a ser fácil. Empezaremos con movilizaciones pasivas y asistidas juntamente con masoterapia y drenajes. Después seguiremos con entrenamientos específicos de cada una de las zonas con apoyo. Te daremos ayuda técnica para miembros inferiores, incluso electroestimulación. Por supuesto, todo corre a cargo del hospital por el error que hemos tenido contigo.

—Muchísimas gracias doctor. No se preocupe por el coste del tratamiento. Con gusto lo pagaré. Denle todo ese tratamiento a una persona sin recursos que también esté en mi situación y lo necesite más.

—¿Está segura?

—Muy segura y gracias por hacer que este día sea uno de los mejores de mi vida.

—Va a ser muy duro Dolores, así que te quiero fuerte. Con suerte, en un par de años podrás volver a caminar – me abrazo a mis padres llorando y ellos hacen lo mismo, mientras me acarician el pelo. Vamos a inundar la consulta.

—Gracias doctor — dicen mis padres a la vez.

—Ahora vuelvan a casa y a celebrarlo — me guiña el ojo mientras me seco las lágrimas y le sonrío asintiendo.

—Adiós doctor y gracias.

—Hasta pronto Dolores y tómate una copa a mi salud.

—Gracias, lo haré. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Soy el doctor Guerra, Armando Guerra — y me aguanto la risa. Parece que cuando nació era peleón y su madre le puso el nombre haciendo honor a su llegada al mundo.

Salimos por la puerta y nos vamos directos a casa. Subimos y mi padre baja a comprar una tarta y una botella de cava. Lo celebramos entre risas, música, copas y amor, mucho amor. ¡Alegría, alegría!

—Cariño, tengo una sorpresa para ti. He esperado a que acabáramos la celebración, pero ha llagado la hora.

—¿Qué es papá?

—Ahora lo verás.



CAPÍTULO 10: KIKE

Llevo una semana sin verla y ya no puedo más. Mi padre lo ha vendido todo para poder pagar a los rusos, estamos viviendo en un piso minúsculo que le ha dejado uno de los pocos amigos que le quedan a mi padre.

Estamos en la completa ruina y me importa una mierda. Nunca he sido muy materialista y ahora menos. Lo que más me ha jodido es que cuando le contamos a mi padre cómo habíamos procedido con el tema del millón prometido por Lola, se puso hecho un basilisco y cogió las cosas de Iván y las mías y las quemó.

Quemó mi teléfono móvil y no he podido contactar con Lola desde entonces. No me lo sé de memoria. Si llego a saber que esto iba a pasar la hubiese llamado el propio lunes, mientras discutíamos con mi padre por la tarde.

Pero pensé que sería razonable. Me equivocaba. Iván y yo destapamos todos sus trapos sucios y acabó confesando la rata que es. Una rata mafiosa y narcotraficante que debe veintitrés millones a la mafia rusa. Hijo de puta...

He estado yendo todos los días al puesto de la Once de Lola para explicarle lo ocurrido y por qué no la he llamado, que no la olvido, que quiero conocerla y tener esas citas o esa cita que apalabramos, pero no la encuentro.

Ahora, en su lugar, hay un hombre con malas pulgas. Le he preguntado si sabe dónde vive Lola, pero dice que no, y que, aunque lo supiera no me lo diría. Información confidencial dice. Idiota.

No sé qué hacer y eso me cabrea enormemente. Hasta he preguntado en el bar donde compré el bocadillo y nadie sabe nada. Me cago en todo, ¿es que nunca han visto por estas calles a una chica en silla de ruedas?

Busca en las páginas amarillas, pero no aparece. Si supiera el nombre de sus padres, quizá... Decido hacer una locura, total, ya que quemado casi todos los cartuchos. Este es el último.

Decido ir bloque a bloque llamando a todos los timbres para preguntar si ahí vive Lola. Algunos son amables, otros me gritan, alguno hasta me ha tirado desde el balcón un cubo de agua fría que me ha dado de pleno.

Pero no pienso rendirme. La encontraré cueste lo que cueste. Mi padre tiene el teléfono, sería fácil encontrarlo, pero ha triturado la tarjeta por si lo pilla la policía y para torturarme porque sabe que no tengo manera de contactar con Lola.

Dice que es su castigo hacia mí por haberle hecho perder un millón de euros, como si eso fuese a hacerme mejor hijo y meterme en la mierda, como ya ha hecho él. Lo ha perdido todo, incluida su mujer y sus hijos, no creo que quiera cabrearme y que me presente en la comisaría de policía para declarar.

Estoy en el supermercado, preguntando a cada una de las personas que entran si conocen a Lola, describiendo como es. Paro a un hombre de unos sesenta años, pelo canoso y barriga a lo Buda.

—Disculpe, ¿conoce a Lola? Es preciosa, con el pelo castaño claro, largo, ojos claros, sonrisa de infarto y que va en una... — el señor me interrumpe.

—Silla de ruedas — completa mi frase.

—Sí, exacto. ¿La conoce?

—Pues un poco, sobre todo porque es mi hija.

—Oh, encantado, soy Kike.

—Por fin te pongo cara. Lola nos ha hablado mucho sobre ti.

—¿De verdad? Siento mucho que estuviera enfermo y que dejara que la secuestraran. Me picó o mordió o lo que sea un pulpo y hasta he tenido que ir esta semana a que me pincharan para eliminar por completo la toxicidad de la sangre.

—A ver, para el carro. ¿Secuestraron a mi niña? No sabía nada.

—Vaya, parece que he metido la pata.

—No, me alegro de que me lo hayas dicho. Al menos así conozco toda la verdad. Ya sé que mi hija no me ha comentado esa parte para no preocuparme, pero tú me vas a contar con pelos y señales lo ocurrido.

—Está bien, pero con una condición – por fin la he encontrado, casi podría bailar de alegría si no fuera porque puede ser mi futuro suegro y no quiero que piense que soy afeminado.

—Dime.

—Quiero verla.

—Está bien. Estamos de celebración. Espera abajo, es un momento familiar. Cuando acabemos te abriré la puerta. Será la sorpresa final. ¿Te parece?

—Me parece perfecto.

—Ahora desembucha mientras hago la compra Kike. Quiero saber qué le ha pasado exactamente a mi hija.

Nos estamos un rato mientras él compra cava y un pastel que tiene muy buena pinta y yo le detallo lo sucedido, enfatizando que su hija no sufrió daño alguno, solo se envolvió en mierda.

Él me agradece la información y sube a su piso antes de que sospechen su mujer y su hija. Me dice que esper abajo y que cuando sea el momento me abrirá la puerta del portal para que suba. Me indica el piso y la puerta y después se marcha.

Aprovecho para correr a comprarle un ramo de flores en la que celebran a saber qué, quizá es el cumpleaños de alguno de los padres, y vuelvo a la puerta, deseoso de verla y nervioso a la vez.

Ya sé qué es lo que voy a hacer en cuanto la vea. Lo que llevo queriendo hacer desde hace una semana. Miento. Es lo que llevo queriendo hacer prácticamente desde que la conocí y hoy es el día, sí señor.

Y entonces ocurre. Su padre me abre la puerta sin decir nada y subo por las escaleras al piso que me ha indicado. La verdad es que podría subir en el ascensor, suerte que el piso lo tiene para Lola, pero el ansia por llegar me puede, no tengo suficiente paciencia para esperararlo.

La puerta de la casa se abre y la veo. Está preciosa, como siempre. Hace solo una semana que no

la veo y me ha parecido una vida. Veo cómo se sorprende al verme y se le ilumina la mirada, pero después achica los ojos, cabreada. Tenemos que hablar, está claro.

Entro en la cama y me encamino hacia ella antes de arrodillarme para ponerme a su altura y sonreírle mientras le tomo las manos. Hay tanto que contar y justificar.

—Lola, me moría de ganas por verte – le dejo el ramo en el regazo. Lo huele y sonrío antes de entregárselo a su madre, para que ponga las flores en agua.

—No lo parece, ya que te has olvidado de que existía durante una semana.

—Eso tiene una explicación — Lola mira a su padre y este sonrío.

—Estaba en el supermercado preguntando hasta a los pescados congelados si alguien te conocía.

—Es cierto — contesto. — He ido todos los días a la caseta de la Once, pero nunca estabas. No me quisieron dar tu dirección ni el nuevo lotero ni el dueño del bar de tus bocatas preferidos. He estado preguntando a todo dios dónde vivías. He hablado por el interfono con más de la mitad de tus vecinos y en el supermercado me van a poner la etiqueta de no entrar al lado de la de los perros.

—Santo cielo. ¿Y no era más fácil llamarme por teléfono para que te dijera dónde vivo?

—Mi padre ha exterminado de la faz de la Tierra a mi móvil como castigo por hacerle perder un millón de euros – coloco los ojos en blanco.

—Qué hijo de su madre es Prócuro.

—Y pensar que todos estos años le hemos pagado una mensualidad para que te entrenara... Con la falta que nos hacía el dinero — dice mi madre.

—Bueno mamá, ahora eres rica, ya puedes dormir tranquila — Lola le guiña el ojo tras afirmarle que ahora le sobran los billetes a la familia.

—Lola, me gustaría hablar contigo si es posible.

—Claro, vamos a mi habitación, así estaremos más tranquilos. Ahora vengo, ¿sí? — les pregunta a sus padres y estos asienten.

Entramos a su cuarto y me siento en el colchón de su cama. Parece que se ha comprado otra silla motorizada, o al menos le ha cambiado la rueda pinchada a la antigua, porque está perfecta.

—Sí, es nueva, que veo que la estás mirando mucho. Ahora quiero que me cuentes con pelos y señales todo lo que pasó.

—Cuando Iván y yo llegamos a casa, mi padre nos pidió el dinero. Le contamos que lo habíamos donado para ayudar a los demás, tal y como quedamos. Sus matones particulares nos dieron una paliza que estuvimos dos días sin poder levantarnos de la cama — me levanto la camiseta y puede ver los moretones, y esos son solo algunos.

—Joder Kike — extiende su mano y acaricia mi torso.

—Iván fue el peor parado. Quiso parar los golpes de ambos. Se encaró y lo pagó caro.

—Por dios...

—Mi padre ha vendido todo lo que tenía en casa y la casa para pagar a los rusos y, aun así, aún les debe dinero. Estamos viviendo en un piso que le ha dejado un amigo.

—Puedo alquilar una casa para que viváis tú y tu hermano.

—Eso estaría genial. Necesito salir de allí, de la vida de mi padre. Prometo encontrar un trabajo pronto y devolvértelo todo.

Acabo de explicarle toda la historia y mi búsqueda ininterrumpida hasta encontrarla. La verdad es que está emocionada y una lágrima recorre su mejilla. No me gusta verla llorar y menos si yo soy el causante.

—Llevo una semana enfadada contigo porque pensaba que te habías olvidado de mí y que, como tu trabajo había terminado, te habías borrado del mapa para no volver más a mi vida, pese a tu promesa.

—No pienso irme a ninguna parte. Te lo prometo y tú no me alejes de ti, sé dónde vives — entrecierro los ojos y se pone a reír.

Me mira con una sonrisa en los labios y no puede ser más perfecta, joder. Tomo su silla y la acerco a donde me encuentro. Saco el nuevo móvil y pongo algo de música lenta; After Dark de Tito & Tarántula.

—¿Quieres bailar?

—Kike, ya sabes que no puedo.

—Nada es imposible, pequeña — le guiño.

—Está bien, quiero bailar, aunque no sé cómo.

—Solo déjate llevar — la tomo de la cintura y la sujeto con fuerza, apoyando sus pies en los míos.

Me muevo al son de la música, para que nuestros cuerpos unidos se balanceen y ella me mira con admiración mientras sonrío pudiendo cumplir otra de las cosas que creía que ya no volvería a hacer.

—Si estamos juntos, nada será imposible nunca — y entonces lo hago, no aguanto más.

Tomo su cuello con una de las manos mientras la sujeto con la otra y la atraigo hacia mí para besarla con toda la ternura que me es posible, entremezclada con unas ganas desmesuradas.

Ella responde a mi beso y se cuelga de mi cuello como un mono para apremiar más el beso mientras mueve la parte superior del cuerpo, fregando sus duros pezones contra mi torso, haciendo que me des controle y besándola con más fuerza, succionando su lengua y mordiendo su labio, perdiendo el poco control que me quedaba.

La tumbo en la cama, finalizando por ahora el baile, y me coloco encima de ella para besarla con más facilidad mientras sus manos recorren mi pecho y yo tiemblo por todo lo que puedo llegar a sentir con una caricia.

—Joder Lola, solo tú me haces sentir así de vivo. Jamás me había latido tan fuerte el corazón.

—No te estarás enamorando de mí.

—No te flipes.

—No te preocupes, que te acabarás enamorando hasta las trancas y te tendré comiendo de mi mano, como un pajarillo.

—Si es en tu mano, me encantará comer todo lo que me ofrezcas.

Le guiño el ojo para que entienda por dónde quiero ir a parar con mi doble lectura. Se ríe y yo le doy un rápido beso antes de sentarla de nuevo en la silla.

—¿Por qué paras? Quiero seguir.

—Mejor cuando tenga el pisito, no vaya a ser que entren tus padres entre lametones y mordiscos en las tetas.

—Ala, que burro. Tienes que ser más fisno.

—Fino, querrás decir – le digo.

—No, fisno. En esta familia todo es fisno, no fino – asiento.

Me siento en su silla no motorizada y la miro desafiante. Se me ha ocurrido una tontería para que olvide todo lo ocurrido y solo disfrute del momento.

—Te echo una carrera.

—¿Tú en una silla de ruedas? Estás en desventaja, chaval.

—Te sorprenderías de lo habilidoso que puedo ser.

—Agárrame, si puedes.

Lola abre la puerta y sale disparada con la silla motorizada. Corro tras ella con la silla de ruedas sin motor, dejándome las palmas de las manos en ellas. Me van a salir callos, seguro.

Corre por el salón, la cocina, el dormitorio de sus padres, y por yo que sé dónde. Corro riendo tras ella, pero no la alcanzo. Hacer un pulso contra un motor es causa perdida. Lola lo sabe y yo lo sé.

Cuando me canso, me levanto de la silla alzando las manos en señal de rendición y ella sonrío asintiendo. Ella sabía que ganaría y también yo, con lo cual no ha sido una sorpresa para ninguno de los dos.

—Ha ganado el bólido de la lady — digo.

—Estaba claro, no puedes hacer nada contra mi buga. Ganaría hasta al Ferrari de Iván.

—Jajaja, eres lo que no hay, Lola. Saco el teléfono móvil nuevo del bolsillo trasero de los baqueros y le pido que me anote su teléfono. Prometo llamarla por la noche antes de que duerma y me doy un rápido beso disimulado, aunque estoy seguro de que sus padres lo han visto.

—Espera Kike, no te vayas todavía. Tenemos que hablar de un tema más.

—Claro, de lo que quieras.

—Esta mañana he ido al hospital y bueno, tengo noticias.

—Espero que buenas.

—Claro que son buenas, por eso las estábamos celebrando con cava y pastel.

—Sí, he hecho la compra con tu padre – le guiño el ojo.

—Es verdad — me dice sonriendo.

—Dime, ¿qué te ha dicho el médico?

—Puede que me recupere y camine de nuevo. Se equivocaron en el diagnóstico y, aunque es grave, con esfuerzo y mucha rehabilitación, en dos años es muy probable que pueda volver a andar si me pongo las pilas.

—¡Pero eso es maravilloso nena!

—Vaya, eso de nena me gusta – me confiesa Lola.

—Y a mí decirlo.

— A ver tortolito, quieres un poco de tarta con cava para celebrarlo – me dice el padre.

—No se preocupe, no quiero molestar.

—No molestas y si vas a ser de la familia es mejor ya empezando a romper el hielo, ¿no te parece?

—Está bien. Me quedará un rato si les parece bien y tomaré algo de esa tarta para celebrar las buenas nuevas.

—Niño, deja de tratarnos de usted y tutearnos, que nos sentimos viejos, hombre ya — suelta la madre y aguanto las ganas de reír.

—Como queráis. Gracias por acogerme en vuestra casa y dejar que me explicara sin juzgarme y gracias por tener una hija tan maravillosa que ha puesto mi mundo patas arriba y ha hecho que crea en el amor de verdad.

—Más vale que la cuides o te corto las pelotas chaval – joder con el padre Buda, parece que le mola las amenazas de cortar penes y bolas, como a su hija.

—Sí, me suena esa amenaza. Parece que es una amenaza familiar.

—Cuidaré de ella, lo prometo. Y la acompañaré a todas las sesiones de rehabilitación, lo prometo.

—¿De verdad vas a hacer eso por mí? ¿Acompañarme?

—Por supuesto. En lo bueno y en lo malo — le guiño el ojo.

—¿En la mierda y en la bañera?

—Eso está claro. Ya lo hemos vivido una vez, pero si hace falta podemos volver a repetirlo.

Poco después nos sentamos en el sofá y vemos una película mientras los padres salen a dar un paseo. Cuando ha transcurrido una media hora del inicio de la película. Se gira para mirarme y parece seria.

—Kike, no me hagas daño, ¿vale?

—Te lo prometo.

—Quiero que sepas que para poder tener relaciones sexuales quizá tendremos algunos problemas. Desde que me ocurrió esto, ni siquiera me he planteado tener pareja y menos relaciones con un hombre.

—Entiendo.

—No sé si voy a poder sentir placer o algo directamente. No sé si podré tener hijos, no sé nada. No he preguntado ni investigado.

—No pasa nada. Lo investigaremos juntos, ¿vale? No tengo prisa, lo que me interesa es que estés bien y que disfrutemos de la vida.

Vuelvo a besarla y le doy al play para continuar viendo la película. No sé por qué se preocupa de esas cosas. Yo solo quiero hacerla feliz y que viva su vida como si cada día fuera el más intenso. Por encima de todo está su felicidad, y lo demás es secundario.

Si no podemos acostarnos en un tiempo, es lo de menos. Es ella, la chica de mis sueños, y si tengo que tirarme media vida sin poder desfogarme, lo haré. Coloco mi brazo bajo su cuello y espalda mientras vemos la película.

Cualquier cosa vale con tal de notarla cerca. Es como una crema balsámica para mí. Causa ese efecto sobre mí. No quiero que acabe este momento nunca.

Me lleva un mensaje al teléfono móvil. Es Iván. Necesita que vaya a comprarle unas medicinas para el dolor y algunas vendas y alcohol para que pueda curarse las heridas.

Miro a Lola, que está feliz y a gusto, y me duele en el alma tener que romper este momento, pero Iván se llevó muchos de mis golpes y se lo debo.

—Lola, siento romper ese mágico momento, pero Iván me ha mandado un mensaje. Me necesita. Quiere que le compre unas medicinas, dado su estado físico.

—Claro, no te preocupes, tenemos muchos días para vernos.

—Está bien, pero prometo llamarte esta noche, ¿vale?

—Más vale que lo hagas, no quieras conocerme enfadada.

—Tranquila, sé que eres de armas tomar, así que no me arriesgaré.

—Vale, hasta luego Kike – se despide.

—Hasta luego preciosa.

Beso sus labios despacio, como si fuera una pluma y sus labios terciopelo. Es una sensación indescriptible. Me levanto del sofá y tras despedirme de nuevo, salgo por la puerta.

Bajo por las escaleras, nunca he sido muy amigo de los ascensores. Una vez me quedé encerrado durante más de cuatro horas por una sobrecarga de energía. Encima me quedé encerrado con una tía que no paraba de quejarse de que le dolía la barriga por el periodo.

Me sabe mal, aunque no pueda hacer nada, pero lloriquear durante cuatro horas es demasiado, incluso para mi paciencia extrema.

Llego al portal y salgo. Veo a los padres de Lola volviendo de ese paseo que habían ido a darse y los saludo. Justo a tiempo. Ellos llegan y yo me voy. Así Lola no está sola por si necesita ayuda.

Escucho como silban desde una de las terrazas sobre mi cabeza. Alzo la mirada y allí está ella, con su pelo ondeando al viento. No la veo bien, porque la silla es muy baja y la posición en la que me encuentro es mala para poder hacerlo.

Sigo mirando su precioso rostro mientras cruzo la calle y entonces la veo bien. Imponente y bella,

poderosa y risueña, elegante y mía. Le tiro un beso y es entonces cuando siento que algo me golpea fuertemente el costado.

Me caigo en redondo al suelo y solo puedo oír un par de risas. Abro los ojos y veo a los malditos rusos. Mierda, se han escapado y nos han encontrado. Tengo que proteger a Lola, pero no tengo fuerzas y todo se ve oscuro.

Siento que estoy siendo engullido por la tierra y escucho un pitido incesante que me taladra la cabeza, y entre todo ese ruido, solo puedo escuchar una voz angelical antes de sumirme en la oscuridad.

- ¡Kikeeeeeeeeeee!

CONTINUARÁ...